



EDITORIAL ANDES COGNITIO

GEOECONOMÍA Y GEOPOLÍTICA EN EL SISTEMA INTERNACIONAL CONTEMPORÁNEO: FUNDAMENTOS, ACTORES Y DINÁMICAS EN LA CONFIGURACIÓN DEL ORDEN MULTIPOLAR



Miguel Angel Medina Romero

Yesenia Janeth Juaréz Juaréz



Editorial Andes Cognition

Geoeconomía y Geopolítica en el Sistema Internacional Contemporáneo: Fundamentos, Actores y Dinámicas en la Configuración del Orden Multipolar

© Autores

Miguel Ángel Medina Romero

Correo: miguel.medina.romero@umich.mx

Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-4067-2816>

Institución: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México

Yesenia Janeth Juárez Juárez

Correo: yejuarez@uv.mx

Orcid: <https://orcid.org/0009-0003-0176-8230>

Institución: Docente e investigadora en la Universidad Veracruzana

Editorial "ANDES COGNITIO EDAC S.A.S."

DEPARTAMENTO DE EDICIÓN

Editado y Distribuido por:

Editorial: Andes Cognito
Sello Editorial: 978-9942-7408
Teléfono: 0995805659
Web: <https://andescognitio.org>
ISBN: 978-9907-9566-1-0
DOI: <https://doi.org/10.64230/hnetpw87>

© Primera Edición
© Julio 2026
Impreso en Ecuador

Revisión de Ortografía

Lcda. Cristina Paola Chamorro Ortega

Diseño de Portada

Ing. Pamela Rosa Taco Hernández Mgs

Diagramación

Ing. Yoselyn Andrea Rogel Gaibor

Director Editorial

Ec. Juan F. Villacis U. Mgs.

Aviso Legal

El contenido de este libro incluyendo textos, imágenes, gráficos, tablas, cuadros y referencias bibliográficas es de exclusiva responsabilidad del/ de los autor (es). Las opiniones, datos y criterios expresados no representan necesariamente la postura institucional ni el pensamiento de la Editorial Andes Cognito.

Derechos de Autor ©

Este documento se publica bajo los términos y condiciones de la Licencia Creative Commons Reconocimiento – No Comercial – Compartirlgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).



Todos los derechos de autor y de propiedad intelectual e industrial relativos al contenido de esta publicación pertenecen exclusivamente a la “Editorial Andes Cognitio” y a sus respectivos autores. Queda expresamente prohibida, bajo las sanciones establecidas por la legislación vigente, la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en sistemas informáticos, su tratamiento digital, así como cualquier forma de distribución, transmisión o comunicación pública por medios electrónicos, mecánicos, ópticos, químicos, de grabación o fotocopia sin la debida autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Se exceptúan únicamente los usos con fines académicos o de investigación científica, siempre que no persigan propósitos comerciales y se realicen de forma gratuita, debiendo citarse en todo momento a la fuente editorial correspondiente. Las opiniones vertidas en los distintos capítulos son de exclusiva responsabilidad de los autores y no reflejan necesariamente la postura institucional de la editorial.

Comité Científico Académico

Dr. Jorge Gualberto Paredes Gavilanez PhD.
Universidad Técnica Estatal de Quevedo

Dr. Oscar Patricio López Solís PhD.
Universidad Técnica de Ambato

Ec. Carlos Roberto López Paredes PhD.
Escuela Superior Politécnica de Chimborazo Extensión Orellana

Dr. Héctor Enrique Hernández Altamirano PhD.
Universidad Técnica de Ambato

Dr. Carlos Arturo Jara Santillán PhD.
Escuela Superior Politécnica de Chimborazo

Dr. Guillermo Carrillo Espinosa PhD,
Universidad Autónoma de Chapingo - México

Dra. Doris Coromoto Pernía Barragán PhD,
Universidad de los Andes Tachira Venezuela

Ec. María Gabriela González Bautista PhD.
Universidad Nacional de Chimborazo

My. Efraín Arguello Arellano, Mgs.
Tecnológico Universitario ARGOS – Policía Nacional del Ecuador

Ing. Liliana Priscila Campos Llerena Mgs.
Universidad Técnica de Ambato

Dr. Mario Humberto Paguay Cuvi Mgs.
Escuela Superior Politécnica de Chimborazo

Ec. Oswaldo Javier Jácome Izurieta Mgs.
Universidad Técnica de Ambato

Ec. Juan Carlos Pérez Briceño Mgs.
Instituto Superior Universitario Bolivariano

Dr. Luís Fernando Paz Villaeoel Mgs.
Universidad Técnica Particular de Loja

Dra. Daysi Graciela Astudillo Condo Mgs.
Universidad Nacional de Chimborazo

Ec. Ligia Ximena Tapia Hermida Mgs.
Universidad Nacional de Chimborazo

Eco. Ángel Geovanny Carrión Gavilanes MBA.
Pontificia Universidad Católica del Ecuador sede Ambato

Ing. Paula Alejandra Abdo Peralta Mgs.
Escuela Superior Politécnica de Chimborazo

Ing. Milton Gabriel Del Hierro Mosquera Mgs.
Universidad Politécnica Estatal del Carchi

Ing. Catherine Gabriela Frey Erazo Mgs.
Escuela Superior Politécnica de Chimborazo

Ing. Juan Enrique Ureña Moreno Mgs.
Escuela Superior Politécnica de Chimborazo

Ing. José Fernando Esparza Parra Mgs.
Escuela Superior Politécnica de Chimborazo

Ing. Alexis Gabriel Reinoso Haro Mgs.
Universidad Estatal de Bolívar

Eco. Adriana Yamilet Herrera Granizo MSC.
Universidad de las Fuerzas Armadas ESPE

Eco. Jaime Fernando Andrade Guamán Mgs.
Universidad Indoamérica

Eco. Alejandro Carlos Lalama Freire Mgs.
Universidad Nacional de Chimborazo

Constancia de Arbitraje

La Editorial Andes Cognito, hace constar que este libro proviene de una investigación realizada por los autores, siendo sometido a un arbitraje bajo el sistema de doble ciego, de contenido y forma por jurados especialistas. Además, se realizó una revisión del enfoque, paradigma y método investigativo; desde la matriz epistémica asumida por los autores, aplicándose las normas APA, Séptima Edición, proceso de anti plagio en línea Compilatio, garantizándose así la científicidad de la obra.

Comité Editorial

Eco. Juan Federico Villacis Uvidia Mgs.
Director de la Editorial Andes Cognito

Lcda. Andrea Damaris Hernández Allauca PhD.
Editora de Andes Cognito

**“Goeconomía y Geopolítica en el Sistema
Internacional Contemporáneo Fundamentos, Actores y
Dinámicas en la Configuración del Orden Multipolar”**

Miguel Ángel Medina Romero

Yesenia Janeth Juárez Juárez

PRÓLOGO

El siglo XXI ha transformado profundamente la naturaleza del poder. Las fronteras entre economía, política, tecnología y seguridad nacional son cada vez más difusas, configurando un escenario internacional marcado por una competencia estratégica multidimensional. En este contexto, comprender la geoeconomía y la geopolítica resulta esencial para interpretar las dinámicas que reconfiguran el sistema internacional y condicionan el desarrollo de los Estados.

Durante gran parte del siglo XX, el poder se analizó principalmente desde la perspectiva militar y territorial. Sin embargo, la globalización, la revolución tecnológica, la expansión de las cadenas globales de valor y el ascenso de nuevas potencias económicas han modificado los mecanismos mediante los cuales los países proyectan influencia y defienden sus intereses estratégicos. Actualmente, la competencia global se desarrolla en ámbitos como el comercio internacional, los mercados financieros, la innovación tecnológica, la inteligencia artificial, los recursos estratégicos y la infraestructura digital.

Esta obra ofrece una visión integral de las principales transformaciones del orden internacional contemporáneo. Desde un enfoque interdisciplinario que integra economía política internacional, relaciones internacionales, geopolítica y geoeconomía, se analizan los factores que impulsan la transición desde un sistema predominantemente unipolar hacia una estructura más multipolar, donde actores estatales y no estatales participan activamente en la configuración de la gobernanza mundial.

El lector encontrará un recorrido que abarca los fundamentos conceptuales de la geoeconomía y la geopolítica, el funcionamiento del sistema financiero internacional, el papel estratégico de organismos como los BRICS y el G7, las tendencias hacia la desdolarización, las cadenas globales de suministro, la seguridad energética y los desafíos de la gobernanza económica global.

Más que describir acontecimientos, este libro invita a reflexionar sobre las tendencias estructurales que están redefiniendo la economía mundial y las relaciones internacionales, destacando cómo las decisiones económicas y tecnológicas influyen en la distribución futura del poder, la estabilidad internacional y las oportunidades de desarrollo de las naciones.

ÍNDICE GENERAL

ÍNDICE GENERAL.....	3
INTRODUCCIÓN.....	6
CAPÍTULO I BASES DE LA GEOECONOMÍA Y LA GEOPOLÍTICA ACTUAL.....	9
1.1 Desarrollo histórico del pensamiento geopolítico-económico	9
1.2 Transición del poder militar hacia el poder económico-financiero.....	12
1.3 Geoeconomía: definición, perspectivas y usos	15
1.4 Globalización, regionalización y configuración multipolar	18
1.5 El papel de la economía como herramienta de poder estratégico.....	21
1.6 Actores emergentes y gobernanza económica global.....	24
CAPÍTULO II	28
ECONOMÍA MUNDIAL Y ESTRUCTURA DEL PODER ECONÓMICO GLOBAL.....	28
2.1 Estructura del sistema financiero global.....	28
2.2 Instituciones multilaterales y gobernanza económica global	31
2.3 BRICS, G7 y reconfiguración de alianzas económicas.....	34
2.4 Hegemonía del dólar, desdolarización y monedas digitales soberanas	37
2.5 Conflictos comerciales, sanciones y mecanismos de presión económica	39
2.6 Rivalidad económica entre potencias y bloques internacionales.....	43
CAPÍTULO III.....	48
INTELIGENCIA ESTRATÉGICA Y PROCESOS DE DECISIÓN INTERNACIONAL	48
3.1 Enfoques racionales y de racionalidad acotada en la toma de decisiones	48
3.2 Sesgos cognitivos y economía conductual en el ámbito geopolítico.....	51
3.3 Inteligencia estratégica: fundamentos y usos prácticos	54
3.4 Uso de Big Data e IA en decisiones estratégicas internacionales	58

3.5	Prospectiva y construcción de escenarios estratégicos.....	61
3.6	Administración del riesgo geopolítico y económico	65
CAPÍTULO IV		70
RECURSOS NATURALES, ENERGÍA Y SEGURIDAD ECONÓMICA INTERNACIONAL		70
4.1	Dinámica geopolítica del petróleo y del gas.....	70
4.2	Minerales críticos, tierras raras y cadenas globales de suministroPrincipio del formulario	74
4.3	Seguridad alimentaria en el contexto internacional.....	77
4.4	Escasez de agua y conflictos de alcance internacionalPrincipio del formulario ..	81
4.5	Transición energética y reconfiguración del poder global	84
4.6	Cambio climático y riesgos económicos estratégicos	88
CAPÍTULO V.....		93
TECNOLOGÍA, PODER DIGITAL Y ECONOMÍA EN RED		93
5.1	Dimensión geopolítica de la inteligencia artificial	93
5.2	Seguridad digital, soberanía tecnológica y gestión de datos	96
5.3	Liderazgo tecnológico y competencia por estándares globales.....	100
5.4	Criptoactivos, innovación financiera y monedas digitales estatales.....	103
5.5	Plataformas digitales como instrumentos de poder económico.....	106
5.6	Conflictos híbridos, desinformación y control informativo	110
CAPÍTULO VI.....		115
AMÉRICA LATINA FRENTE AL NUEVO ESCENARIO GEOECONÓMICO.....		115
6.1	Dependencia estructural, desarrollo y autonomía regional	115
6.2	Recursos estratégicos en América Latina y participación en cadenas globales de valor.....	119

6.3 México en la reconfiguración geoeconómica (T-MEC y relocalización productiva)	122
6.4 Procesos de integración, competitividad y fragmentación regional	126
6.5 Riesgos políticos y estabilidad económica regional	129
6.6 Estrategias y oportunidades de inserción global	133
CAPÍTULO VII	139
FINANZAS INTERNACIONALES Y PODER EN LOS MERCADOS GLOBALES	139
7.1 Mercados financieros en el contexto geopolítico	139
7.2 Riesgo soberano y evaluación internacional	142
7.3 Crisis financieras y efectos de contagio internacional	146
7.4 Inversión internacional y condiciones político-económicas	149
7.5 Finanzas sostenibles y estándares ESG en el entorno global	153
7.6 Inteligencia financiera y mecanismos de cumplimiento global	157
CAPÍTULO VIII	162
PROSPECTIVA INTERNACIONAL Y ESCENARIOS DEL FUTURO GLOBAL	162
8.1 Configuración multipolar del sistema internacional hacia 2050	162
8.2 Inteligencia artificial y automatización de la economía global	165
8.3 Nuevos conflictos económicos y geoeconómicos	168
8.4 Transformación del comercio internacional y de las cadenas de suministro	172
8.5 Construcción de escenarios globales futuros	174
8.6 Liderazgo estratégico frente a la incertidumbre global	177
BIBLIOGRAFÍA	180

INTRODUCCIÓN

La evolución del sistema internacional durante las primeras décadas del siglo XXI evidencia una transformación estructural de las relaciones de poder entre los Estados y los principales actores de la economía mundial. Los procesos de globalización, la revolución tecnológica, la creciente interdependencia financiera, la reorganización de las cadenas globales de producción y el ascenso de nuevas economías emergentes han modificado profundamente las bases sobre las cuales se construye la influencia internacional. En este contexto, la comprensión de la geoeconomía y la geopolítica adquiere una importancia fundamental para interpretar las dinámicas que explican la configuración del nuevo orden mundial.

Lejos de representar disciplinas independientes, la geoeconomía y la geopolítica constituyen enfoques complementarios que permiten analizar la interacción entre territorio, recursos estratégicos, poder económico, capacidades tecnológicas, comercio internacional y política exterior. En la actualidad, la competencia entre las naciones ya no depende exclusivamente de su capacidad militar, sino también de su fortaleza económica, su liderazgo científico, el dominio de tecnologías críticas, el control de las finanzas internacionales y su participación en los principales espacios de gobernanza global.

Esta obra tiene como propósito ofrecer un análisis sistemático de los principales factores que explican la transformación del sistema internacional contemporáneo desde una perspectiva económica y geopolítica. Para ello, desarrolla una aproximación integral que combina fundamentos teóricos con el examen de los acontecimientos más relevantes que están redefiniendo la distribución del poder global.

En los primeros capítulos se presentan las bases conceptuales e históricas de la geopolítica y la geoeconomía, analizando la evolución del pensamiento estratégico y la transición desde una concepción del poder centrada en la dimensión militar hacia otra donde la economía, las finanzas, la innovación tecnológica y el conocimiento adquieren un protagonismo creciente. Posteriormente, se examinan los procesos de globalización, regionalización y multipolaridad, así como el papel de la economía como instrumento de influencia estratégica en el escenario internacional.

La obra profundiza además en el funcionamiento del sistema financiero global, la evolución de las instituciones multilaterales y los cambios experimentados por la gobernanza económica internacional frente al ascenso de nuevas potencias. Se estudia la

creciente importancia de agrupaciones como los BRICS y el G7, la reconfiguración de las alianzas económicas internacionales, las tendencias hacia la desdolarización, la aparición de monedas digitales soberanas y las implicaciones que estos procesos tienen sobre la estabilidad financiera mundial.

Asimismo, se analizan los desafíos asociados con la seguridad energética, la competencia por los recursos estratégicos, la transformación digital, la inteligencia artificial, la innovación tecnológica y la creciente relevancia de las cadenas globales de suministro como elementos centrales de la competencia geoeconómica contemporánea. Estos fenómenos evidencian que la capacidad para generar conocimiento, controlar tecnologías críticas y garantizar la resiliencia económica constituye uno de los principales determinantes del liderazgo internacional.

La metodología desarrollada a lo largo del libro integra aportes provenientes de la economía política internacional, la geopolítica clásica y contemporánea, las relaciones internacionales y los estudios sobre desarrollo económico, permitiendo construir una visión interdisciplinaria de los procesos que configuran el escenario global actual. Este enfoque facilita comprender que los fenómenos económicos no pueden analizarse de manera aislada de los factores políticos, estratégicos, tecnológicos y territoriales que condicionan la toma de decisiones de los Estados.

Finalmente, esta obra aspira a constituirse en una herramienta de consulta para investigadores, docentes, estudiantes universitarios, responsables de políticas públicas y profesionales interesados en el estudio de la economía internacional, la geopolítica y la gobernanza global. Más que ofrecer respuestas definitivas, propone un marco analítico que permita interpretar críticamente los cambios que experimenta el sistema internacional y comprender que el futuro del desarrollo económico dependerá, en gran medida, de la capacidad de los Estados para adaptarse a un entorno caracterizado por la competencia estratégica, la innovación permanente y la creciente complejidad de las relaciones internacionales.

En un mundo donde la economía se ha convertido en uno de los principales instrumentos de poder y la tecnología redefine continuamente las capacidades de las naciones, comprender la interacción entre geoeconomía, geopolítica y gobernanza internacional constituye un requisito indispensable para interpretar los desafíos y las oportunidades que marcarán el devenir del orden mundial durante las próximas décadas.



EDITORIAL ANDES COGNITIO

CAPÍTULO I

BASES DE LA GEOECONOMÍA Y LA GEOPOLÍTICA ACTUAL



CAPÍTULO I

BASES DE LA GEOECONOMÍA Y LA GEOPOLÍTICA ACTUAL

1.1 Desarrollo histórico del pensamiento geopolítico-económico

La geopolítica económica se alza como un pilar esencial, vital para desentrañar la dinámica de las interacciones globales y cómo el poder se reparte entre las naciones. Su génesis histórica intrínsecamente liga con la evolución de las esferas productivas, las vicisitudes del espacio y las mutaciones del orden mundial. Al despuntar el último siglo diecinueve, académicos empezaron a dilucidar la urdimbre de geografía, economía y poder político, erigiendo los cimientos teóricos de un campo destinado a dilucidar cómo las riquezas, el enclave geográfico y la potencia económica moldean el standing de los estados a escala mundial. Esta perspectiva facilitó la apreciación de que la preponderancia internacional no emana únicamente de la fuerza bélica, sino también de vectores económicos y territoriales que definen la aptitud estratégica de los países.

Friedrich Ratzel se erige como una figura pionera en esta corriente, articulando la geografía política. Él veía al Estado cual entidad viviente necesitada de espacio para su desarrollo y subsistencia. Este planteamiento incorporó la noción de que los aspectos territoriales impactan directamente en las dinámicas políticas y económicas estatales. Por consiguiente, el territorio dejaba de ser una mera demarcación geográfica; se tornaba un activo estratégico determinando el acceso a recursos naturales, mercados y vías comerciales. Las reflexiones de Ratzel dejaron una huella profunda en el pensamiento geopolítico subsiguiente, sobre todo en el examen de la conexión entre la ampliación territorial y la mejora económica.

De acuerdo con Chávez y Lee (2019), al despuntar el siglo veinte, Halford Mackinder propuso una de las aportaciones más notables a la geopolítica clásica, articulada a través de su concepto del Heartland o "área pivote." Él arguyó que la dominación de ciertas zonas críticas en Eurasia concedía superioridades sustanciales para ejercer influencia en la esfera internacional. Su perspectiva subrayó la trascendencia de la posición geográfica como factor crucial del poder mundial, además de forjar un nexo entre la hegemonía territorial y el potencial económico. Mackinder postulaba la noción de que la posesión de áreas ricas en recursos y comunicadas por vías de transporte terrestre podría forjar una

ventaja sobre los adversarios; esto instauraba una conexión directa entre la geografía, la economía y el poder estatal.

Continuando con la idea, Alfred Thayer Mahan magnifica el análisis geopolítico al puntualizar la importancia crucial del poder naval para la afianzación de las potencias hegemónicas. A decir de este influyente autor, el dominio de las vías oceánicas, los enclaves portuarios vitales y las armadas mercantes configuraban un pilar determinante para lograr el florecimiento económico y el ascendiente global. Su obra paradigmática, la teoría de Mahan, ilustraba la proyección de la dinámica comercial mundial a lo largo del período de industrialización exponencial y la cristalización de los imperios extracomunitarios. En concordancia con esto, la solidez financiera de un estado se fundamentaba sustancialmente en su competencia para asegurar la circulación ininterrumpida de bienes y suministros por los escenarios navales de talla mundial.

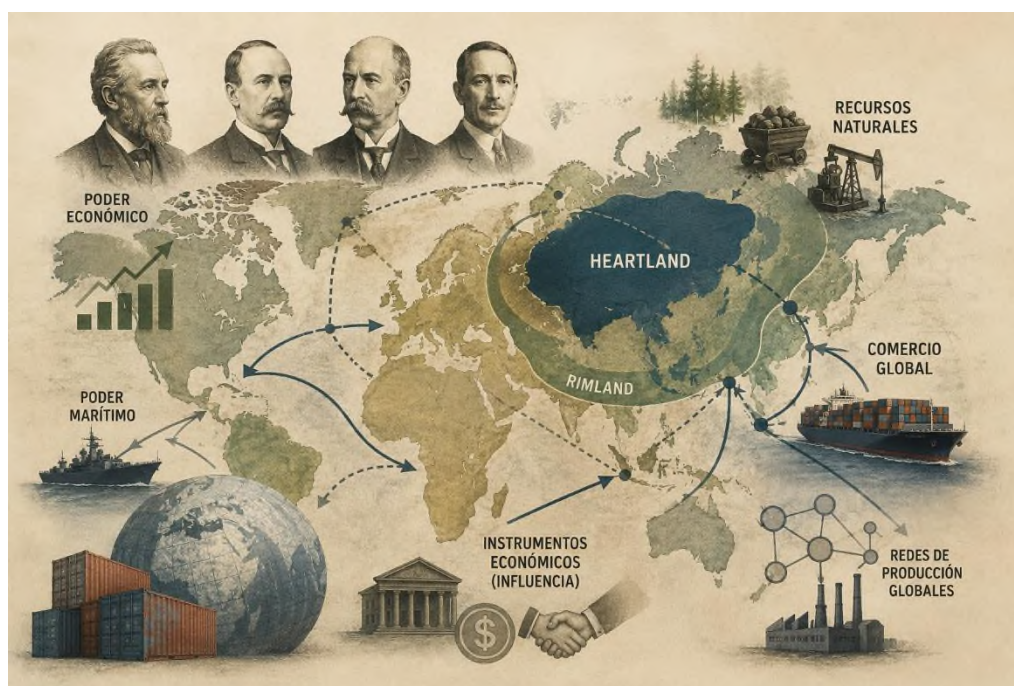
El pensamiento geopolítico experimentó una transformación; la obra de Nicholas Spykman reconfiguró las concepciones de Mackinder mediante la teoría del Rimland. Dicho enfoque sostuvo que las periferias costeras de Eurasia presentaban una relevancia estratégica mayor que el interior continental. Spykman creyó que dominar esas regiones otorgaba la potestad de influir en los núcleos económicos y demográficos mundiales. Su propuesta mostró una perspectiva más movediza del poder internacional, donde la interconexión del comercio, la geografía y las aptitudes políticas forjaba el equilibrio universal. Tales conceptos tuvieron un impacto considerable en el diseño de tácticas internacionales durante el periodo de la Guerra Fría.

Durante una parte significativa del siglo XX, la disciplina de la geopolítica se vincularía de manera estrecha con la evaluación del poder castrense y la pugna territorial entre naciones. No obstante, la aceleración de la globalización y la intensificación de la interdependencia económica alteraron de manera gradual los fundamentos del dominio internacional. La proliferación de los mercados monetarios, el crecimiento del intercambio comercial global y la convergencia productiva forjaron novedosas modalidades de preponderancia que iban más allá de la esfera puramente militar. Por ende, el escrutinio geopolítico se vio forzado a integrar elementos económicos atinentes a la rivalidad, el ingenio tecnológico y la habilidad de integrarse en los mercados mundiales.

La convergencia entre la globalización y la regionalización revela una consolidación de la economía internacional. Como elemento estratégico, el afianzamiento de la economía global ha fomentado la emergencia de perspectivas geoeconómicas. Estas buscan discernir las tácticas económicas que las naciones emplean para lograr objetivos políticos y estratégicos. El desmantelamiento de barreras comerciales, la inversión multinacional, la acumulación de recursos naturales y la gestión de cadenas de producción mundiales son ahora los mecanismos para expandir su poderío. Tal viraje se dio ante la creciente importancia de la esfera económica como pilar de la contienda internacional y facilitó la extensión del análisis geopolítico clásico (Chávez y Lee, 2019).

En el panorama actual, el pensamiento geopolítico-económico fusiona componentes territoriales, financieros, tecnológicos y comerciales para elucidar la conformación del sistema global. La irrupción de potencias económicas emergentes, las metamorfosis en las cadenas de valor mundiales y la contienda por recursos clave han propiciado contextos intrincados, demandando perspectivas polifacéticas para su escrutinio. Así, la trayectoria histórica de la geopolítica culminó en una visión extendida donde la esfera económica se erige como un pilar cardinal para captar la asignación de poder y las interacciones entre los entes globales.

Figura 1.1 Evolución histórica y fundamentos del pensamiento geopolítico y geoeconómico



Elaborado: Autores

1.2 Transición del poder militar hacia el poder económico-financiero

El entendimiento del poder en el ámbito de las relaciones internacionales ha sufrido una metamorfosis notable en las últimas décadas. El componente militar, de manera recurrente, fue visto como el baremo primordial para evaluar la influencia y el dominio dentro del orden internacional. Por extensos periodos de la historia moderna, las naciones con mayor poder eran las que contaban con efectivos militares abundantes, innovaciones bélicas de vanguardia y la aptitud para extender su potencia militar a ultramar. Bajo estas premisas, la salvaguarda nacional y la extensión territorial se erigían como fines cardinales, mientras que las reservas monetarias se contemplaban primordialmente como medios para sufragar la contienda y cimentar la robustez defensiva de las potencias estatales.

La consolidación del sistema capitalista mundial y la expansión del intercambio internacional alteraron gradualmente aquella perspectiva convencional del poder. Conforme las economías domésticas ganaron en interdependencia, la aptitud para amasar riqueza, atraer capital y gestionar corrientes dinerarias empezó a ostentar una relevancia estratégica al par de la fuerza bélica. Este fenómeno se agudizó marcadamente tras la conflagración global subsecuente a la Gran Guerra, puesto que la revitalización económica y la instauración de entes supranacionales impulsaron modalidades inéditas de colaboración y pugna internacional. Por ende, el progreso económico devino un componente fundamental en la manifestación de influencia y hegemonía en la arena planetaria (Angulo, 2024).

La Guerra Fría representa un lapso singularmente crucial para dilucidar tal transición. Con todo y que la pugna entre Estados Unidos y la Unión Soviética se caracterizó por la rivalidad bélica y atómica, asimismo hizo patente la relevancia de las aptitudes económicas como variable definitoria del balance de poder. La primacía productiva, técnica y monetaria de las economías occidentales contribuyó de manera concluyente a la habilidad de fomentar la expansión económica y el progreso científico. Aunado a esto, los impedimentos de índole estructural inherentes a la economía soviética disminuyeron paulatinamente su aptitud para disputar de forma eficaz en un escenario global crecientemente interconectado y dependiente.

El renombrado economista e historiador Paul Kennedy señaló que el vigor de las naciones hegemónicas se arraiga en la armonía entre sus aptitudes económicas y sus obligaciones

estratégicas. Conforme a esta perspectiva, las naciones que sobrecargan sus deberes militares sin un sustento económico robusto se exponen a peligros de mengua comparativa. La crónica evidencia que un gran número de potencias vieron mermada su prominencia global por disparidades entre sus reservas financieras y sus aspiraciones geopolíticas. Dicha visión ayudó a cimentar la noción de que la capacidad económica representa la simiente crucial sobre la cual se erigen las otras facetas del poder estatal.

En el tramo final del siglo pasado, la globalización de la economía impulsó la mudanza a modelos de dominio fundamentados en herramientas financieras, comerciales y tecnológicas. La apertura de los mercados y la ampliación de las redes de producción mundiales y el auge de los capitales entre países crearon un marco donde la rivalidad económica se hizo crucial de modo extraordinario. Los países empezaron a servirse de pactos comerciales, las inversiones foráneas, la financiación global y las directrices monetarias como medios para robustecer su estatus en la arena internacional. Este cambio demostró cómo el poder de impactar la economía a nivel mundial podía arrojar logros parejos a los conseguidos a través de la confrontación armada.

Según Degterev (2019), Joseph Nye enriqueció este debate al proponer la noción de poder blando, interpretado como la facultad de moldear las inclinaciones y acciones de otros agentes a través del influjo cultural, institucional y económico. Desde esta óptica, el liderazgo global no reside únicamente en la imposición por la fuerza militar, sino igualmente en la habilidad de forjar confianza, reconocimiento y colaboración. Aquellas economías con mayor ímpetu usualmente evocan una imagen de solidez y bonanza, lo que realza su potencial de incidencia en entidades multilaterales, plazas bursátiles y dinámicas transnacionales. De esta manera, la seducción económica se erige en un acervo táctico que auspicia las modalidades clásicas de potestad.

La significancia ascendente de los mercados de finanzas mundiales intensificó este cambio más allá. Ahora mismo, la permanencia monetaria, la robustez de entidades financieras y la fe de los inversionistas son aspectos clave que definen la aptitud de los gobiernos para actuar. Acciones tomadas por banqueros centrales, entidades multinacionales y firmas financieras de gran envergadura pueden tener consecuencias notables para la expansión económica, la tranquilidad política y las circunstancias de progreso de múltiples naciones. De ello se sigue que la gestión de recursos económicos y la facultad de moldear los movimientos globales de capitales se han vuelto facetas vitales del poder actual.

El recurso a sanciones económicas, trabas comerciales y arbitrios financieros como herramientas de presión internacional evidencia una clara mutación hacia modalidades de poder de índole económica. Dejado atrás la contienda bélica directa, las naciones recurren asiduamente a palancas económicas para alterar la conducta de otros protagonistas en la escena global. Dentro de estas tácticas se hallan el estrangulamiento financiero, la restricción al avance tecnológico, el freno a las inversiones y la sujeción de los conductos de pago mundiales. El éxito de tales acciones confirma que, en el panorama contemporáneo, la potencia económica se erige como uno de los pilares estratégicos fundamentales para propagar influencia y salvaguardar los intereses patrios (Degterev, 2019).

A la vez, la transformación tecnológica y la digitalización de la economía han ampliado el abanico de fuentes de poder económico financiero. El control de áreas asociadas con la innovación, la inteligencia artificial, los semiconductores, las telecomunicaciones y las plataformas digitales produce beneficios competitivos que sobrepasan los límites nacionales. Los países que están a la vanguardia de estos sectores disponen de mayores aptitudes para impactar en los mercados mundiales, fijar pautas tecnológicas y consolidar su estatus en la economía internacional. De esta manera, el conocimiento, la innovación y la capacidad tecnológica se integran progresivamente a las nuevas formas de poder económico.

En el sistema internacional contemporáneo, la pugna entre potencias, una danza compleja, abarca esferas militares, económicas, financieras y tecnológicas, todo ello enmarcado por una lógica multifacética. Si bien la potencia militar sigue siendo una pieza clave para la seguridad nacional, el potencial para estimular el crecimiento económico, manejar vitales recursos, ser pionero en avances tecnológicos y participar activamente en las finanzas mundiales se revela como un pilar fundamental para afirmar el dominio global. Tal transformación subraya, de manera innegable, la importancia ascendente de la economía, tanto como herramienta para proyectar poder como la estructura subyacente de las interacciones internacionales en este siglo veintiuno.

1.3 Geoeconomía: definición, perspectivas y usos

La geoeconomía, en esencia, explora la implementación de métodos económicos para alcanzar propósitos políticos estratégicos y geopolíticos en el ámbito global. El motor de su evolución teórica responde a los cambios que la economía mundial ha experimentado desde el fin del siglo veinte, caracterizada por una creciente y profunda conexión comercial, financiera y tecnológica entre países. Lejos de perspectivas geopolíticas que solían priorizar la soberanía territorial y la fuerza militar, la geoeconomía busca comprender cómo las palancas económicas pueden ser empleadas para influir en las acciones de otros participantes en el escenario internacional. Esta perspectiva reconoce que la competencia global actual se expresa de manera más notoria en áreas como el intercambio comercial, los flujos monetarios, la inventiva y la disponibilidad de recursos de gran relevancia estratégica (Maresca, 2024).

La noción contemporánea de geoeconomía cobró importancia debido a las ideas de Edward Luttwak. Él planteó que la conclusión de la Guerra Fría implicó un cambio de paradigma en la confrontación internacional, transitando del terreno militar al ámbito económico. Bajo esta perspectiva, las naciones no dejan de procurar sus intereses y obtener beneficios estratégicos; no obstante, ahora se sirven de instrumentos de carácter comercial, tecnológico y financiero, en lugar de emplear primordialmente la fuerza bélica. La emulación entre naciones se evidencia a través de directrices industriales, subvenciones, trabas al comercio, pactos mercantiles y esquemas de ubicación ventajosa en rubros productivos cruciales. En consecuencia, el panorama económico deviene un escenario de competencia estratégica donde se pugna por porciones del mercado, flujos de inversión y vanguardia tecnológica.

Desde una óptica conceptual, la geoeconomía se nutre de perspectivas de la economía política internacional, además de las relaciones internacionales y la geopolítica. El enfoque de su estudio abarca más allá de las transacciones comerciales o monetarias, investigando de qué forma estos sucesos influyen en la alteración del equilibrio de poder en el concierto mundial. Las determinaciones concernientes a aranceles, acuerdos comerciales abiertos, flujos de inversión externa directa o la supervisión de fuentes naturales pueden desencadenar repercusiones que exceden el plano económico y modifican la potencia de maniobra de las naciones. En virtud de esto, la geoeconomía

escudriña las interconexiones entre mercados, dominios territoriales y los planes de acción nacionales en un escenario planetario de aguzada competencia.

Una visión fundamental del análisis geoeconómico concierne a la primacía del control de recursos estratégicos. Los estados aspiran a garantizar el acceso a materias primas fundamentales, fuentes de energía, minerales de alta importancia y tecnologías cruciales, lo cual sirve para salvaguardar su seguridad económica y agenciar su prestigio internacional. La accesibilidad de estos elementos impacta de manera directa la facultad productiva, industrial y tecnológica de las naciones. De igual forma, la supremacía sobre recursos selectos llega a erigirse como un pilar de poder, facultando la influencia sobre determinaciones políticas o financieras de otros. Esta mecánica se evidencia notabilísimamente en ámbitos como la energía, la electrónica miniaturizada y las tierras poco comunes, cuya trascendencia estratégica ha crecido de forma notoria en tiempos recientes.

Otra perspectiva de gran pertinencia en geoeconomía analiza las cadenas de valor a escala mundial y las interconexiones productivas que trascienden fronteras. La desintegración internacional de fases productivas dio lugar a modalidades novedosas de vinculación económica entre estados y zonas geográficas. Dentro de este marco, la aptitud para insertarse en fases de alto valor, dominar puntos cruciales de manufactura o encabezar desarrollos tecnológicos se erige en un diferenciador competitivo de peso. Las naciones más desarrolladas buscan afianzar posiciones prevalentes en estas redes a través de desembolsos en I+D, plataformas logísticas y formación de sus trabajadores, potenciando consecuentemente su alcance en el ámbito económico internacional (Maresca, 2024).

Igualmente, la dimensión financiera emerge como un constituyente crucial en la geoeconomía actual. Una arquitectura económica integrada por los mercados de capitales, los sistemas de pagos transnacionales, las divisas de reserva y las organizaciones financieras plurinacionales impacta en las dinámicas de poder a nivel mundial. Las perspectivas de crecimiento y adelanto para las naciones pueden verse definidas por la disponibilidad de financiación global, la firmeza monetaria y la fe de los inversores. Por ende, los instrumentos financieros han pasado a ser herramientas empleadas para impulsar objetivos estratégicos, propiciar uniones económicas o ejercer influencia sobre entidades internacionales específicas.

De acuerdo con Maresca (2024), la geoeconomía exhibe además estrategias mercantiles diseñadas para resguardar ámbitos tildados de vitales para el progreso patrio. Diversas administraciones introducen estímulos tributarios, iniciativas de sostén fabril, supervisiones sobre el capital foráneo o trabas de orden normativo; todas estas, encaminadas a mejorar su poderío competitivo global. Dicha acción subraya una concepción donde el comercio no es meramente un sitio para el canje, sino que también funciona como herramienta para conservar destrezas productivas fundamentales y asegurar la independencia táctica. El aumento de la rivalidad técnica entre los países de mayor peso económico demuestra vívidamente la importancia de estas tácticas hoy en día.

Recientemente, la creciente digitalización económica ha expandido drásticamente el espectro geoeconómico. El dominio sobre datos, plataformas electrónicas, infraestructura tecnológica y sistemas de inteligencia artificial ha emergido como un elemento crucial en la edificación de superioridades competitivas. Tanto corporaciones tecnológicas como entidades estatales intervienen vigorosamente en el establecimiento de directrices, reglamentaciones y entornos digitales que configuran la operativa de la economía mundial. En consecuencia, la pugna económica ahora abarca nuevas facetas intrínsecamente conectadas con el saber, la originalidad y la administración de información de gran valor estratégico.

La geoeconomía revela también un rol esencial para decodificar las tensiones que surgen de la remodelación del actual orden mundial. El auge de mercados emergentes, la metamorfosis de las cadenas de abasto y la aspiración a una mayor independencia táctica por parte de múltiples áreas geográficas han magnificado el peso de las herramientas monetarias en el diseño de estrategias diplomáticas. En este contexto, los juicios relativos a mercadeo, capital, financiamiento y adelantos tecnológicos ganan una notoriedad que rebasa las metas meramente económicas, conectándose de forma directa con la aptitud de las naciones para ubicarse dentro de un orbe internacional en constante complicación y rivalidad.

Figura 1.2 Perspectivas, dimensiones y herramientas de análisis de la geoconomía contemporánea.



Elaborado: Autores

1.4 Globalización, regionalización y configuración multipolar

La globalización, sin duda, constituye un impulsor capital de la metamorfosis del escenario global presente. Esta se fundamenta en una convergencia progresiva entre diversas economías, incentivada por la apertura comercial, los flujos de capital, la inversión exterior, las innovaciones técnicas y la propagación de información a escala mundial. Ya hacia finales del siglo veinte, la eliminación de gravámenes aduaneros y los avances en transporte y telecomunicaciones facilitaron una interconexión sin precedentes entre Estados y áreas geográficas. Por lo tanto, las transacciones económicas empezaron a desarrollarse en un ámbito marcadamente entrelazado, en el que las directrices adoptadas por una nación pueden generar repercusiones significativas para un amplio espectro de actores internacionales.

La globalización trajo consigo la fortificación de entidades supranacionales. Estas estaban pensadas para la gobernanza y para fomentar la colaboración económica, y todo ello a escala global. Con un papel importante, los actores cruciales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio. Trabajaron en el desarrollo de un entramado regulatorio. Este buscaba agilizar las transacciones

económicas y, además, la solvencia financiera mundial. Un resultado de su labor, la intensificación de la unión de los mercados globales, se dio. Patrocinando esquemas de apertura económica y, también, la emancipación del comercio. Todo esto, para catalizar el desarrollo y, por ende, la competitividad. Consecuentemente, la globalización emergió como un propulsor principal de la expansión económica a nivel mundial.

A pesar de esto, la creciente integración global no extirpó la significancia de los ámbitos regionales. A la par que la globalización progrese, varios estados empujaron procesos de regionalización con la mira de robustecer su estatus económico y político en el orbe. Entiéndase regionalización como la creación de pactos, conglomerados o sistemas de colaboración entre naciones que comparten afinidades geográficas, comerciales o tácticas. Estas dinámicas buscan impulsar la celeridad en las transacciones comerciales dentro de la región. Paralelamente, facilitan una uniformidad en las directrices económicas adoptadas. Además, su fin es amplificar de manera significativa el poder de negociación colectivo frente a actores externos. Variados modelos sobresalientes presentan en este escenario la Unión Europea, la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático conocida como ASEAN, el acuerdo conocido como T-MEC que involucra a México, Estados Unidos y Canadá, y así también el Mercado Común del Sur o Mercosur.

La globalización, en conjunción con la regionalización, delinea un complejo tapiz de interdependencia económica a múltiples niveles. Donde la globalización expande lazos intereconómicos a través de fronteras, la regionalización faculta a las naciones para forjar convenios colaborativos más íntimos, ajustados a sus contextos particulares. A menudo, las uniones regionales sirven de trampolín para potenciar la eficiencia económica, atraer capital foráneo y robustecer las cadenas de producción colectivas. En consecuencia, estos ámbitos brindan escenarios para alinear estrategias ante retos compartidos que conciernen la infraestructura, el avance tecnológico, la salvaguarda energética y el progreso sustentable.

Las alteraciones producidas por estas dinámicas han reconfigurado la arquitectura convencional de la autoridad internacional. Por extensos lapsos en la era posguerra mundial, la configuración global se distinguió por el dominio de un selecto grupo de naciones con sustanciales facultades económicas, gubernamentales y castrenses. Sin embargo, la expansión continuada de economías en surgimiento ha ocasionado una transferencia gradual de potencialidades financieras globalmente. Naciones tales como la República Popular China, la India, Brasil y otras economías de veloz desarrollo han

magnificado considerablemente su implicación en la manufactura mundial, el intercambio global y los movimientos de capital, modificando las secuencias longevas de acaparamiento de la influencia financiera.

El surgimiento de focos de desarrollo económico emergentes ha dado forma a la evolución hacia una organización multipolar del escenario mundial. La multipolaridad se trata de un arreglo en que la autoridad se halla repartida entre diversas entidades con facultades significativas para moldear la economía y la dirección planetaria. Distinto de los esquemas unipolar o bipolar, en donde una o dos naciones sobresalen indiscutiblemente, el arreglo multipolar se distingue por una dispersión más extendida de medios, habilidades y focos de gravitación. Este estado de cosas produce una atmósfera más volátil, donde distintos gobiernos e instituciones toman parte activa en la estipulación de directrices, pautas y objetivos globales (Von Wolff, 2011).

El surgimiento de potencias económicas inéditas ha alterado, de forma profunda, los esquemas de colaboración y rivalidad a escala planetaria. Las economías con trayectorias de crecimiento vertiginoso han hecho sentir su peso de manera más notable en foros globales, promoviendo novedosos canales de provisión de fondos y catalizando esfuerzos destinados a magnificar su protagonismo en la gestión económica universal. Conjuntos como los BRICS ilustran perfectamente la convergencia de naciones empeñadas en dilatar su cuota en la articulación de resoluciones de carácter supranacional. Tales proyectos manifiestan alteraciones de calado en el reparto de la hegemonía financiera y señalan la diversidad exponencial de agentes que participan activamente en la forja del orden mundial.

La actual ordenación multipolar exhibe una íntima conexión con el desarrollo de las cadenas de valor globales y con la importancia ascendente de la tecnología como motor de la competitividad. Las aptitudes ligadas a la innovación, la digitalización, la investigación científica y la industria influyen progresivamente en la jerarquía de las naciones dentro del concierto económico global. Consecuentemente, la pugna global se constriñe no solamente a la hegemonía sobre mercados o elementos naturales, sino que integra facetas vinculadas al saber, la infraestructura tecnológica y la habilidad para forjar beneficios productivos duraderos.

Las fuerzas convergentes de globalización, regionalización y el advenimiento de un orden multipolar persisten en moldear el escenario económico internacional de este

siglo. De esta intrincada interacción surgen no solo horizontes para la colaboración internacional, sino también retos considerables respecto a la gobernanza global, la sincronización de estrategias económicas y la armonización de propósitos que a menudo discrepan entre una miríada de entidades participantes. La intensificada complejidad del contexto global nos impone la necesidad de dilucidar la forma en que las mutaciones económicas, los avances tecnológicos y las realidades geopolíticas ejercen una influencia concurrente sobre el equilibrio de poder y la trayectoria de los marcos organizativos que rigen la operación de la economía planetaria (Von Wolff, 2011).

1.5 El papel de la economía como herramienta de poder estratégico

La economía ahora tiene una relevancia central en la configuración del poder internacional contemporáneo. Esta centralidad es debida a su capacidad para influir sobre las decisiones políticas, comerciales y estratégicas de los Estados. En un contexto actual, marcado por elevados niveles de interdependencia global, la fortaleza económica. Constituye un elemento fundamental para sostener la competitividad de un país. Asimismo, para financiar políticas públicas, promover la innovación. Y, además, fortalecer su presencia internacional. Como resultado, la economía ha trascendido ser un mero ámbito de producción e intercambio. Se ha convertido en un instrumento capaz de respaldar objetivos geopolíticos. Además de proyectar influencia más allá de las fronteras nacionales.

La conexión entre la economía y el poder se percibe en la habilidad que los Estados tienen para juntar medios productivos, financieros y tecnológicos con la mira puesta en lograr objetivos estratégicos. Los territorios con mejores índices de progreso económico generalmente poseen beneficios notorios en cuanto a su infraestructura, el talento de su gente, la indagación científica y la posibilidad de llegar a los mercados globales. Estas facultades no solo facilitan el crecimiento interno, sino que además refuerzan su poder de acuerdo dentro de agrupaciones multinacionales, convenios de comercio y esferas de dominio planetario. Así pues, la marcha de la economía pasa a ser un elemento clave para afianzar la preeminencia mundial (Angulo, 2024).

La economía, de modo muy evidente, funciona como palanca para el poder estratégico, siendo el comercio global un claro ejemplo. Los países negocian convenios de intercambio, conceden favores arancelarios y establecen reglas de entrada a sus mercados, con el fin de estrechar lazos comerciales o para que otros actúen de cierta manera.

Abriendo o cerrando puertas a transacciones económicas se produce un efecto importante en industrias concretas, lo cual tiene consecuencias en el desarrollo y en la capacidad de competir de las naciones involucradas. Así pues, las transacciones comerciales se vuelven un medio para ejercer dominio, sin necesidad de recurrir siempre a la fuerza bélica.

La inversión extranjera directa es otra vez un componente relevante, un elemento clave dentro de las estrategias del poder económico. Mediante el capital destinado a la infraestructura, la industria, la energía y hasta la tecnología, países y firmas multinacionales logran cimentar relaciones económicas duraderas con otros mercados. Generación de empleos, transferencia de conocimiento técnico, expansión en la producción resultan de estas aportaciones, aunque no es raro que aumenten la dependencia económica entre los involucrados. Frecuentemente, estas inyecciones de capital van de la mano con metas estratégicas para conseguir recursos naturales, entrar a mercados consumidores o controlar puntos geográficos de gran relevancia económica.

Los medios financieros se destacan también como una importante veta de autoridad estratégica en la escena internacional. Las economías dominantes logran influir en los mercados mundiales vía tácticas monetarias, directrices financieras y posibilidad de crédito global. La robustez de sus estructuras financieras posibilita mover capitales masivos y las posiciona para liderar la solidez económica planetaria. De igual forma, las divisas que gozan de reconocimiento generalizado conceden beneficios que cimentan la prevalencia de las naciones que las emiten en la dinámica económica global, expandiendo su capacidad de maniobra en diversas esferas políticas globales.

Según Chávez y Lee (2019), el uso de sanciones económicas revela con meridiana claridad la función de la economía como palanca de influencia estratégica. El cierre de mercados, el freno financiero o la exclusión tecnológica son armas que diversos Estados blanden para moldear acciones estimadas opuestas a sus intereses o a ciertos dictámenes internacionales. Con estas acciones, pueden obstaculizarse tratos comerciales, flujos monetarios, capital o saberes avanzados, provocando severas cargas económicas en los objetivos afectados. La acelerada proliferación de tales herramientas resalta el peso de las herramientas económicas en las tácticas actuales de diplomacia exterior.

El control y acceso a recursos esenciales representan una faceta vital del poder económico. Disponibilidad de energía, minerales cruciales, víveres, agua y tecnología avanzada impacta la competitividad y estabilidad económica de naciones. Naciones con

amplias reservas o que dominan eslabones importantes de las cadenas de suministro mundiales cosechan beneficios estratégicos significativos. Esto ha avivado la rivalidad por garantizar suministros estables y ha magnificado el carácter geoeconómico de las interacciones globales actuales.

La vanguardia tecnológica, sin dudarlo, es un reflejo palpable del músculo económico estratégico. Las naciones punteras en indagación, mejora e innovación forjan una capacidad superior para urdir artículos de gran valía, erigir pautas tecnológicas y afianzar una predominancia competitiva duradera. Dichos nichos, como la inteligencia artificial, los chips, la biociencia y las redes de comunicación, se vuelven cada vez más cruciales, forjando la hegemonía económica a escala planetaria. Así pues, volcar recursos en saber y tecnología se erige en un pilar esencial para que las potencias afiancen su presencia mundial.

La importancia crecientemente significativa de la economía como herramienta estratégica ha alterado de manera profunda la esencia misma de la contienda internacional. Las disputas feroces por mercados, inversiones, la posesión de recursos vitales y el liderazgo tecnológico conforman una escena compleja donde las aptitudes económicas impactan directamente sobre la configuración del poder mundial. La elaboración de políticas económicas ya no se limita estrictamente a metas de expansión interna. En cambio, se halla íntimamente ligada a factores geopolíticos, comerciales y, de manera crucial, a la seguridad nacional. Esta fusión intrínseca entre la esfera económica y la estratégica es un reflejo innegable de las dinámicas más notables del actual sistema global, en el cual la facultad para acumular riqueza y ejercer control sobre activos económicos se ha consolidado como un pilar fundamental de la proyección internacional.

Figura 1.3 Mecanismos e instrumentos de la economía como factor de poder estratégico internacional.



Elaborado: Autores

1.6 Actores emergentes y gobernanza económica global

La gobernanza económica global representa las directrices, instituciones, herramientas y metodologías que dan forma a las interacciones económicas globales y alinean los esfuerzos de los múltiples participantes del comercio mundial. Crecientemente trascendental, su valor se ha disparado ante el auge de la globalización, la expansión sin precedentes de los mercados financieros y la interconexión cada vez mayor de las economías domésticas. En este escenario, las resoluciones económicas ya no se circunscriben al espacio nacional, implicando un amplio abanico de agentes que moldean la elaboración de estrategias, la distribución de bienes y la determinación de directrices que guían la operación del colectivo mundial.

La gobernanza económica mundial tradicionalmente perteneció a un puñado de naciones industriales de peso mayoritario en la producción global, intercambios internacionales y dominio financiero. Pos-Segunda Guerra Mundial, entidades tales como el FMI, el Banco Mundial y después la OMC tuvieron protagonismo para armar una estructura de reglas que apuntaba a fomentar tranquilidad económica y colaboración entre países. Estos entes, de forma sustancial, reflejaron el balance de poder financiero propio de la segunda mitad del siglo veinte, marcado por la hegemonía de países industrializados de Occidente.

No obstante, las mutaciones económicas que sucedieron en el transcurrir de las últimas décadas provocaron modificaciones notables en el entramado del sistema mundial. La veloz expansión de economías que están surgiendo cambió poco a poco cómo se distribuye la fabricación, el intercambio y la colocación de capital en un plano mundial. Naciones como China, India, Brasil, Indonesia y otras regiones con economías en progreso aumentaron su contribución a los indicadores económicos más importantes a nivel internacional y eso hizo más fuerte su poder para moldear los mecanismos de gobierno global. Esta realidad ha fomentado discusiones acerca de lo necesario que es ajustar las organizaciones internacionales a una situación económica que resulta cada vez más variada y con múltiples centros de poder.

China se destaca como un actor emergente; notablemente, su pujante crecimiento económico la catapultó a la cima, hoy siendo una potencia económica mundial. La expansión de su comercio, la fuerza de su industria, su preeminencia en infraestructura y un poder financiero que no para de crecer incrementaron de manera notable su voz en la administración económica internacional. Por medio de proyectos como la Franja y la Ruta, amén de su arraigo en foros multilaterales y entidades bancarias para el desarrollo, China acrecentó su habilidad para impulsar cooperaciones económicas y expandir su alcance a múltiples áreas geográficas del globo (Chávez & Lee, 2019).

Paralelamente, los BRICS ganan terreno globalmente. Esta unión, compuesta primeramente por Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, se creó como un sitio de armonía entre economías emergentes buscando robustecer su influencia en los dictámenes mundiales. Los BRICS han impulsado gestiones para variar las vías de financiación global, crear cambios en organismos colectivos y nutrir un equilibrio mayor para las economías en desarrollo en la dirección económica global. Su crecimiento actual muestra la importancia acentuada de las potencias emergentes al formar la escena global.

La gobernanza económica global de hoy también comprende la participación decidida de actores que no son estados. Las empresas que operan en múltiples países tienen un papel crucial por su habilidad para mover dinero, estructurar cadenas de valor por todo el mundo y pasar tecnología entre naciones. En muchos sectores, esas empresas tienen más dinero que el gasto de ciertos gobiernos nacionales; les dan un gran poder sobre los mercados, sobre cómo se produce y cómo se hace comercio en el mundo. Su existencia demuestra que quien tiene poder económico ya no es solo asunto de los gobiernos.

Las organizaciones internacionales, los bancos de desarrollo y otras instituciones financieras multilaterales persisten como pilares insustituibles en la gobernanza de la economía global. A través de su accionar, propician la colaboración económica, otorgan capital para iniciativas de crecimiento y fortalecen la estabilidad financiera global. También intervienen activamente en la creación de directrices vinculadas al comercio, a las inversiones, a la sustentabilidad, a la claridad y a la reglamentación bancaria. Su habilidad para cohesionar soluciones ante adversidades económicas y retos de alcance mundial las posiciona como piezas irremplazables de la actual estructura institucional (Maresca, 2024).

La acelerada digitalización de la economía ahora ha integrado nuevos participantes en las estrategias de gobernanza global. Actores corporativos de tecnología, plataformas digitales y grupos dedicados a la administración de información ahora tienen una influencia crecientemente importante en la economía global. Gestionar la infraestructura digital, los sistemas de información, además de las tecnologías emergentes; todo esto impacta la competitividad económica, la innovación y también la seguridad de las naciones. En vista de esto, las conversaciones relativas a la regulación tecnológica, la salvaguardia de datos y la soberanía digital han devenido en puntos cruciales dentro de la lista de asuntos de gobernanza económica a nivel internacional.

La interconexión entre el Estado, los entes multinacionales, economías en desarrollo y firmas particulares ha generado un modelo de gobierno intrincado en comparación con épocas previas. Los variados intereses, potencialidades y estadios de progreso demandan mecanismos coordinados, efectivos para afrontar dilemas ligados al progreso económico, la solidez monetaria, la salubridad ecológica y la reinvencción tecnológica. En semejante contexto, el peso mundial es crecientemente contingente a la habilidad de los intervinientes para colaborar activamente en la forja de preceptos, marcos y foros de colaboración, que guían el devenir de la economía mundial y el delineamiento de la disposición multipolar actual.



EDITORIAL ANDES COGNITIO

CAPÍTULO II

ECONOMÍA MUNDIAL Y ESTRUCTURA DEL PODER ECONÓMICO GLOBAL



CAPÍTULO II

ECONOMÍA MUNDIAL Y ESTRUCTURA DEL PODER ECONÓMICO GLOBAL

2.1 Estructura del sistema financiero global

El sistema financiero mundial, este entramado de entidades, plazas, herramientas y procesos, viabiliza el movimiento de fondos entre las naciones y las diversas partes económicas globales. Su cometido principal es direccionar el ahorro para la inversión, impulsar una asignación de capital eficaz y ayudar al desempeño de la economía internacional. Durante las décadas pasadas, la creciente unión de los mercados de dinero ha posibilitado una notable extensión de las corrientes de capital foráneas, acrecentando la dependencia económica entre Estados, corporaciones y entidades monetarias. En consecuencia, las tendencias financieras globales ejercen una presión decisiva sobre la expansión económica, la solidez del dinero y el potencial de progreso de los países.

El entramado de la arquitectura del sistema financiero mundial abarca una red inmensa de plazas donde se comercian valores bursátiles, divisas foráneas, instrumentos de crédito y derivados financieros. Esos nichos de mercado facilitan enormemente la movilidad de capital entre quienes disponen de excesos y quienes requieren fondos para hacer crecer sus negocios o cumplir metas de inversión. Entre los aspectos más relevantes se encuentran los mercados de acciones, de liquidez, de divisas y de derivados. La interconexión de estas arenas forja un sistema complejo, donde las decisiones de inversionistas, gobiernos y entidades financieras pueden repercutir a escala global (Botto, 2012).

Las entidades bancarias centrales cumplen una función esencial en dicha estructura al encargarse del diseño y de la puesta en marcha de medidas monetarias. Dichas organizaciones controlan una cantidad de dinero, administran niveles de tipo de cambio y ayudan a conservar la estabilidad económica de los países correspondientes. Por el alto nivel de conexión financiera entre naciones internacionales, resoluciones tomadas por bancos centrales de economías potentes, tales como la Reserva Federal americana o la entidad central europea, podrían causar efectos importantes en mercados mundiales. Alteraciones en valores de tipos de interés o modificaciones en estados de liquidez

exterior frecuentemente afectan directamente movimientos de capitales y conducta de divisas en escala global.

Las entidades bancarias centrales cumplen una función esencial en dicha estructura al encargarse del diseño y de la puesta en marcha de medidas monetarias. Dichas organizaciones controlan una cantidad de dinero, administran niveles de tipo de cambio y ayudan a conservar la estabilidad económica de los países correspondientes. Por el alto nivel de conexión financiera entre naciones internacionales, resoluciones tomadas por bancos centrales de economías potentes, tales como la Reserva Federal americana o la entidad central europea, podrían causar efectos importantes en mercados mundiales. Alteraciones en valores de tipos de interés o modificaciones en estados de liquidez exterior frecuentemente afectan directamente movimientos de capitales y conducta de divisas a escala global.

El sistema financiero internacional abarca asimismo gran diversidad de actores privados que operan con actividad constante en la mediación monetaria transfronteriza. Instituciones bancarias comerciales, casas de inversión, fondos jubilatorios, aseguradoras, fondos estatales y administradores de patrimonios desplazan cantidades considerables de dinero mediante distintos mercados. Dichas organizaciones cumplen tareas vinculadas al otorgamiento de préstamos, gestión de carteras y suministro de liquidez. Tal habilidad para incidir en los movimientos de capitales globales les confiere una posición importante en el funcionamiento económico actual y en la construcción de proyecciones acerca del desarrollo futuro de la economía mundial (Botto, 2012).

Un rasgo distintivo del sistema financiero mundial es la importancia de ciertas divisas globales usadas como medio de cambio, reserva de valor y unidad de cuenta en operaciones internacionales. El dólar americano tiene un rol principal en dicha organización, pues se usa mucho en el comercio exterior, los mercados bursátiles y las reservas de bancos centrales. La utilidad de tal moneda da beneficios económicos y estratégicos a EE.UU., ayudando a financiar sus actividades económicas y reforzando su poder en la arquitectura financiera global. Otras monedas, tales como el euro, el yen y el yuan, toman parte en diferentes niveles dentro de este esquema.

La globalización financiera ha aumentado el tamaño y la velocidad de los movimientos de dinero entre países. Este suceso, motivado por la tecnología financiera digital, agiliza las transacciones entre naciones casi al instante. Aunque esta unión ayuda a usar los

recursos mejor y ofrece más elecciones para invertir, también hace que las economías locales sean más vulnerables a los cambios del exterior. Por lo tanto, los problemas en ciertos mercados suelen extenderse por efectos de contagio, lo que pone en peligro la seguridad del sistema económico mundial.

La regulación financiera resulta fundamental en cualquier iniciativa orientada a asegurar que el sistema financiero global opere de manera adecuada. Se han establecido entidades y se han consolidado pactos internacionales con la meta de intensificar la supervisión de las entidades financieras, atenuar el riesgo sistémico y promover una conducta responsable en los mercados. Un mecanismo de gran relevancia es el de las normativas, como las que rigen para el Banco de Pagos Internacionales y los Acuerdos de Basilea, diseñadas para potenciar la solvencia y la capacidad de recuperación del sector bancario. Las finalidades de estas acciones son disminuir la posibilidad de que se produzcan crisis financieras y restaurar la confianza en el entramado económico internacional.

La evolución del sistema del dinero global muestra una economía del mundo cada vez más compleja. Esta economía tiene mucha unión. También tiene mucha invención técnica y depende mucho de sí misma. Las organizaciones que trabajan con muchos países interactúan. Los bancos centrales también participan. Los mercados de dinero y las personas o empresas privadas dan forma a un sistema. Este sistema cambia mucho. Afecta cómo se reparten los recursos. También afecta las chances de mejorar en el mundo. Es muy importante entender esta forma. Ayuda a ver las fuerzas del dinero. También ayuda a ver cómo se maneja el dinero. Y muestra los problemas que enfrenta el mundo. Todo esto cambia todo el tiempo.

Figura 2.1 Estructura, actores y flujos de capital en el sistema financiero global.



Elaborado: Autores

2.2 Instituciones multilaterales y gobernanza económica global

Los grupos internacionales son una base clave para gobernar la economía mundial. Ofrecen maneras de trabajar juntos, coordinar esfuerzos y establecer reglas entre los diferentes participantes de la economía global. Su aparición se debe a la necesidad de crear normas y marcos institucionales. Estos pueden ayudar a fomentar la estabilidad económica. También facilitan el comercio internacional. Además, previenen desequilibrios que podrían dañar el funcionamiento del sistema mundial. En un mundo donde las economías dependen más unas de otras, estas organizaciones son vitales. Juegan un papel importante en la creación de políticas. También supervisan las finanzas. Y promueven el crecimiento que se puede mantener a largo plazo.

La forma actual de gobernar la economía mundial comenzó con acuerdos. Estos se hicieron en la Conferencia de Bretton Woods en 1944. Allí se sentaron las bases. Se buscaba una nueva economía global. El objetivo era evitar crisis y problemas económicos. Estos habían causado inestabilidad mundial antes de 1950. El Fondo Monetario Internacional (FMI) se creó entonces. También se creó el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. Este se unió luego al Grupo Banco Mundial. Estas entidades

se volvieron claves. Ayudaron a tener finanzas estables. También ayudaron a reconstruir la economía después de la guerra.

El Fondo Monetario Internacional es clave para vigilar la economía y las finanzas del mundo. Sus tareas principales incluyen observar cómo manejan sus economías los países, ayudar con dinero a los que tienen problemas de balanza de pagos y ofrecer consejos sobre economía. Con su ayuda financiera, el FMI quiere que las economías estén estables y prevenir crisis que puedan afectar a todo el planeta. Por cómo puede actuar, tiene mucho que decir en las decisiones económicas de cada país (Merino, 2024).

Por su parte, el Grupo Banco Mundial enfoca sus acciones en impulsar la economía y bajar la pobreza. Esta organización ayuda a que los países en desarrollo crezcan mejor. Lo hace financiando proyectos de cosas como caminos, escuelas, hospitales, energía y mejor gobierno. El Banco Mundial no solo da dinero. También crea conocimiento técnico y estudios expertos. Esto ayuda a crear mejores planes públicos. Su papel es muy importante en áreas donde falta dinero. Esto frena el crecimiento económico y social.

La Organización Mundial del Comercio representa otro aspecto fundamental de la gestión económica global. Esta entidad tiene la responsabilidad de velar por los acuerdos comerciales entre naciones. Facilita la comunicación entre los miembros en torno al comercio. Además, se encarga de resolver disputas comerciales. Persigue un sistema de comercio con reglas bien definidas. Esto contribuye a que todo sea más predecible. También elimina obstáculos para la compra y venta de bienes. Disponer de mecanismos para resolver conflictos entre países mitiga las incertidumbres. Refuerza la confianza en los acuerdos económicos entre las naciones.

Otras entidades como bancos y grupos grandes también ayudan a organizar la economía mundial. El Banco de Pagos Internacionales, por ejemplo, ayuda a que los bancos centrales trabajen juntos. También promueve reglas para hacer que las finanzas sean más seguras en todo el mundo. Además, grupos como el G20 juntan a países ricos y otros que están creciendo. Ellos hablan sobre cómo hacer crecer la economía, qué reglas poner y sobre hacer negocios e invertir. Estas formas de trabajar ayudan a responder juntos a problemas mundiales que necesitan que muchas partes colaboren.

La creciente complejidad de la economía mundial amplió el temario de las instituciones multilaterales. La gobernanza económica global hoy en día no solo está en lo monetario y comercial; esto es porque también abarca asuntos medioambientales sostenibles, la

transformación digital, la innovación tecnológica, la seguridad de la energía y el desarrollo con inclusión social. Esa expansión de temas está impulsada por la necesidad de actualizar las instituciones por los cambios en la economía internacional y por la aparición de problemas globales.

El ascendente protagonismo de las naciones con economías emergentes, no cabe duda, a despertado profundos escrutinios respecto a la justa proporción y validez de diferentes entes supranacionales. En especial, varios Estados en desarrollo sostienen que la distribución de poder en otros organismos internacionales refleja estructuras económicas de un pasado lejano a la actual configuración del sistema internacional. Por ello, han surgido propuestas más bien orientadas a reformar los mecanismos de gobernanza global para dar cabida a los nuevos actores emergentes. Este proceso ha propiciado reflexiones acerca de la necesidad de modernizar estructuras institucionales y sofisticar las respuestas ante un sistema internacional cada vez más multipolar.

Junto a ello, aparecen nuevas entidades multilaterales movidas por economías emergentes para completar o variar las fuentes habituales de fondos y ayuda. Grupos tales como el Nuevo Banco de Desarrollo de los BRICS y el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura muestran la necesidad de métodos distintos para sostener obras de progreso y reforzar la inclusión de nuevos participantes en la dirección financiera mundial. Dichas acciones demuestran el cambio lento del orden planetario y el aumento notable de múltiples focos de poder económico.

De acuerdo con Merino (2024), el gobierno económico mundial de hoy se basa en cómo actúan juntos las organizaciones de muchos países, los gobiernos, los grupos de regiones, las grandes empresas y las finanzas. Un gran desafío del siglo XXI es juntar intereses distintos, buscar la calma en la economía y dar buenas respuestas a problemas que afectan a todos. El mundo cambia rápido con la tecnología; hay roces entre países por la economía y el poder económico se reparte de forma distinta. Aun así, las organizaciones globales siguen siendo muy importantes. Ellas crean formas de trabajar juntas. Esto ayuda a que la economía del mundo siga funcionando. También facilita manejar problemas que van más allá de un solo país.

2.3 BRICS, G7 y reconfiguración de alianzas económicas

Según Merino (2024), el cambio del sistema económico internacional en el siglo veintiuno se ve marcado por una mayor redistribución del poder económico global, hecho que ha impulsado la creación de nuevas alianzas y mecanismos de cooperación entre Estados soberanos. En dicho escenario, grupos tales como el Séptimo Grupo y los BRICS han ganado importancia estratégica al mostrar distintas visiones sobre la organización de la economía mundial y la gobernanza internacional. Ambas organizaciones afectan la elaboración de políticas económicas, el financiamiento del progreso, los lazos comerciales y la coordinación ante retos globales, volviéndose actores clave dentro de la estructura del orden económico actual.

Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón y el Reino Unido integran el G7. Este grupo nació en los años setenta como ámbito de conversación entre grandes economías industriales globales, buscando coordinar acciones ante problemas financieros y económicos graves. En muchas décadas recientes, dicho G7 ha tenido una función importante impulsando normas para la estabilidad monetaria, el intercambio comercial abierto, la colaboración económica y el control de los mercados mundiales. Su poder depende directamente del valor económico, tecnológico y financiero que poseen sus integrantes dentro del sistema global actual.

Durante mucho tiempo en la segunda mitad del siglo veinte, las naciones del grupo siete acumularon una fracción importante del ingreso nacional total, los fondos monetarios externos y los núcleos clave de desarrollo técnico nuevo. Tal estatus les dio capacidad para dirigir fuertemente a las organizaciones internacionales y a las acciones decisivas vinculadas al comercio planetario. Además, su dominio financiero ayudó a fijar un sistema de administración global fundado en reglas de libre intercambio, ayuda bancaria y desregulación mercantil que afectó a muchas áreas del planeta entero.

Sin embargo, la creciente dinámica de distintas economías emergentes fue modificando lentamente esta estructura de poder. Transformaciones económicas profundas en economías como la china, la india o la brasileña, que le dieron protagonismo a estas economías productivas, comerciales y financieras, profundizaron el proceso de dispersión de capacidades económicas y comenzaron a cuestionar los mecanismos tradicionales de gobernanza económica por su falta de representatividad. Se lanzaron entonces nuevas

iniciativas para fortalecer la voz de las economías emergentes en el andamiaje internacional.

En esta situación ganó importancia el bloque BRICS, creado al principio por Brasil, Rusia, India, China y luego Sudáfrica. Dicha unión destaca por juntar economías con grandes volúmenes demográficos, mercados internos vastos y un peso económico mundial en aumento. Si bien muestran contrastes notables en aspectos políticos, sociales y culturales, sus componentes comparten el deseo de impulsar una mayor presencia de naciones emergentes dentro de la dirección económica mundial. Los BRICS han fomentado sistemas de colaboración enfocados en reforzar el intercambio comercial, la inversión financiera y la alineación política entre socios.

Uno de los progresos más importantes promovidos por los BRICS fue fundar el Nuevo Banco de Desarrollo, organización creada para pagar obras de infraestructura y progreso ecológico en naciones emergentes. Este grupo nació como opción extra a entidades financieras viejas, dando nuevos recursos económicos a estados que quieren variar sus caminos de trabajo conjunto. Además, hacer pactos de fondos de seguridad entre los socios muestra intentos del bloque por mejorar sistemas internos de ayuda monetaria ante momentos de desorden económico global.

El crecimiento de los BRICS al sumar nuevos integrantes ha elevado su importancia en el orden global. La adición de naciones con grandes reservas energéticas, potencias industriales y ubicaciones clave extiende el rango geoeconómico del bloque y refuerza su peso en discusiones relativas a progreso, intercambio, suministro energético y fondos internacionales. Dicho fenómeno muestra la inclinación hacia una diversidad creciente de agentes capaces de afectar el diseño de la economía planetaria y establecer prioridades en la hoja de ruta mundial (Pereyra, 2015).

La convivencia entre G7 y BRICS muestra distintos puntos de vista sobre la dirección financiera mundial. Aunque el G7 conserva gran poder en organismos establecidos y núcleos monetarios clave, los BRICS buscan un modelo masivo y fiel al estado económico actual. Este movimiento no indica choque directo entre dos bandos, sino la existencia de metas, planes y caminos que muestran la dificultad cada vez mayor del orden global.

Las relaciones entre estos grupos también afectan áreas muy concretas de la vida cotidiana y del futuro económico: la innovación tecnológica, la transición hacia fuentes de energía más limpias, la seguridad económica y la transformación digital. Tanto el G7 como los BRICS intentan reforzar sus capacidades en sectores estratégicos que acabarán marcando la competitividad de sus países. Cuestiones como la inteligencia artificial, la infraestructura tecnológica, los minerales críticos, las cadenas de suministro y las energías renovables son parte de una agenda que aumenta su relevancia para ambos países, lo que exhibe que la pugna económica de hoy se desarrolla en múltiples escenarios simultáneamente.

El panorama de las alianzas económicas ha visto una metamorfosis considerable en las últimas décadas, un indicador de que la distribución del poder global también está experimentando mutaciones. Economías que antes no figuraban mucho ahora tienen peso propio, existen más formas de cooperación entre países y cada vez ganan terreno actores que antes apenas asomaban. Todo esto ha ido dando vueltas a la organización económica internacional. Así, cuando el G7 interactúa con los BRICS, lo que se ve es cómo en este mundo multipolar de hoy la influencia económica deja de concentrarse en unos pocos y se reparte entre varios centros de decisión.

Figura 2.2 Reconfiguración de alianzas globales: Contraste estratégico entre el G7 y los BRICS.



Elaborado: Autores

2.4 Hegemonía del dólar, desdolarización y monedas digitales soberanas

La arquitectura monetaria global actual muestra la influencia considerable del predominio del billete verde gringo como la moneda de reserva principal, un vehículo de cambio y una unidad de medida dentro del sistema económico del planeta. Tras la cristalización del orden de Bretton Woods, una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, el dólar ha ejercido una posición fundamental en las operaciones transnacionales, impulsando el intercambio mercantil mundial, los capitales de inversión y la operatividad de los mercados de dinero. A pesar de que el modelo de tipos de cambio estables fue abandonado en los setenta, el dólar americano mantuvo su peso significativo, impulsado por el volumen de la economía gringa, la amplitud de sus mercados de finanzas y la fe global en su arquitectura económica.

La preeminencia del dólar se presenta en incontables facetas de la economía global. Una porción considerable de las reservas globales guardadas por las instituciones bancarias centrales permanece designada en esta divisa, así como una gran fracción de las operaciones vinculadas al comercio exterior, bienes básicos y financiación supranacional. Mercancías cruciales como el crudo, el gas natural y múltiples materiales fundamentales acostumbran a cotizarse en dólares, impulsando así su adopción a escala global. Este escenario suscita una intensa demanda global por la moneda americana y afianza su rol como eje principal en la arquitectura financiera internacional (Farrell & Newman, 2019).

La supremacía del dólar otorga a los Estados Unidos prerrogativas económicas y geopolíticas considerables. Una de estas es la facilidad para costear desequilibrios presupuestarios y balanzas de pago adversas a un costo ciertamente módico, atribuible a la vigorosa demanda global de instrumentos financieros cotizados en esta divisa. Adicionalmente, el rol protagónico que ocupa este signo monetario en las transacciones transfronterizas expande el alcance de la autoridad americana en la conformación del andamiaje financiero mundial. La difusión del uso del dólar implica que los pronunciamientos de política monetaria de la Reserva Federal ejercen un impacto sustancial en economías dispersas geográficamente, subrayando así el lazo intrínseco entre facultad monetaria y preponderancia global.

Sin embargo, a lo largo de las décadas recientes, se han manifestado disquisiciones tocantes a la perdurabilidad de esa dominancia monetaria, así como sobre la factibilidad de erigir un entramado financiero global de mayor variedad. El ascenso económico de

naciones emergentes, la ampliación del intercambio entre mercados en desarrollo y las fricciones de índole geopolítica han catalizado acciones dirigidas a disminuir la sujeción al dólar en ciertos intercambios de carácter transnacional. Este compendio de metodologías se reconoce generalmente bajo la denominación de desdolarización e incluye una variedad de disposiciones orientadas a potenciar la adopción de divisas domésticas o suplentes en las interacciones económicas a escala planetaria.

La desdolarización se manifiesta de variadas maneras: acuerdos comerciales bilaterales en divisas nacionales, ampliación de las reservas internacionales y el establecimiento de sistemas de pago alternativos son algunos ejemplos. Naciones tales como China, Rusia, India y Brasil han impulsado propuestas dirigidas a potenciar la aceptación de sus propias monedas en transacciones mercantiles y de inversión. El objetivo fundamental de estas estrategias reside en mitigar la susceptibilidad a los vaivenes del dólar, expandir el margen de independencia monetaria y limitar la contingencia a peligros emanados de resoluciones tomadas por entes financieros del exterior. Si bien esta transición ocurre paulatinamente, constituye un fenómeno de notable significancia en el devenir del entramado monetario global.

Según Degterev (2019), el yuan chino se posiciona de manera relevante dentro de las arquitecturas de diversificación de monedas. La pujanza económica china, junto con su creciente envergadura comercial y la consolidación de sus plazas financieras, ha propiciado un aumento en el empleo global de su divisa. Mediante pactos de canje de divisas, esquemas de liquidación alternativos y la adición del yuan a la composición de derechos de giro especiales del Fondo Monetario Internacional, los mandatarios chinos han promovido empeños orientados a robustecer su figuración en las finanzas mundiales. Con todo, múltiples elementos vinculados a la libertad cambiaria y la credibilidad institucional persisten en circunscribir un acrecentamiento más expeditivo de su función planetaria.

La transformación tecnológica, efectivamente, ha injertado incógnitas inéditas en la deliberación relativa a la posteridad de las divisas mundiales. La sofisticación de mecanismos de pago electrónicos, las innovaciones en bases de datos compartidas y los patrimonios virtuales han reconfigurado los potenciales inherentes a la acuñación y difusión monetarias. Dentro de esta arena, prolifera la exploración de numerosas instituciones monetarias centrales sobre la génesis de divisas digitales de carácter estatal, las cuales se designan comúnmente como Monedas Digitales de Banco Central (CBDC).

Dichos empeños pretenden capitalizar las progresiones técnicas existentes para actualizar los aparatos de pago, así como para optimizar la agilidad de las operaciones pecuniarias.

Las monedas digitales soberanas personifican una innovación relevante en la política monetaria actual. A diferencia de las criptomonedas descentralizadas, las CBDC las emiten y respaldan bancos centrales nacionales, otorgando el reconocimiento como moneda legal. Sus posibles ventajas incluyen la disminución de costos por transacción, el impulso a la inclusión financiera, la mayor trazabilidad de transacciones y una más eficaz administración monetaria. Varios países como China, Suecia y diversas economías emergentes han avanzado programas piloto o desarrollos para examinar su puesta en marcha.

Las divisas digitales de bancos centrales, su proliferación, podrían ocasionar una metamorfosis de peso en la estructura global financiera. Un segmento de académicos postula que estas innovaciones tecnológicas tendrían la virtud de propiciar una variedad monetaria, a la par de mermar la tutela de los sistemas financieros hegemonizados por ciertas naciones. Adicionalmente, sería factible que impacten las maneras convencionales de las intermediaciones bancarias y transformen la dinámica de las transferencias entre países. Sin embargo, surgen también adversidades vinculadas a la seguridad informática, la salvaguarda de la información personal, el equilibrio del sistema económico y la unificación de las normas legales a escala internacional.

El nexo entre el dominio del dólar estadounidense, los movimientos de desdolarización y el florecimiento de monedas digitales emitidas por Estados soberanos revela una fase de mutación en el orden monetario global. A pesar de que el dólar mantiene su preeminencia económica mundial, la aparición de innovaciones en tecnologías financieras y el auge de economías emergentes van produciendo modificaciones paulatinas en el esquema monetario global. Estas alteraciones representan un componente fundamental para descifrar las relaciones de poder económico, la evolución de la administración financiera y las futuras conformaciones del sistema internacional.

2.5 Conflictos comerciales, sanciones y mecanismos de presión económica

Las disputas comerciales son una de las manifestaciones más significativas de la competencia económica internacional en nuestros días. Surgen estas cuando dos o más naciones presentan divergencias tocantes a directrices comerciales, la apertura a

mercados, las subvenciones recibidas, los gravámenes aduaneros o bien prácticas estimadas injustas en la esfera del intercambio global. Conforme el panorama económico mundial se ha complejizado y entrelazado, las controversias comerciales han adoptado un carácter estratégico que va más allá de las puras consideraciones económicas para anclarse en metas geopolíticas, tecnológicas y de salvaguardia nacional. De ahí que el intercambio internacional se haya transformado en un ágora donde los intereses económicos y las luchas de poder entre los Estados se entrecruzan.

Las políticas de desregulación económica, adoptadas en las últimas décadas, auspiciaron una ampliación considerable del intercambio comercial global y de las intrincadas redes productivas a escala planetaria. No obstante, esta dinámica también suscitó fricciones, las cuales emanan de disparidades en la pujanza económica relativa, las configuraciones sectoriales y las distintas trayectorias de desarrollo. Ciertas naciones perciben que prácticas mercantiles específicas impactan de forma perjudicial sus industrias domésticas o propician desbalances continuos en los vínculos económicos. Ante este panorama, los estamentos gubernamentales se hallan facultados para implementar acciones dirigidas a salvaguardar ámbitos clave, rectificar carencias en la balanza de pagos o potenciar aptitudes productivas reputadas como cruciales para la autonomía económica (Strange, 2014).

Las tarifas representan una herramienta sumamente frecuente en disputas mercantiles. Al gravar mercancías que ingresan al país, las naciones pretenden encarecer los artículos de ultramar, apoyando así la manufactura propia o influyendo en otras naciones durante diálogos económicos. Si bien tales acciones pueden traer consigo ventajas efímeras a ciertas esferas internas, usualmente desembocan en represalias comerciales que merman la magnitud de los intercambios globales. Las controversias arancelarias tienen la potestad de elevar los gastos para compradores y compañías, trastornar las redes de aprovisionamiento y disminuir la eficacia de los mercados mundiales.

Adicionalmente a las tarifas impuestas, las administraciones nacionales frecuentemente implementan obstáculos no monetarios con el propósito de modular las transacciones comerciales globales. Estas abarcan normativas técnicas, exigencias de sanidad, limitaciones burocráticas, inspecciones de calidad y otras estipulaciones que tienen la facultad de restringir el ingreso de mercaderías foráneas a nichos de mercado específicos. Si bien una gran cantidad de estas políticas buscan propósitos honrados referentes a salvaguardar a los compradores o la naturaleza, en determinadas situaciones se las

visualiza como mecanismos para una protección económica discreta. Debido a esto, las discrepancias relativas a las barreras no monetarias constituyen un segmento significativo de los litigios mercantiles actuales.

Una de las muestras más salientes de tensiones comerciales contemporáneas ha sido la competencia económica entre la Unión Americana y la República Popular China. Por cierto, a lo largo del periodo reciente, ambas superpotencias han desplegado políticas relativas a gravámenes aduaneros, limitaciones tecnológicas y regulaciones de inversión, que revelan inquietudes atadas no solo al intercambio mercantil, sino también a la preeminencia tecnológica y a la defensa nacional. Tal coyuntura ha demostrado cómo los desencuentros económicos pueden erigirse en elementos cardinales de estrategias geoestratégicas de mayor envergadura, repercutiendo en mercados de alcance planetario y alterando pautas productivas y de capitalización a nivel global.

Las sanciones económicas, un instrumento con recurrencia en la arena internacional, operan mediante la imposición de presiones significativas sobre Estados, colectivos o personas. Dichas acciones, fundamentadas en cortapisas financieras, comerciales o tecnológicas, persiguen la alteración de conductas reputadas como discordantes con afanes o estándares globales específicos. Estas provisiones abren la puerta a restricciones comerciales, inmovilización patrimonial, limitaciones de acceso a plazas financieras mundiales o vedas concernientes a la transmisión de tecnologías. La finalidad de su implementación radica en propiciar gravámenes económicos de tal envergadura que condicionen la deliberación de los protagonistas sobre los cuales recae el efecto, prescindiendo del empleo directo de la beligerancia castrense (Strange, 2014).

La eficacia de las sanciones es un constructo multifacético, condicionado intrínsecamente por el grado de interconexión económica de la nación objeto de las mismas, la amplitud de las limitaciones implementadas y la concertación transnacional en su aplicación. En ciertos contextos, estas imposiciones han sido instrumentales en la alteración de políticas estatales o en la propulsión de diálogos. No obstante, de igual forma proliferan escenarios donde su impacto ha sido mermado ante la habilidad de las naciones sancionadas para forjar avenidas sustitutas de financiamiento, intercambio o colaboración económica. Esta coyuntura ha propiciado la eclosión de disquisiciones concernientes a la validez y las ramificaciones de tales estipulaciones en el entramado de las interacciones globales.

Las estrategias coercitivas económicas se extienden más allá de meras penalidades o vedas comerciales. La posibilidad de acceder a fondos internacionales, la intervención en foros globales y el acceso a tecnologías cruciales, asimismo, pueden servir de palancas de presión. Las naciones con una potencia económica más considerable disponen de instrumentos que les posibilitan supeditar las inversiones, escatimar los préstamos o imponer trabas a la difusión del saber tecnológico. Estas maniobras integran un plan de mayor envergadura para emplear los haberes económicos con el fin de perseguir fines políticos y robustecer su estatus en el escenario mundial.

La ubicuidad de las cadenas de suministro mundiales ha ampliado las opciones de presión económica entre naciones. La dominación de materias primas clave, elementos tecnológicos vitales o servicios fundamentales podría facultar beneficios sustanciales en contextos de pugna global. La subyugación a ciertos abastecedores o plazas comerciales engendra fragilidades susceptibles de explotarse para moldear resoluciones económicas y soberanas. Consecuentemente, muchas administraciones han empezado a concebir directrices focalizadas en la pluralización de sus redes de provisión y la disminución de peligros ligados a sujetarse en exceso.

Los diferendos comerciales, las restricciones impuestas y otras formas de apremio económico reflejan un ascendente protagonismo de la esfera económica como herramienta de dominio en el entramado del orbe actual. En un contexto notablemente marcado por intrincados lazos de interdependencia, las modalidades económicas facilitan una injerencia palmaria sobre entidades gubernamentales y transnacionales, alterando así incentivos y moldeando maneras de actuar. Tales movidas ponen de manifiesto que la pugna global de hoy se desenvuelve con mayor frecuencia a través de resortes financieros, de intercambio y de innovación técnica, cuyo despliegue impacta marcadamente en el reparto del ascendente mundial y en el decurso de las interacciones pecuniarias globales.

Figura 2.3 Tipología de disputas comerciales, sanciones y medidas de coerción económica.



Elaborado: Autores

2.6 Rivalidad económica entre potencias y bloques internacionales

De acuerdo con Merino (2024), la pugna económica entre las naciones poderosas y los conglomerados globales representa una cualidad sumamente significativa del orden mundial actual. En contraposición a eras pasadas, donde la contienda entre países se expresaba sobre todo a través de enfrentamientos bélicos o altercaciones de lindes, hoy por hoy, buena parte de la fricción global tiene lugar en el terreno económico. Las naciones persiguen afianzar su estatus por medio de un progreso productivo robusto, avances tecnológicos punteros, la apertura a mercados cruciales y la gestión de materias primas fundamentales para el progreso. Esta marcha ha posicionado a la economía como uno de los principales foros donde se dilucida la configuración del poder a nivel internacional.

La globalización económica trajo consigo una expansión sin precedentes de los intercambios comerciales y financieros, propiciando la integración de muchas economías en redes de producción y comercio de alcance mundial. Aun así, tal proceso no erradicó la competencia entre las potencias principales, más sí la modificó en sus formas de expresión. La procura de ventajas competitivas, liderazgo tecnológico y acceso

privilegiado a mercados internacionales ha estimulado estrategias nacionales enfocadas en el fortalecimiento de sectores reputados estratégicos para la seguridad económica y el crecimiento a largo plazo. Consecuentemente, la cooperación económica coexiste con crecientes grados de competencia entre los actores globales.

El escenario clave de la contienda económica actual lo conforma la dinámica entre los Estados Unidos y la República Popular China. Ambos gigantes económicos ejercen un peso considerable en el flujo mercantil global, las operaciones financieras internacionales y el avance tecnológico. El formidable crecimiento de China en tiempos recientes ha alterado radicalmente el orden económico del planeta, disminuyendo considerablemente la brecha que, previo a esto, los separaba de las naciones de Occidente. Esta metamorfosis ha precipitado un duelo competitivo más acérrimo en campos como la industria de punta, la inteligencia artificial, las comunicaciones avanzadas, la energía verde y los componentes electrónicos. Estos últimos son vistos como pilares para ostentar la supremacía económica en la etapa venidera.

La rivalidad tecnológica, una parte crucial de este enfrentamiento, es innegable. Poder controlar tecnologías de vanguardia se ha convertido en un punto de inflexión para ser productivo, para tener seguridad nacional y para tener poder de influencia global. Los gobiernos, sin dudarlo, ponen más dinero en investigación científica, en nuevas ideas y en la industria para así ser más automáticos tecnológicamente y así depender menos de otros países. El querer ser el primero en inteligencia artificial, computación cuántica, biotecnología y sistemas digitales muestra el rol importantísimo que tiene ahora el saber cómo la moneda de poder hoy en el siglo veintiuno.

Más allá de rivalidades entre superpotencias, los agrupamientos comerciales continentales ganan protagonismo en el diseño de las relaciones mundiales. La Unión Europea, sin ir más lejos, se alza como figura económica de primer orden mundial, gracias a su comercio altamente coordinado, su poder normativo y su fuerza económica total. Con políticas colectivas y pactos de colaboración, este conglomerado aspira a mejorar su poder en la escena global y a mantener su libertad táctica ante las alteraciones mundiales. Su habilidad para fijar normativas universales le confiere una influencia importante más allá de sus límites.

En Norteamérica, el Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá (T-MEC) fortificó las interconexiones productivas y mercantiles entre las distintas economías regionales.

Esta negociación, efectivamente, ayuda a la fusión de secuencias de valor y cimienta la colaboración en rubros industriales de vital importancia. Efectivamente, la cercanía territorial, la afinidad de las capacidades productivas y el gran tamaño de los mercados implicados posicionan a este sector como uno de los más vibrantes a nivel mundial. Paralelamente, el reto competitivo internacional empujó las iniciativas dirigidas a elevar la fortaleza de las cadenas de abasto y mitigar debilidades inherentes a las dependencias foráneas.

Las economías en vías de desarrollo han reforzado su cooperación con el objetivo de mejorar su capacidad de impacto en el ámbito internacional. Agrupaciones de naciones tales como los BRICS evidencian la intención de distintas colectividades de integrarse más en la gestión económica mundial y abogar por una distribución más equitativa del poder financiero. Estas proposiciones pretenden ampliar los métodos de financiación disponibles, robustecer el intercambio comercial entre economías emergentes y estimular cambios en organismos internacionales que fueron concebidos bajo un marco económico diferente al prevaleciente Merino (2024).

La pugna por activos estratégicos emerge como una faceta añadida y crucial en la contienda económica actual. La captación de minerales selectos, orígenes energéticos, artefactos sofisticados y provisiones primordiales ahora representa un objetivo primordial para una plétora de administraciones. La mutación energética planetaria ha puesto de relieve el valor de insumos tales como el litio, el cobalto, el níquel y los elementos de tierras raras, componentes indispensables para la manufactura de acumuladores, coches eléctricos y artefactos de índole limpia. Este escenario, en consecuencia, ha exacerbado la pugna por garantizar marcos de aprovisionamiento fiables y diluir incertidumbres ligadas a probables fallos en el suministro.

Las cadenas globales de valor emergieron además como un escenario de pugna entre naciones dominantes y alianzas económicas. Los ejecutivos gubernamentales buscan captar capital, potenciar destrezas manufactureras y ubicarse en nichos de gran valor añadido dentro de los flujos productivos mundiales. La crisis sanitaria del COVID-19, así como diversos roces geopolíticos, desnudaron las fragilidades presentes en los sistemas globales de distribución, provocando la gestación de planes enfocados en la reinstalación productiva, la ampliación de fuentes de suministro y el robustecimiento de sectores vistos como cruciales para la estabilidad económica de cada país.

La contienda económica actual evidencia una mudanza sustancial en las modalidades de la competición global. La expansión económica, el progreso tecnológico, la aptitud dineraria y la disponibilidad de elementos cruciales configuran ahora los pilares de la proyección de soberanía planetaria. Dentro de esta tesitura, las naciones dominantes y los conglomerados transnacionales diseñan tácticas dirigidas a acrecentar su agilidad comercial y a cimentar enclaves ventajosos en un escenario económico global marcadamente entrelazado. Tales movimientos inciden decisivamente en la gestación del naciente orden multipolar, donde múltiples núcleos de poder económico coexisten y dirigen de forma activa las normativas y el derrotero del orbe civilizado.



EDITORIAL ANDES COGNITIO

CAPÍTULO III

INTELIGENCIA ESTRATÉGICA Y PROCESOS DE DECISIÓN INTERNACIONAL



CAPÍTULO III

INTELIGENCIA ESTRATÉGICA Y PROCESOS DE DECISIÓN INTERNACIONAL

3.1 Enfoques racionales y de racionalidad acotada en la toma de decisiones

La toma de decisiones emerge como un pilar esencial en las relaciones internacionales, la gobernanza pública, la dirección empresarial y el diseño de políticas económicas. En la esfera global, las naciones, las entidades supranacionales y los agentes económicos enfrentan el imperativo de elegir itinerarios de acción en escenarios marcados por la imprevisibilidad, la intrincación y una constelación de factores interrelacionados. La excelencia de las determinaciones asumidas repercute de forma directa sobre la estabilidad sociopolítica, el progreso económico, la defensa nacional y la agilidad ante coyunturas globales. Ante tal escenario, una plétora de marcos conceptuales se ha esforzado por dilucidar la mecánica mediante la cual las personas y las colectividades deliberan, así como los determinantes que modulan este proceder (Davenport, 2014).

Un modelo de notoria influencia resulta ser el enfoque racional, cuya génesis se encuentra mayormente en la economía neoclásica y su subsecuente asimilación en el ámbito de las relaciones internacionales. Asume este modelo que los entes actúan con metas inequívocas, disponiendo de información pertinente y la aptitud para sopesar imparcialmente las opciones que se les presentan. Desde esta óptica, la resolución más adecuada emana de una confrontación metódica de los gravámenes y las ganancias inherentes a cada camino, prefiriendo la que optimiza los rendimientos anticipados. La concepción racional ha fungido como pilar para ingentes estudios vinculados a la diplomacia exterior, los tratos globales y el diseño de tácticas económicas.

Se asume la lógica racional de que quien decide procede de forma coherente y afín a sus propios intereses. Dicho proceso envuelve la identificación de un inconveniente, acopio de datos pertinentes, planteamiento de opciones, examen de desenlaces probables y, por último, la elección del camino más beneficioso. El modelo posibilita organizar el escrutinio y disminuir la falta de certeza a través de técnicas de estimación regimentadas. En el terreno financiero, dicha perspectiva es un pilar muy usado para indagar la conducta de compradores, sociedades, inversores y entidades estatales ante diversas eventualidades de deliberación.

En el ámbito de las relaciones internacionales, el prisma racional ha facilitado la desvelación de incontables dinámicas concernientes a la colaboración y la pugna entre naciones. Las administraciones se perciben como entidades cohesivas impulsadas por la búsqueda de optimizar su propia seguridad, su prosperidad económica o su proyección política. Conforme a este punto de vista, las determinaciones que atañen al comercio exterior, los pactos estratégicos, las inversiones transnacionales o la involucración en entidades multilaterales emanan de ponderaciones dirigidas a lograr beneficios particulares. La lógica emerge, entonces, como una herramienta interpretativa fundamental de la actuación estatal en el escenario mundial.

Con todo, un montón de estudios demostraron que las decisiones en el mundo real casi nunca cumplen del todo con los supuestos del modelo racional clásico. De hecho, quienes formulan políticas se encuentran con barreras de información que no tienen, poco tiempo, sus cerebros no pueden procesarlo todo y el ambiente es complejo. Por culpa de esto, analizar bien todas las opciones se pone difícil y la habilidad de encontrar lo mejor de lo mejor se reduce un montón. Como resultado, aparecieron otras formas de pensar para explicar mejor y más cómo son las decisiones en verdad.

Un aporte muy significativo al respecto fue propuesto por Herbert Simon, con su teoría de racionalidad acotada. El autor de este desafío la noción de una racionalidad absoluta, sosteniendo que las personas deciden con información parcial y aptitudes mentales limitadas. Bajo este enfoque, los agentes no buscan la opción superior, sino más bien una salida que se considere adecuada, considerando las situaciones presentes. Esta idea la llamo "satisficing", un término que fusiona los conceptos de satisfacer y ser adecuado.

La racionalidad acotada reconoce, pues, que nosotros, los seres humanos, poseemos únicas limitaciones para procesar grandes volúmenes de información y hasta anticipar todas las consecuencias que devienen de una decisión. En contextos muy complejos, pues los responsables de formular políticas recurren con frecuencia a reglas prácticas y a experiencias previas, y a procedimientos simplificados, todo para reducir esa incertidumbre. Estos mecanismos, pues, permiten actuar con muchísima eficiencia cuando el tiempo o los recursos disponibles simplemente no son suficientes para poder realizar análisis exhaustivos. De esta manera, la racionalidad pues se mantiene presente, pero funciona operando siempre dentro de límites que se imponen a la realidad.

En el ámbito de la política internacional, la racionalidad acotada resulta especialmente relevante debido a la complejidad de los problemas que enfrentan los Estados, una cuestión ciertamente destacable. Los líderes políticos deben tomar decisiones considerando variables económicas, militares, sociales, tecnológicas y diplomáticas que interactúan simultáneamente; estas deben sopesarse detenidamente. Además, frecuentemente deben actuar bajo presión temporal y con información incompleta acerca de las intenciones de otros actores, un escenario a menudo inherente. Estas condiciones hacen que las decisiones internacionales sean el resultado de procesos mucho más complejos que los planteados por los modelos racionales tradicionales, una realidad que trasciende la simplicidad (Davenport, 2014).

Las organizaciones asimismo moldean de manera relevante la manera en que se toman decisiones. Ministerios, agencias del gobierno, organismos multilaterales y empresas cuentan con procedimientos internos, estructuras jerárquicas y normas institucionales, las cuales condicionan el análisis de la información y la selección de alternativas. Por consiguiente, las decisiones frecuentemente reflejan no solo cálculos individuales, sino además dinámicas organizacionales que impactan en la interpretación de problemas y de oportunidades. Esta dimensión institucional expande la comprensión de los procesos de decisión mucho más allá de la conducta individual de los líderes.

Ciertamente, otro elemento de peso es cómo la incertidumbre moldea la creación de estrategias. A menudo, los participantes globales se ven forzados a elegir caminos sin tener un panorama total de lo que vendrá después. Avances tecnológicos, quiebres económicos, tensiones internacionales o mutaciones en las plazas globales pueden mudar sustancialmente el marco de donde surgieron ciertas directrices. Ante este panorama, quienes deciden idean formas de ajustarse que les capacitan para reaccionar con agilidad ante circunstancias que se modifican.

La ampliada accesibilidad a datos y recursos de análisis ha cambiado parcialmente los métodos decisorios actuales. Mejoras en sistemas de información, examen de datos y esquemas prospectivos proveen nuevas facultades para estimar peligros y prever patrones. A pesar de ello, dichas herramientas no suprimen las restricciones intrínsecas a la cordura humana. El modo en que se interpreta la información, cómo se fijan las prioridades y la evaluación de peligros siguen vinculados a criterios personales, los cuales inciden en las resoluciones posteriores.

Los enfoques de la racionalidad perfecta y la racionalidad limitada no han de ser vistos como visiones opuestas, más bien como abordajes que se apoyan mutuamente. Si bien el paradigma racional suministra un constructo ideal de cómo debieran ser los procesos decisorios en situaciones hipotéticas, la racionalidad acotada, en cambio, describe de manera más veraz las conductas de personas y entidades. Integrar ambos marcos de entendimiento posibilita un examen más profundo de los mecanismos decisorios que operan en la arena política global, en la esfera económica mundial y en la definición de planes en contextos plagados de una considerable complejidad e imprevisibilidad.

Figura 3.1 Enfoque Racional y Realidad Acotada



Elaborado: Autores

3.2 Sesgos cognitivos y economía conductual en el ámbito geopolítico

La toma de decisiones a nivel internacional no está puramente determinada por análisis racionales ni por juicios objetivos de provecho y perjuicio. Un cuerpo de investigación considerable, originado en la psicología cognitiva y la economía del comportamiento, indica consistentemente que los actores emplean habitualmente heurísticas para decodificar datos y reaccionar ante escenarios intrincados. Si bien estas metodologías de reducción de complejidad facilitan la gestión de la información, pueden inadvertidamente dar lugar a distorsiones sistemáticas denominadas sesgos cognitivos. En el panorama de la geopolítica, escenario caracterizado por incertidumbre sustancial y ramificaciones de

vasto alcance en la toma de determinaciones, el impacto de estas predisposiciones gana una relevancia estratégica palpable.

Según Pérez-Martínez y Fernández (2021), la economía conductual irrumpe como vertiente interdisciplinaria, entrelazando saberes de la economía, la psicología y las ciencias del comportamiento con el fin de desentrañar cómo los seres humanos adoptan disyuntivas bajo circunstancias auténticas. Distinto a los paradigmas preestablecidos que postulan agentes lógicos en su totalidad, este prisma intelectual concibe que las determinaciones se ven permeadas por sentimientos, percepciones, vivencias pasadas y cortapisas cognitivas. Las aportaciones de Daniel Kahneman y Amos Tversky devinieron esenciales al exhibir que las personas presentan recurrencias divergentes de los senderos racionales anticipados por la doctrina económica usual.

Uno de los sesgos cognitivos más documentados es el sesgo de confirmación. Dicho sesgo se manifiesta en la predilección por buscar, interpretar y rememorar información que, de hecho, corrobora las creencias que ya uno posee. Dentro del espectro geopolítico, este patrón de pensamiento puede mermar considerablemente la calidad de las determinaciones estratégicas. Es común que los estadistas y quienes diseñan las políticas públicas tiendan a dar mayor peso a los datos que validan sus premisas de partida, relegando al olvido o infravalorando los datos opuestos. Tal dinámica es susceptible de resultar en juicios escuetos sobre las amenazas y posibilidades, repercutiendo adversamente en la eficacia de las resoluciones que se tomen.

Otro sesgo con importancia es el sesgo de confianza, que se caracteriza por una estimación excesiva de las capacidades propias para predecir eventos o manejar resultados. Dicho fenómeno se ha identificado en muchos procesos decisorios ligados a conflictos internacionales, crisis financieras y planes de política externa. Los encargados de la toma de decisiones podrían pensar que tienen información bastante o que sus análisis son más exactos de lo que en realidad son, aumentando las chances de equivocaciones estratégicas. En ambientes internacionales complicados, un exceso de confianza puede llevar a subestimar riesgos o a sobrevalorar ventajas que se tienen ante otros.

La heurística de disponibilidad es otro mecanismo cognitivo, el cual afecta a la toma de decisiones. Ocurre este sesgo cuando la gente juzga la posibilidad de un suceso conforme a lo fácil que es que ejemplos parecidos vengan a la mente. Dentro de la esfera geopolítica, sucesos recientes o que los medios comunican mucho tienden a influir

desproporcionadamente en la visión de peligros y ocasiones. Debido a esto, unas cuantas situaciones podrían ser vistas como más importantes o probables de lo que indican las informaciones reales.

La aversión a las pérdidas es piedra angular en la teoría de las perspectivas formulada por Kahneman y Tversky. Por este prisma teórico, las personas suelen experimentar las desventajas con mayor agudeza que los beneficios de igual magnitud. Dentro del ámbito de la política exterior, este patrón de conducta podría fundamentar por qué ciertos gobiernos asumen determinaciones especialmente arriesgadas al creerse en la antesala de detracciones en su potestad, gravitación o acervos estratégicos. Dicha conceptualización de una posible merma en sus facultades impulsa estrategias más beligerantes que aquellas inherentes a las coyunturas de progreso.

En el ámbito de las relaciones internacionales, los procesos de percepción son de crucial importancia. Los líderes interpretan la dinámica global mediante marcos mentales forjados por su bagaje histórico, la idiosincrasia cultural y los escenarios políticos particulares. Dicha percepción modela intrínsecamente la identificación de amenazas, la valoración de alianzas y la comprensión de las acciones de otros actores en la arena internacional. Por ende, es plausible que dos gobiernos, enfrentados a idéntica situación, arriben a conclusiones divergentes a causa de las disparidades en sus esquemas cognitivos y en sus vivencias pasadas (Medina-Molina et al., 2018).

La economía conductual también ha aportado al análisis de la negociación internacional. Las investigaciones revelan que la psicología juega un rol importante. Elementos psíquicos como el sesgo de anclaje, los estados emocionales y el sentido de equidad pueden moldear sustancialmente las conclusiones de los acuerdos. El sesgo de anclaje sucede cuando una estimación temprana predetermina juicios posteriores, a pesar de que la referencia no tenga pilares objetivos firmes. En tratos diplomáticos o mercantiles, las ofertas de apertura pueden afectar enormemente las previsiones y los dictámenes de los actores implicados.

Los escenarios de crisis internacionales tienden a ser muy propicios para la emergencia de sesgos cognitivos. El tiempo apremia; la falta de claridad y la urgencia de actuar rápidamente restringen las posibilidades de hacer análisis detallados. Bajo esas condiciones, quienes deben decidir confían más en su instinto, en vivencias pasadas y en directrices simplificadas para juzgar. Si bien estos métodos ayudan a dar respuestas

veloces, a la vez elevan la posibilidad de fallas en el juicio, las cuales pueden ser serias en el plano económico, político o militar.

Aplicar la economía conductual al estudio de la geopolítica nos ha ayudado a apreciar mejor las sutilezas detrás de cómo se toman las decisiones en el escenario mundial. Los estados no basan su actuación únicamente en factores tangibles, como, por ejemplo, poderío militar o riqueza, sino que también la psicología humana juega un papel en cómo perciben el mundo. Este método diversifica nuestras capacidades para examinar a los países y ofrece respuestas más robustas ante situaciones que las teorías puramente lógicas no abarcan por completo.

Investigaciones emergentes en neurociencia, estudio del comportamiento y ciencias cognitivas siguen impulsando la exploración de la toma de decisiones estratégicas. Cuando estas áreas se entrelazan con la economía y las relaciones internacionales, surgen enfoques innovadores para dilucidar el modo en que los dirigentes asimilan datos, mitigan peligros y reaccionan ante contextos fluctuantes. Ante un panorama mundial marcado por notable imprevisibilidad, rivalidad geoeconómica y mutaciones tecnológicas vertiginosas, el examen de los sesgos cognitivos emerge como un instrumento crucial para desentrañar los patrones que configuran el diseño de políticas y estrategias internacionales.

3.3 Inteligencia estratégica: fundamentos y usos prácticos

La inteligencia estratégica se concibe como un campo enfocado en la adquisición, el procesamiento y el examen profundo de datos cruciales, diseñado para auxiliar en la elección de rumbos bajo circunstancias marcadas por la ambigüedad y la complejidad intrincada. Su objetivo primordial es proveer entendimiento valioso y en tiempo adecuado que habilite prever sucesos, detectar ventajas, valorar peligros y urdir tácticas eficientes. En la arena global, la inteligencia estratégica se vuelve vital para trazar lineamientos de acción estatal, coordinar planes económicos, resguardar la seguridad del país y cultivar vínculos internacionales, fortaleciendo así la aptitud de los partícipes para navegar en ambientes en constante evolución.

La noción de inteligencia estratégica va más allá de la recolección de datos. El acopio de vastos conjuntos de información no confiere de modo inherente una comprensión profunda del contexto. Lo verdaderamente crucial reside en la aptitud para metamorfosear

datos desorganizados en sabiduría analítica que pueda fundar dictámenes de elevada envergadura. Este proceder conlleva la determinación de factores determinantes, la valoración de movimientos prevaletentes, el desentrañamiento de indicios incipientes y la configuración de disyuntivas que posibiliten aprehender las probables repercusiones de diferentes itinerarios. Así pues, la inteligencia estratégica deviene en un útil fundamental para aminorar la indecisión en las deliberaciones (Ding y Dafoe, 2020).

La concepción de inteligencia estratégica trasciende la mera recolección de datos. El cúmulo de extensos volúmenes de información no otorga intrínsecamente una comprensión profunda del contexto. Lo verdaderamente esencial se halla en la habilidad para transformar datos caóticos en conocimiento analítico susceptible de cimentar dictámenes de considerable envergadura. Este proceso demanda la identificación de variables críticas, la evaluación de tendencias dominantes, la dilucidación de señales emergentes y la arquitectura de escenarios que permitan anticipar las potenciales ramificaciones de distintas trayectorias. Por consiguiente, la inteligencia estratégica se erige como una herramienta capital para mitigar la incertidumbre en los procesos de deliberación.

Contemporáneamente, la inteligencia estratégica se extiende por un cúmulo de facetas atadas a la economía global, la novedad tecnológica, la energía, el intercambio y las finanzas mundiales. Las administraciones y colectivos recurren a instrumentos de examen estratégico para vigilar mercados foráneos, calibrar peligros pecuniarios y presagiar mudanzas capaces de influir en sus propósitos. La mayor imbricación mundial ha amplificado la demanda de aparatos de inteligencia aptos para señalar variaciones en el escenario internacional previas a que produzcan repercusiones importantes en la solidez económica o política.

La inteligencia estratégica se asienta, fundamentalmente, sobre el ciclo de inteligencia. Este proceso, lejos de ser una mera sucesión de eventos, se constituye en fases íntimamente conectadas cuyo propósito es transmutar datos crudos en saber aplicable para la toma de decisiones. En líneas generales, comprende desde la delineación precisa de las demandas informativas, la compilación rigurosa de datos, la manipulación subsiguiente de los insumos recabados, un escrutinio minucioso de los hallazgos, hasta la disseminación de los informes finales a quienes dictan las políticas. La excelencia intrínseca de cada una de sus fases incide de manera palpable en el valor de la inteligencia

producida y su potencial para pavimentar el camino hacia la articulación de tácticas bien fundamentadas (Medina-Molina et al., 2018).

La colecta de datos constituye una etapa capital en la génesis de la inteligencia. Las entidades hacen uso de un abanico diverso de recursos para allegarse información valiosa, tales como expedientes gubernamentales, análisis financieros, producciones eruditas, soportes noticiosos, repositorios temáticos y vitrinas abiertas. En el panorama actual, la explosión informativa ha posibilitado, ciertamente, horizontes de escrutinio más amplios, pero paralelamente, ha propiciado retos inherentes al cotejo, discernimiento y ratificación de los datos que nutren los mecanismos de inteligencia.

La interpretación profunda constituye el cimiento de la pericia estratégica. En esta fase, los expertos desentrañan la data acopiada con el propósito de dilucidar patrones, dinámicas emergentes, contingencias inminentes y coyunturas favorables. Este procedimiento demanda aptitudes interpretativas robustas que faculten discernir lo crucial de lo accesorio y, además, captar la interconexión entre múltiples elementos. La exploración estratégica trasciende la mera crónica de estados vigentes; se enfoca en desggranar motivaciones, anticipar desenlaces plausibles y ponderar consecuencias para las metas de una entidad o soberanía.

En el escenario de las relaciones exteriores, la inteligencia estratégica adquiere una relevancia capital. Se sirve de análisis prospectivos para desentrañar las motivaciones de las potencias globales, reconocer mutaciones en la correlación de fuerzas y prever desdoblamientos, tanto de confrontación como de concertación. Tales conocimientos cobran una importancia medular a la hora de concebir diplomacias coherentes, concertar pactos intergubernamentales y definir las urgencias en seguridad y progreso. Con una aptitud de inteligencia robusta, se pueden fraguar ventajas sustanciales, facilitando reacciones más celeras y con mejor sustento ante sucesos de calibre global.

En el dominio económico, la inteligencia estratégica se erige como un instrumento fundamental para la formulación de políticas y la gerencia empresarial. Las administraciones públicas examinan dinámicas ligadas al comercio global, a la inversión extranjera, a la innovación tecnológica y a los mercados monetarios, todo con miras a robustecer su pujanza y mitigar sus debilidades. De igual manera, las corporaciones internacionales emplean inteligencia estratégica para sopesar riesgos de capital, discernir

alcances de ampliación y prever alteraciones normativas o geopolíticas que influyan en su quehacer global.

La revolución digital amplió significativamente las facultades de la inteligencia estratégica. Avances en utilidades para el escrutinio de datos, dispositivos de supervisión al instante y artefactos de manejo de información habilitan la inspección de cantidades de información mucho más voluminosas comparadas con épocas previas. Estas novedades hacen más simple el descubrimiento precoz de corrientes incipientes y fortalecen la aptitud para producir discernimiento valioso. Sin embargo, ellos introducen a la vez dificultades vinculadas al manejo de volúmenes ingentes de información y a la urgencia de cultivar habilidades analíticas específicas.

De acuerdo con Ding y Dafoe (2020), la inteligencia estratégica halla otra aplicación fundamental en el ámbito de la gestión de riesgos. Las entidades operan en un contexto marcado por fluctuaciones económicas, evoluciones tecnológicas vertiginosas, dinámicas geopolíticas tensas y mutaciones regulatorias incesantes. Al detectar tempranamente amenazas latentes, dicha inteligencia posibilita la concepción de protocolos de prevención y la formulación de estrategias de contingencia enfocadas en mitigar adversidades. Este rol es especialmente crucial dentro de esferas delicadas como las de energía, las finanzas, el comercio global y las infraestructuras vitales.

La prospectiva estratégica es un instrumento coadyuvante de considerable importancia en las metodologías de inteligencia. Mediante la disección de tendencias y la edificación de cotas temporales venideras, las entidades logran investigar diversas vías de mutación del ámbito global. Esos ejercicios eluden la adivinación certera del porvenir, mas intensifican el alistamiento ante panoramas factibles disímiles. La fusión de inteligencia estratégica y prospectiva potencia el temple adaptativo de administraciones y corporaciones ante atmósferas de mudanza vertiginosa.

La creciente complejidad del orden mundial ha amplificado la significancia de la inteligencia estratégica, una herramienta clave para el soporte de las decisiones. Aspectos tales como la rivalidad geoeconómica, la digitalización, la transformación energética y la reconfiguración de las cadenas de valor globales introducen retos que demandan análisis cada vez más elaborados. Ante esta realidad, la aptitud para generar saberes estratégicos pertinentes y seguros se erige en un activo indispensable para los entes que aspiran a resguardar su posición competitiva, salvaguardar sus intereses y navegar con éxito un

panorama internacional marcado por una alta dosis de imprevisibilidad y mutación continua.

Figura 3.2 Inteligencia Estratégica



Elaborado: Autores

3.4 Uso de Big Data e IA en decisiones estratégicas internacionales

El progreso veloz de las tecnologías digitales, notablemente, ha reconfigurado de manera radical las metodologías de análisis y la concreción de resoluciones en el escenario internacional. Entre las vanguardias tecnológicas que ejercen mayor impacto figuran el Big Data y la inteligencia artificial (IA). Estas plataformas, en realidad, han expandido de manera considerable la facultad de los gobiernos, entes supranacionales y entidades corporativas para el acopio, tratamiento y decodificación de cantidades masivas de datos. Estas innovaciones posibilitan la detección de correlaciones intrincadas, la identificación de dinámicas en gestación y la producción de inteligencia sustantiva. Esta inteligencia es, en verdad, crucial para la elaboración de directrices gubernamentales y planteamientos de magnitud planetaria. Su adopción en aumento pone de manifiesto la relevancia que la información, precisamente, ha ganado como activo estratégico dentro de las dinámicas internacionales de nuestro tiempo.

El concepto de Big Data describe aquellos datos de carácter masivo, rápida creación y variada naturaleza. Distinto de los paradigmas de gestión informativa previos, el Big Data faculta el examen de ingentes volúmenes de datos obtenidos de múltiples orígenes

diversos, por ejemplo, redes sociales, sensores digitales, antecedentes financieros, fotografías satelitales, bases de datos gubernamentales y plataformas de comercio electrónico. Esa facultad de consolidar y trabajar con tal información desvela perspectivas inéditas para escrutar sucesos económicos, políticos y sociales de envergadura global (Thaler, 2015).

La inteligencia artificial robustece estas aptitudes valiéndose de algoritmos que pueden asimilar conocimientos, reconocer modelos y efectuar pronósticos fundados en volúmenes masivos de información. Por medio de metodologías tales como el aprendizaje automático, el procesamiento de lenguajes naturales y las redes neuronales, los esquemas de IA son aptos para escrutar datos con una celeridad y perspicacia que los enfoques tradicionales apenas si logran. Por ende, se ha facilitado un perfeccionamiento notorio en los procedimientos de calibración de riesgos, supervisión de inclinaciones y producción de esquemas tácticos que emplean una multiplicidad de entidades globales.

Dentro del escenario de las relaciones internacionales, el Big Data junto a la inteligencia artificial es ya un instrumento de considerable valor para el examen geopolítico. Las administraciones públicas emplean estas herramientas tecnológicas con el propósito de observar acontecimientos globales, sopesar modificaciones en los vínculos globales, así como evidenciar avisos primarios de eventuales conflictos. La habilidad para tratar datos que llegan desde distintos orígenes posibilita adquirir una perspectiva más extendida de contextos complicados y asiste en el señalamiento de elementos que podrían impactar en el equilibrio a escala regional o mundial. Como consecuencia, las determinaciones estratégicas pueden nutrirse de estudios más exhaustivos y al día.

La seguridad nacional presenta uno de los dominios donde dichas tecnologías cobraron una relevancia considerable. Las agencias de inteligencia despliegan sofisticados esquemas de disección de datos a fin de precisar peligros potenciales, vigilar acciones sospechosas y potenciar aptitudes de contención. El empleo de la inteligencia artificial autoriza el escrutinio de ingentes masas de datos al instante, así, la detección de modelos que pudiesen eludir la atención por medio de métodos convencionales. Dichas facultades resultan cruciales en un contexto marcado por riesgos transnacionales cada vez más intrincados y cambiantes.

El ámbito del análisis económico internacional se ha visto realzado de forma notable con la integración de Big Data e inteligencia artificial. Gobiernos y entidades multilaterales

se valen de estas tecnologías para examinar las dinámicas de los mercados financieros, supervisar los movimientos comerciales y prever alteraciones en los indicadores macroeconómicos. La disponibilidad de datos contemporáneos y minuciosos posibilita una mayor exactitud en los estudios económicos y agiliza la creación de políticas enfocadas en el fomento del desarrollo, la consistencia y la capacidad competitiva. Adicionalmente, las compañías transnacionales aplican estas innovaciones para detectar potenciales de inversión y manejar las exposiciones a riesgos relacionados con sus actividades mundiales (Thaler, 2015).

En el escenario de las relaciones exteriores, la inteligencia artificial igualmente ha empezado a tener importancia. Los ejecutivos gubernamentales emplean plataformas de cómputo para desglosar pronunciamientos políticos, archivos oficiales y comunicaciones globales, buscando detectar variaciones en posturas diplomáticas o dinámicas novedosas en los vínculos internacionales. Este tipo de facultades ayuda a la concepción de planes de negociación y propicia una mejor aprehensión de escenarios políticos intrincados. Si bien la perspicacia humana permanece esencial, los instrumentos electrónicos suministran datos adicionales que complementan los métodos de examen.

La gestión de crisis internacionales figura también en un dominio donde el Big Data y la inteligencia artificial deparan notables beneficios. En medio de circunstancias urgentes, ya sea conflicto bélico, desastres naturales o crisis sanitarias apremiantes, tener acceso a datos fiables y oportunos se torna fundamental para coordinar estrategias eficaces. Las herramientas de análisis de datos posibilitan monitorear incidentes al instante, estimar sus posibles repercusiones y asignar recursos de manera ágil. Estas capacidades mejoran la rapidez de la reacción y optimizan la capacidad de las entidades para hacer frente a situaciones dinámicas.

A pesar de los beneficios inherentes, la implementación de Big Data y inteligencia artificial presenta obstáculos notables. Un desafío capital reside en la calidad y fiabilidad inherentes a los datos empleados en los procedimientos analíticos. Datos incompletos, sesgados, incluso erróneos pueden, sin duda, impactar grandemente los hallazgos, induciendo a conclusiones equivocadas. Asimismo, una dependencia creciente de plataformas automatizadas hace absolutamente necesario establecer protocolos de verificación y vigilancia estrictos para garantizar la exactitud y transparencia de los análisis llevados a cabo.

Los retos éticos, al igual que la vigilancia estatal, surgieron como los fundamentos primordiales para poner en marcha semejantes avances tecnológicos. La recolección a gran escala de datos suscita inquietudes significativas referentes a la confidencialidad, el resguardo de información delicada y las prerrogativas personales. Adicionalmente, la aplicación de algoritmos en las fases de toma de decisiones tiene el potencial de perpetuar sesgos inherentes o dar lugar a conclusiones esquivas a la comprensión. A causa de esto, una multiplicidad de entidades globales y administraciones han iniciado la creación de directrices normativas orientadas a fomentar un aprovechamiento ético y diáfano de la inteligencia artificial y las plataformas analíticas de datos de vanguardia.

La rivalidad tecnológica entre las naciones dominantes ha acentuado la importancia estratégica del Big Data y la inteligencia artificial. Dominar estos campos se considera una vía para obtener superioridad económica, política y militar, estimulando flujos significativos de capital hacia la investigación, el desarrollo y la innovación. Las naciones que consigan afianzar destrezas notables en el procesamiento de datos y la inteligencia artificial serán capaces de mejorar su estatus en el panorama económico mundial y expandir su potencial de influencia en distintas esferas de la gobernanza global. Por ende, estas herramientas tecnológicas se han erigido como pilares fundamentales en las políticas nacionales de competitividad y seguridad.

La adopción de Big Data y la inteligencia artificial en la toma de decisiones internacionales constituye una de las metamorfosis más profundas de la era digital. Por medio de estas tecnologías, se ha expandido el espectro de análisis disponible, se ha optimizado nuestra habilidad para prever alteraciones y se han solidificado los esquemas de administración de peligros en una vasta gama de dominios. El efecto de estas innovaciones se hace patente en esferas tan diversas como la seguridad nacional y las relaciones diplomáticas, pasando por los mercados financieros y el comercio mundial, lo que las erige como pilares insustanciales para descifrar el devenir de la inteligencia estratégica y la ejecución de determinaciones en el escenario planetario actual (Davenport, 2014).

3.5 Prospectiva y construcción de escenarios estratégicos

La prospectiva estratégica, más que un mero ejercicio especulativo, representa una disciplina rigurosa. Su propósito esencial es un escrutinio metódico de las tendencias subyacentes, los agentes catalizadores del cambio y las incógnitas inherentes que moldean

el porvenir de entidades organizacionales, marcos económicos e incluso el complejo entramado de sistemas globales. Distanciándose de las metodologías predictivas convencionales, la prospectiva no persigue la quimera de una certeza absoluta respecto a los acontecimientos futuros. Más bien, su valor radica en desvelar un abanico de futuros probables. Esto posibilita, crucialmente, que quienes ocupan posiciones de responsabilidad estratégica posean las herramientas necesarias para forjar planes de acción sólidos, capacitados para afrontar una multiplicidad de configuraciones de escenarios. En la intrincada coyuntura internacional de nuestros días, marcada por una aceleración vertiginosa de mutaciones y una omnipresencia de lo incierto, la prospectiva emerge, sin lugar a dudas, como un pilar irrenunciable. Constituye una palanca esencial para la formulación de estrategias robustas en el seno de administraciones gubernamentales, entidades supranacionales y corporaciones de alcance mundial.

La gestación de la prospectiva actual está en gran parte entrelazada con la investigación estratégica que se dio en la segunda mitad del siglo XX. Lo que empezó en áreas militares y de seguridad nacional, esta disciplina gradualmente fue expandiendo su alcance a sectores económicos, tecnológicos, ambientales y sociales. La creciente complejidad de los sistemas globales resaltó la urgencia de contar con instrumentos para analizar mutaciones a largo plazo y prever probables repercusiones en la estabilidad política, el desarrollo económico y la competitividad mundial. Por lo tanto, la prospectiva adquirió un rol importante en la conformación de políticas públicas y de planes empresariales (Pérez-Martínez & Fernández, 2021).

Pilar esencial de la prospectiva estratégica: entender que el futuro no es un destino fijo. Un montón de factores se entretajan constantemente, creando infinitos caminos de desarrollo posibles. Por eso, los análisis prospectivos buscan señalar tendencias de fondo, indicios nacies y dudas cruciales que, quién sabe, podrían afectar los acontecimientos futuros de manera considerable. Esta metodología otorga una visión más abarcadora de las fuerzas transformadoras y evita depender solo de pronósticos directos que parten del comportamiento pasado de ciertas magnitudes.

Detectar tendencias es un primer paso crucial, fundamentalmente al formular estrategias. Las tendencias son esos procesos de cambio que llevan un tiempo, con esa cualidad de persistir, afectando seriamente distintas áreas. Algunas tendencias a nivel mundial, realmente importantes, incluyen el envejecimiento de las personas, la economía digital, la energía renovable, las ciudades que crecen y el avance de tecnologías nuevas. Estudiar

estas corrientes ayuda a entender cómo cambiarán las cosas en la economía, la política y la sociedad en años venideros.

La prospectiva estratégica va más allá de las tendencias para enfocarse mucho en las incertidumbres críticas. Esos son aquellos factores de difícil predicción para el futuro, pero que pueden mudar el panorama mundial por completo. Dentro de las incertidumbres más importantes encontramos los giros geopolíticos, las nuevas tecnologías disruptivas, los problemas financieros, las guerras entre países y los cambios en la forma de gobernar a nivel mundial. Detectar estas variables es de suma importancia para crear escenarios que realmente capturen la complejidad y el movimiento constante del mundo.

Construir escenarios estratégicos es una de las técnicas más empleadas en prospectiva. Un escenario, como concepto, es un relato con sentido y verosímil de cómo podría ser un futuro, fundamentado en la mezcla de tendencias e incertidumbres. Lo que son los escenarios no son profecías, sino historias que analizan para ver distintos futuros posibles. Son útiles porque ayudan a entender mejor los peligros y las chances, lo que los prepara mejor para variados marcos del futuro y refuerza las estrategias de planeación.

En el terreno geopolítico, la creación de escenarios brinda la posibilidad de examinar las probables mutaciones en el reparto de la influencia mundial. Elementos tales como el auge de potencias económicas emergentes, la evolución de convenios estratégicos, las evoluciones tecnológicas y los litigios por recursos cruciales tienen la facultad de alterar en gran medida el entramado del orden internacional. Al dar forma a escenarios divergentes, quienes definen las políticas son capaces de valorar los efectos probables de estas variaciones y pergeñar directrices enfocadas a salvaguardar ambiciones propias o afianzar situaciones ventajosas en el panorama mundial.

Según Medina-Molina et al. (2018), la prospectiva juega un papel importante en el análisis económico internacional. Gobiernos hacen ejercicios prospectivos para evaluar posibles evoluciones de mercados, cadenas globales de valor, sistemas financieros y flujos de inversión. Identificar tempranamente oportunidades y riesgos hace más fácil adoptar políticas orientadas a promover el crecimiento económico y mejorar la capacidad de adaptación frente a cambios estructurales. Las empresas igual recurren a escenarios prospectivos para orientar decisiones relacionadas con expansión internacional, innovación tecnológica y gestión de inversiones de largo plazo.

La transformación tecnológica es uno de los campos donde la prospectiva obtuvo gran importancia. La rapidez con que las tecnologías avanzan, como la inteligencia artificial, la computación cuántica, la biotecnología y la automatización, crea dudas muy grandes sobre sus consecuencias futuras. Las exploraciones prospectivas dan lugar a investigar variados caminos de avance tecnológico y a medir sus probables alcances sobre el trabajo, la productividad, la competitividad y la seguridad mundial. Esos datos son muy útiles para formular planes de innovación y de ajuste tecnológico.

Construir escenarios trae también otra cosa relevante, que es su aportación para administrar riesgos. Las organizaciones se enfrentan a peligros potenciales asociados con mudanzas regulatorias, revueltas económicas, disputas geopolíticas y alteraciones medioambientales. Explorar sistemáticamente diferentes escenarios permite localizar puntos débiles y crear estrategias de emergencia que tienen como fin mitigar consecuencias malas. Este modo de pensar endurece la tenacidad organizacional al posibilitar contestaciones más prestas y más capacitadas ante circunstancias no previstas.

La prospectiva estratégica también promueve una perspectiva a largo plazo en las determinaciones. Frecuentemente, las presiones políticas, económicas o de gestión impulsan elecciones enfocadas en la inmediatez. Pero muchos de los grandes retos de este siglo, dígame el cambio climático, la energía y la transformación digital, precisan visiones más amplias para los planes. Los análisis prospectivos asisten a integrar estas visiones temporales en las estrategias gubernamentales y de negocios, posibilitando un mejor alistamiento ante mutaciones estructurales.

Las organizaciones internacionales han crecido en la adopción de instrumentos prospectivos para hacer frente a desafíos mundiales que son cada vez más complicados. Instituciones multilaterales, centros de investigación y otras entidades especializadas crean con frecuencia estudios diseñados para detectar corrientes mundiales y edificar futuros posibles a largo plazo. Estos estudios ayudan a afinar la cooperación internacional y entregan bases esenciales para trazar políticas en materias de desarrollo perdurable, prosperidad financiera, seguridad internacional y administración global.

La prospectiva y la construcción de escenarios estratégicos son instrumentos vitales para entender y manejar la incertidumbre del ambiente internacional actual. La manera en que integran tendencias, detectan riesgos e investigan futuros alternativos sirve para reforzar las decisiones en situaciones intrincadas. Con tantos cambios rápidos en lo económico,

tecnológico y geopolítico hoy en día, la prospectiva se ha vuelto una herramienta que no puede faltar para prever cambios, crear planes que se adaptan y estar más listos para los retos globales.

Figura 3.3 Prospectiva y Construcción de Escenarios Estratégicos



Elaborado: Autores

3.6 Administración del riesgo geopolítico y económico

La gestión del riesgo geopolítico y también económico ahora se ha vuelto algo primordial para gobiernos, organizaciones internacionales, instituciones financieras y corporaciones de talla mundial. En este mundo globalizado y conectado, las acciones tomadas por gente del poder político y económico pueden provocar ondas expansivas más allá de sus países e impactar varios sitios a la vez. La situación internacional, cada vez más enredada, ha puesto sobre la mesa que hay que hacer algo para ver, medir y controlar los peligros por guerras entre países, problemas de plata, crisis, avances tecnológicos y cambios en las reglas. Por ende, la administración de estos riesgos se ha afianzado bien en cualquier plan futuro (Rice, 2017).

La eventualidad de que sucesos políticos, diplomáticos o de seguridad perturben la operación cotidiana de las vinculaciones económicas y sociales a nivel mundial constituye el riesgo geopolítico. Pueden originarse estos peligros por conflictos armados,

disputas de cancillería, mutaciones en quienes gobiernan, castigos monetarios, pleitos de tierra o metamorfosis en acuerdos internacionales. Pues estas circunstancias habitualmente provocan dudas acerca de qué harán quienes participan; su poder de desestabilizar los mercados, las redes de abasto y los modos de invertir a través del orbe es bastante considerable.

Por otro lado, el peligro económico emana de sucesos que inciden en el quehacer productivo, monetario y mercantil. Entre las causas más prominentes podemos ver las oscilaciones del tipo de cambio, el encarecimiento generalizado de bienes, las crisis bursátiles, la imprevisibilidad de las plazas, las alteraciones en la doctrina monetaria y de hacienda, así como los virajes en el tráfico del orbe. Estas cosas repercuten de plano en las resoluciones de invertir, elaborar y captar fondos, marcando la expansión económica tanto en la patria como en el planeta. La confluencia entre los peligros económicos y de alta política da lugar a panoramas enrevesados que exigen escrutinios completos y desde distintos ángulos.

Detectar riesgos temprano, eso es la primera cosa para un sistema de gestión de riesgos que funcione. Significa estar mirando el mundo constantemente por pistas de problemas venideros. El gobierno y las compañías sacan datos de sitios como organizaciones mundiales, grupos de estudios, mercados de dinero, prensa de nicho y planes secretos para ver qué está pasando. Poder ver problemas antes de que sucedan te da una gran ventaja, así puedes actuar antes.

La evaluación de riesgos, de hecho, demanda sopesar la verosimilitud de un suceso y la escala de sus potenciales secuelas. Para lograr tal fin, se utilizan enfoques, tanto numéricos como descriptivos, que posibilitan cuantificar afecciones probables en ámbitos económicos, políticos y también sociales. Los marcos de valoración integran elementos tales como la exposición, la fragilidad inherente y la aptitud de reacción de las partes involucradas. Esta perspectiva coadyuva a jerarquizar los peligros y a distribuir de forma óptima los medios orientados a su atenuación, promoviendo así la robustez de las entidades ante contextos desfavorables.

La globalización ha aumentado la significación de la gerencia del riesgo en vista de la mayor interdependencia entre economías y mercados. Un evento ocurrido en una región específica ahora tiene la capacidad de propagarse velozmente a otras partes del globo a través de canales financieros, comerciales o tecnológicos. Las crisis económicas a nivel

mundial han puesto de manifiesto cómo perturbaciones localizadas pueden desembocar en efectos sistémicos de considerable magnitud. Esta circunstancia imperativamente obliga a gobiernos y a organizaciones a concebir perspectivas mundiales en sus metodologías de análisis y manejo del riesgo (Medina-Molina et al., 2018).

Las cadenas de valor globales son puntos débiles evidentes ante presiones geopolíticas y económicas. Las corporaciones transnacionales operan mediante tejidos intrincados de abastecedores, distribuidores y núcleos manufactureros esparcidos a través de distintas naciones. Aguas internacionales agitadas, embargos comerciales, medidas punitivas económicas o percances en el transporte con facilidad podían trastocar la operatividad de estas secuencias. En respuesta, amplias entidades institucionales han trazado planes de variabilidad de proveedores, descentralización fabril y acumulación de existencias vitales para menguar la fragilidad derivada de compromisos excesivos.

El ámbito financiero representa un terreno adicional donde la administración de riesgos posee un rol cardinal. Instituciones bancarias, fondos de inversión y entidades financieras globales escrutan incesantemente parámetros vinculados a la estabilidad macroeconómica, el pasivo público, las fluctuaciones monetarias y los peligros normativos. El discernimiento oportuno de desbalances pecuniarios posibilita la adopción de estrategias enfocadas en salvaguardar la solidez del entramado y minimizar la posibilidad de recesiones. Consecuentemente, los inversores integran exámenes geopolíticos en sus determinaciones para calibrar potenciales repercusiones sobre patrimonios y cotizaciones mundiales.

La mudanza energética a escala global ha desplegado nuevas facetas en la gobernanza del peligro estratégico. El interés exacerbado en metales como el litio, cobre, cobalto, níquel y elementos de tierras raras ha levantado inquietudes tocantes a la salvaguardia del abastecimiento y la agrupación espacial de determinados minerales clave. Las administraciones públicas pretenden asegurar una disponibilidad firme de tales insumos a través de pactos multilaterales, desembolsos estratégicos y directrices de dispersión. La administración de estas amenazas se vuelve imperiosa para apuntalar los ciclos de cambio energético y tecnológico propios del siglo XXI.

La transformación tecnológica es un factor notable; ha alterado a fondo los instrumentos que se tienen para gestionar riesgos. Procesar volúmenes masivos de datos y reconocer patrones que podrían preannunciar peligros inminentes se posibilita con análisis de data, IA

y modelos predictivos. Tales tecnologías hacen más sencillos vigilar en tiempo real fluctuaciones económicas y geopolíticas, mejorando entonces la habilidad de reaccionar ante giros inesperados en el contexto global. No obstante, también aparecen amenazas nuevas, ligadas a la seguridad cibernética, la salvaguarda de data y el quedar a merced de la tecnología.

Los entes supranacionales son cruciales en la gobernanza de amenazas globales, propiciando la colaboración entre naciones y alentando la armonización de enfoques ante retos compartidos. Organizaciones de la envergadura del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la OCDE y otras entidades sectoriales aportan significativamente a la generación de datos, la proposición de directrices y la orquestación de réplicas ante convulsiones económicas y geopolíticas. Su implicación es particularmente pertinente en escenarios donde la escala de los peligros excede la aptitud de intervención de los países por sí solos.

De acuerdo con Ding y Dafoe (2020), la incertidumbre representa un componente intrínseco a la administración del peligro geopolítico y económico. Si bien los instrumentos de análisis posibilitan profundizar el entendimiento de amenazas potenciales, resulta inoperable erradicar del todo la probabilidad de sucesos imprevistos. En vista de lo cual, los enfoques contemporáneos de manejo del riesgo priorizan, aparte de la anticipación, la aptitud de ajustarse y de reponerse ante situaciones desfavorables. El fomento de la resistencia se torna un fin crucial para entidades que se desenvuelven en ámbitos definidos por transformaciones ágiles y permanentes.

La gobernanza del peligro geopolítico y del que surge de las economías es ahora un componente central en la proyección de estrategias globales. Donde el análisis prospectivo, la supervisión constante, una evaluación metódica y el cultivo de habilidades de reacción trabajan en tándem para minimizar las fragilidades y robustecer la permanencia de entidades gubernamentales, corporaciones y organismos diversos. En un mundo en constante conexión y con mutabilidad acelerada, la facultad para manejar incertidumbres eficientemente se revela como un elemento decisivo para salvaguardar la capacidad de competir, defender objetivos clave y asegurar la pervivencia del crecimiento económico a futuro.



EDITORIAL ANDES COGNITIO

CAPÍTULO IV

RECURSOS NATURALES, ENERGÍA Y
SEGURIDAD ECONÓMICA
INTERNACIONAL

Energy Security



CAPÍTULO IV

RECURSOS NATURALES, ENERGÍA Y SEGURIDAD ECONÓMICA INTERNACIONAL

4.1 Dinámica geopolítica del petróleo y del gas

El petróleo, junto con el gas natural, ostenta una primacía indiscutible en la economía global y las dinámicas geopolíticas, algo que persiste ya por más de cien años. Más allá de ser componentes esenciales para la producción y el desplazamiento, estas fuentes de energía actúan como palancas de poderío político y económico para las soberanías que detentan su explotación y entrega. Su valor táctico ha jugado un papel crucial en forjar entendimientos globales, disputas acotadas y dictados de política exterior, conformando de manera decisiva la arquitectura del orden mundial tal cual la conocemos hoy (Estela et al., 2021).

La trascendencia geopolítica del oro negro empezó a cristalizar en las alboradas del siglo veinte, momento en que las potencias manufactureras vieron crecer su acoplamiento a suministros energéticos para sostener ritmos acelerados de industrialización. La proliferación de vehículos motorizados, ramas petroquímicas y aparatos bélicos dependientes de hidrocarburos convirtió al petróleo en un bien irremplazable para la expansión económica y la salvaguarda nacional. Justo en ese instante, el acopio de caudal energético se estableció fuertemente como una principalísima preocupación táctica entre las distintas naciones.

Desigualdades significativas en la distribución global del petróleo y gas, esas grandes disparidades, provocan fuertes desajustes económicos en todo el mundo. Vastos sectores geográficos, incluyendo el Medio Oriente, Rusia, América del Norte y zonas de África, detentan la mayor parte de los combustibles fósiles del planeta. Este agrupamiento otorga a los países productores ventajas económicas y estratégicas; así, pueden influir en los mercados globales y reforzar su posición en el mundo. Al mismo tiempo, los países que consumen buscan estrategias para proteger el suministro seguro de sus energías.

La idea de seguridad energética es crucial dentro de la gobernanza de los hidrocarburos. Los gobiernos ponen en primer lugar tener una oferta continua y segura de energía que impulse sus economías. Cualquier falla en el suministro de energía puede afectar la

industria, disparar precios y poner en riesgo la estabilidad de países importadores. Por esto, muchos países diversifican de dónde obtienen energía, guardan reservas importantes y hacen convenios entre naciones sobre energía. De esa manera, muchos gobiernos buscan diferentes fuentes para proveerse, crean reservas de almacenaje, y formalizan tratos globales sobre energía. Después, un buen número de administraciones empiezan a variar sus fuentes de surtido, a crear guardas de provisiones críticas y a afirmar acuerdos mundiales de energía. Este imperativo impulsa, considerablemente, a bastantes estados a diversificar sus fuentes de abasto además de incrementar reservas de inventarios y confirmar convenios transnacionales acerca de la energía.

La distribución inequitativa de las existencias de petróleo y gas, de manera global, a creado desbalances muy notables en la economía mundial. Regiones como Oriente Medio, Rusia, Norteamérica y varias zonas de África abarcan una porción considerable de las reservas energéticas globales. Esa concentración otorga beneficios económicos y estratégicos a las naciones productoras, permitiéndoles moldear las dinámicas del mercado internacional e intensificando su protagonismo global. En paralelo, las economías dependientes de las importaciones elaboran planes para salvaguardar la fiabilidad de sus abastecimientos de energía.

La seguridad energética, esa noción, se erige como pilar central de la geopolítica del petróleo y el gas. Las naciones ponen en la balanza el garantizar un flujo incesante y previsible de energéticos esenciales para su progreso económico. Disrupciones, ya sea en el abasto, merman la capacidad de manufactura, pueden desatar presiones inflacionarias y, asimismo, socavar la estabilidad financiera de las economías importadoras. De esta manera, la orientación mayoritaria apunta a estirar la lista de abastecedores, además de la reserva estratégica de existencias y el fortalecimiento de acuerdos energéticos a nivel mundial.

La OPEP, Organización de Países Exportadores de Petróleo jugó un papel primordial en la gobernanza del ámbito del crudo internacional. Desde su génesis en mil novecientos sesenta, este colectivo procuraba coordinar las estrategias de producción entre sus integrantes para influir sobre los valores internacionales del crudo. Las determinaciones sobre los volúmenes de extracción ejercen influencias considerables en la provisión global y son capaces de repercutir directamente en la trayectoria de la economía mundial. La aptitud para la coordinación de la OPEP transformó este colectivo en una figura central dentro de la gestión energética global.

Las contingencias petroleras de los años setenta patentizaron el nexo intrínseco entre la energía y el dominio geopolítico. Subidas vertiginosas de los precios del crudo crearon efectos económicos notables en economías industrializadas; provocaron subida de precios, un parón productivo y desequilibrios comerciales. Estas situaciones ilustran, de un modo convincente, la facultad que poseen los combustibles primarios para actuar como palancas de presión política y financiera, reafirmando, con fuerza, que la autosuficiencia energética es pilar fundamental para la soberanía nacional.

El gas natural ha experimentado un crecimiento notorio en la escena energética global, gracias a su fundamental función en la generación de electricidad, la industria y el movimiento hacia redes energéticas con menor huella de carbono. La expansión de ductos y terminales para gas natural licuado potencia cada vez más su peso estratégico. A diferencia del petróleo, cuyo mercado mundial se muestra más interconectado, el comercio de gas, históricamente, se ha basado en configuraciones físicas que han modelado las vinculaciones entre productores y consumidores (Estela et al., 2021).

Rusia se ha consolidado como, en efecto, principal actor geopolítico en el mercado global de gas natural. Por ende, sus extensas reservas y sistemas de exportación se han convertido en una palanca de influencia sobre múltiples regiones, especialmente Europa. A causa de ello, la dependencia energética de muchas naciones europeas del gas ruso generó por décadas una relación de mutua dependencia, afectando grandemente la política internacional. Los recientes acontecimientos geopolíticos, al contrario, han impulsado a buscar la diversificación de las fuentes de suministro y la reducción de las debilidades conectadas con esta dependencia.

La evolución tecnológica, paralelamente, transformó la geopolítica de los hidrocarburos. Mediante avances en metodologías extractivas no convencionales, tales como la fracturación hidráulica, ha sido posible aumentar sustancialmente la producción de hidrocarburos en diversas naciones. Dicho progreso ilustra una clara metamorfosis, como se demuestra en los Estados Unidos, donde elevó significativamente su generación energética y mutó su posición comercial mundial. Tales cambios alteraron los esquemas de dependencia energética preexistentes y crearon nuevas distribuciones en el equilibrio geoeconómico mundial.

Rutas de flujo de energía constituyen un elemento fundamental en la geopolítica del petróleo y el gas. Estrechos marítimos, oleoductos, gasoductos y además corredores

logísticos de gran peso juegan un rol indispensable en el abastecimiento energético del planeta. Puntos críticos como el Estrecho de Ormuz, el Canal de Suez, además de diversas infraestructuras de transporte a través de continentes, dominan una parte considerable del comercio energético planetario. La integridad y salvaguarda de estas arterias de paso se mantienen como preocupación constante para gobiernos y bolsas de valores, por su vital importancia para el comercio fluido de recursos energéticos.

La transición energética impulsada por el auge de las fuentes renovables ha agregado variables inesperadas a la escena política de los hidrocarburos. Aunque el crudo y el gas natural siguen siendo ejes del abasto energético mundial, numerosas naciones han empezado a idear estrategias para minimizar su dependencia de ellos. Un proceso similar presenta dificultades para las economías cuya base se sustenta en la comercialización de energía, al mismo tiempo que abre puertas para variar su producción y reconfigurar sus estructuras económicas existentes.

Las fluctuaciones en los precios internacionales del petróleo y del gas afectan de manera directa la solidez financiera de carácter mundial. Aumentos en los costos pueden beneficiar a los países exportadores por medio de una mayor recaudación fiscal y un mejoramiento de su comercio exterior, en tanto que los países importadores afrontan gastos energéticos mayores y presiones inflacionarias. Por el contrario, caídas significativas en los precios tienden a reducir las ganancias de los productores y a causar ajustes económicos internos. Esta inclinación hace que los mercados de energía sean un aspecto sumamente esencial para la discusión económica internacional.

La trama geopolítica del petróleo y del gas desvela la compleja conexión entre los recursos naturales, la prosperidad económica y la repartición del poder en la escena mundial. De antiguo, el dominio estratégico de estas fuentes de energía ha configurado acuerdos, conflictos y cooperaciones entre los países. Aunque la mudanza hacia combustibles limpios lentamente reforma la estructura del cuadro energético mundial, los hidrocarburos aún ocupan un rol fundamental en la economía del planeta y así mantendrán importancia crucial en la geopolítica del mundo para las próximas décadas (Zeraoui, 2008).

Figura 4.1 Factores clave de la geopolítica de los hidrocarburos y la seguridad energética global.



Elaborado: Autores

4.2 Minerales críticos, tierras raras y cadenas globales de suministro Principio del formulario

Los minerales críticos y tierras raras adquirieron una trascendencia vital para la economía planetaria, por su papel insustituible en la fabricación de tecnologías de vanguardia, regímenes energéticos contemporáneos y unidades productivas intrincadas. A diferencia de las fuentes de energía de siempre, cuyo influjo geopolítico se identificó mucho antes, estos metales ahora son cruciales para la transformación digital y la mutación energética global. La presión creciente de la demanda hizo que la presencia, elaboración y control de estos compuestos fueran un eje fundamental para la fortaleza económica y la salvaguarda de muchas naciones.

Los minerales críticos son un concepto que centra materiales de alto valor; esos suministros pueden enfrentar riesgos en la extracción, el reparto o el origen. Litio, cobalto, níquel, cobre, grafito, manganeso y ciertas tierras raras son algunos de los más notables. Son sumamente importantes para fabricar baterías de coches eléctricos, sistemas de almacenamiento energético, semiconductores, telecomunicaciones, equipos y tecnologías vinculadas a la defensa y exploración espacial.

Las tierras raras, esos diecisiete químicos con singulares atributos físicos y magnéticos, resultan esenciales. Aunque su nombre podría sugerir algo diferente, muchas de estas sustancias, la verdad, se encuentran con bastante frecuencia en la corteza del planeta. Sin embargo, su obtención y purificación son un reto considerable, puesto que en el terreno se dispersan frecuentemente. Esta situación ha provocado que solamente unos pocos países posean las amplias facultades industriales para su producción y refinación.

Los progresos tecnológicos modernos acentúan la demanda de metales cruciales. La eclosión digital, la electrónica avanzada y la expansión persistente de la energía limpia, requieren un acopio mayor de componentes específicos. Objetos cotidianos tales como smartphones, ordenadores, turbinas eólicas, láminas solares y coches eléctricos, precisan metales, y su suministro es una traba formidable para el avance y la inventiva industrial.

El cambio energético se eleva como principal impulsor de la sed voraz por minerales esenciales. Acuerdos globales que buscan reducir las emisiones han provocado fuertes desembolsos en herramientas ecológicas y redes eléctricas duraderas. La fabricación de baterías para guardar energía y la locomoción eléctrica necesitan montones considerables de litio, níquel, cobalto y grafito. De aquí, asegurar el abasto de estos componentes vitales deviene en una cuestión de alta prioridad en las directrices económicas y energéticas de varios países (Di Renzo, 2021).

Las zonas donde se encuentran los depósitos de metales clave presentan un notable grado de concentración. Naciones como Australia, Chile, China, el Congo Democrático, Indonesia, junto con varias repúblicas de Latinoamérica, juegan un rol desmesurado en la extracción mundial de estos recursos vitales. Esta concentración de recursos se traduce en ganancias económicas para las comunidades mineras, a la vez que trae consigo riesgos de dependencia, volatilidad comercial y posibles interrupciones en la cadena de suministro. El relieve geológico donde se hallan yacimientos minerales sigue siendo crucial para entender los giros económicos globales.

China, con su notable dominio en el suministro mundial de minerales clave y metales de tierras raras, se destaca. Además de sus vastas reservas, esta nación ha desarrollado una sólida industria de procesamiento y refinado de estas materias primas. En varias etapas de la cadena de producción, China controla una porción gigantesca del mercado mundial de manufactura avanzada. Esta posición le otorga una ventaja estratégica enorme para

sectores de alta tecnología, la producción de aparatos electrónicos, y el impulso hacia la transición energética.

La rivalidad geoeconómica entre países de gran influencia aviva la preocupación por proteger los flujos de bienes y servicios. Economías altamente industrializadas, como Estados Unidos, la Unión Europea y Japón, ven una vulnerabilidad estratégica importante al depender excesivamente de ciertos abastecedores. Como medida, estas potencias están implementando políticas para variar sus fuentes de suministro, fomentar la producción local de minerales y reforzar acuerdos globales sobre recursos críticos. Estas iniciativas buscan mitigar riesgos relacionados con interrupciones o tensiones políticas.

Las redes logísticas mundiales, complejíssimas, involucran desde la obtención de materiales básicos hasta la culminación de productos finales. La fabricación de tecnologías avanzadas depende de vínculos transnacionales abarcando extracción, procesamiento, manufactura, ensamblaje especializado y distribución global. Cualquier contratiempo en una de estas facetas puede acarrear repercusiones significativas en industrias enteras. Esta fragilidad quedó en evidencia con varias crisis recientes que perturbaron el comercio internacional, exhibiendo las debilidades de los modelos productivos actuales.

La obtención de metales y minerales esenciales, además, implica serios obstáculos de carácter ambiental y de índole social. La extracción y refinación de procesos podrían crear impactos en ecosistemas, recursos hídricos y comunidades locales si no se aplican los debidos mecanismos de gestión ambiental. Similarmente, ciertas regiones productoras encaran dilemas asociados a las condiciones laborales, la gobernanza institucional y cómo se distribuyen los beneficios económicos. Estas reflexiones obligaron a la adopción de normativas internacionales que buscan promover métodos de producción más sostenibles y con mayor responsabilidad (Di Renzo, 2021).

América Latina está adquiriendo una relevancia geométrica en el escenario geopolítico de los minerales escasos; esto, dada la vastedad de sus depósitos. Países como Chile, Argentina y Bolivia poseen una porción considerable de las reservas de litio globales; al mismo tiempo, Perú destaca por su producción de cobre. Esta circunstancia representa oportunidades cruciales para aumentar la participación regional en las cadenas productivas globales vinculadas a las tecnologías limpias y la transición energética. A pesar de eso, esto igualmente plantea dilemas importantes en lo referente a la fabricación,

la transferencia de conocimiento técnico y la extracción sostenible de las riquezas naturales.

La vanguardia tecnológica tiene una influencia determinante en la evolución de los mercados de metales esenciales. Los avances en reciclaje, la sustitución de materiales y el desarrollo de nuevas maquinarias pueden llegar a alterar las dinámicas de demanda y cambiar la importancia relativa de ciertos yacimientos. De igual forma, la investigación científica busca reducir dependencias críticas, ofreciendo soluciones tecnológicas que permitan diversificar las fuentes de suministro. Estas dinámicas revelan la profunda conexión que existe entre la cognición, la creatividad y la estabilidad económica dentro del panorama actual.

Minerales críticos, tierras raras y las cadenas de suministro globales se volvieron piezas clave en la contienda económica a nivel internacional. Su trascendencia es mayor que la industrial; atañe intrínsecamente a la seguridad energética, al avance tecnológico y a las potencias de las naciones para inmiscuirse en áreas económicas decisivas mundialmente. Ante el actual panorama de transformación energética y la digitalización ascendente, la posesión y el ingreso a estos elementos jugarán un rol principal en delinear las conexiones geoeconómicas y geopolíticas en el siglo XXI.

4.3 Seguridad alimentaria en el contexto internacional

La seguridad alimentaria se destaca como una preocupación muy grande para la comunidad toda, dada su relación tan profunda con la economía, el desarrollo, la paz política y el bienestar de las personas. Organizaciones internacionales reconocidas determinan que la seguridad alimentaria está lograda si toda la gente tiene acceso físico y también económico continuo a suficientes alimentos seguros y nutritivos que cumplan sus necesidades y permitan una vida sana plena. El valor de este concepto sobrepasa la simple disponibilidad de comida e incorpora la facilidad de conseguirla, la calidad de sus nutrientes, la confianza en su suministro y el futuro de cómo producimos los alimentos.

La nutrición es una exigencia primordial; su cubrimiento afecta directamente el vigor productivo del ente económico, el progreso de la gente y la tranquilidad ciudadana. Las naciones con escasez de alimentos a menudo reflejan mayores índices de pobreza, disparidad y vulnerabilidad monetaria. De la misma manera, los tropiezos para que la población acceda a dietas adecuadas pueden suscitar discordias sociales, riñas internas y

desplazamientos, los cuales perturban la quietud política tanto regional como global. Por tal razón, la seguridad en la alimentación devenía vital entre las prioridades estratégicas de estados y organizaciones mundiales. La seguridad alimentaria, por consiguiente, ostenta una importancia singular en las agendas estratégicas de líderes y organismos internacionales.

La globalización, de verdad, alteró drásticamente los sistemas de alimentos de todo el mundo. Ahora mismo, la forma en que se producen los comestibles, cómo circulan y se venden se conecta por unas complejas cadenas que van por todo el planeta. Estas cadenas vinculan donde crecen los alimentos con donde la gente los come, por todos los lados. Este fenómeno, sin duda, ha estimulado la diversificación de bienes y la eficiencia en las transacciones mercantiles. Sin embargo, paradójicamente, ha propiciado que ciertas naciones dependan en exceso de los mercados externos, generando vulnerabilidades ante crisis comerciales inesperadas o fluctuaciones en la producción agrícola.

La manufactura de víveres a escala global se ve modelada por una amalgama de factores: las condiciones naturales, los avances tecnológicos, la infraestructura y los patrones climáticos. La disponibilidad de suelos aptos para el cultivo, fuentes de agua, insumos agrícolas y los desarrollos científicos ejercen una influencia considerable en la capacidad productiva de las naciones. Las diferencias en la posesión de estos recursos generan brechas significativas entre territorios, dando pie a que unos pocos, como los principales exportadores de alimentos, prosperen, mientras que otros deban importar para satisfacer sus necesidades internas. Estas divergencias, a la postre, configuran dinámicas de poder y relaciones económicas íntimamente vinculadas al abasto alimentario (De las Rosas García Bravo, 2024).

En el ámbito mundial, la negociación de bienes del campo juega un rol vital para la alimentación segura del planeta. El trigo, el maíz y el arroz, granos esenciales constituyen la base alimentaria para incontables personas y están sujetos a un movimiento transnacional significativo. Inestabilidades en el valor de estos artículos pueden tener serias repercusiones en la habilidad de naciones importadoras para procurar acceso a sustento. Circunstancias tales como prolongadas sequías, disensiones internacionales, trabas al comercio o cambios en los precios de la energía tienen la posibilidad de trastocar los mercados agrarios y crear consecuencias en la alimentación segura de la humanidad.

El reto del cambio climático representa una amenaza grande para nuestros actuales sistemas alimenticios. Las temperaturas crecientes, las modificaciones en las lloviznas y un incremento en la frecuencia de eventos meteorológicos graves impactan la recolección global. Sequías que se alargan, diluvios terribles, rachas huracanadas, amén de la tierra que se desgasta, todo causa una rebaja en la generación de comestibles y una plaza impredecible. Conociendo esta situación, se vuelve fundamental que las administraciones y los labriegos planteen planes que se adapten para asegurar la prosecución de la generación de alimentos.

La actual pandemia, COVID-19, su llamamiento, dejó al descubierto lo vulnerables que son las cadenas de suministro alimentarias mundiales ante eventos que desestabilizan profundamente. Cierres en el transporte, dificultades logísticas e impedimentos de operación que se mostraron durante el apogeo de la crisis provocaron serios embrollos en la distribución de víveres en muchísimas regiones del globo. Aunque el sistema alimentario a escala mundial mostró una considerable capacidad de ajustarse, la crisis subrayó la importancia vital de reforzar los mecanismos de resistencia para asegurar la provisión durante momentos de incertidumbre y caos.

Los conflictos armados, asimismo, repercuten directamente en la seguridad alimentaria de las naciones. Los conflictos de guerra pueden mermar la labor agraria en gran medida. Arrasan los cimientos básicos y también restringen las vías de comercio, tanto dentro como fuera del país. En casos donde los pleitos involucran actores cruciales para la siembra o para el envío de alimentos, las consecuencias trascienden las fronteras nacionales. Afectan la disponibilidad y los precios de productos agropecuarios a nivel global. Esto demuestra claramente la relación inherente entre la paz de los pueblos y la alimentación de las gentes.

De acuerdo con De las Rosas García Bravo (2024), la seguridad alimentaria está ligada también a la cuestión del avance tecnológico y la innovación en el ámbito agrario. Aumentos importantes en biotecnología, agricultura de precisión, sistemas de riego y genética resultan en elevaciones significativas en la cosecha agrícola en amplias regiones. Estas innovaciones impulsan un aprovechamiento óptimo de los recursos naturales y proporcionan una habilidad mejorada para enfrentar desafíos ambientales. Aún el acceso desigual a la tecnología agraria produce diferencias considerables en la potencia productiva de los países y define sus lugares en la competición mundial.

El rol de organizaciones mundiales es muy importante para la seguridad alimentaria en el mundo. Las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, el Programa Mundial de Alimentos y otras organizaciones ayudan a mejorar la distribución de comida, la producción alimentaria y a suavizar crisis. Mediante consejo técnico, aportes económicos y cooperación global, estas instituciones se esfuerzan por reducir los riesgos vinculados a la carencia de alimentos y la desnutrición.

La expansión poblacional planetaria se manifiesta como un factor decisivo que configura el futuro de los regímenes alimentarios. Un aumento demográfico genera sin remedio un requerimiento elevado de sustento, agua y elementos productivos, ejerciendo presiones extra sobre la agropecuaria y los frágiles entornos naturales. Surtir estas urgentes necesidades demandará, innegablemente, incrementos continuos en el rendimiento, mejoras de las infraestructuras actuales y proyectos directivos orientados a mitigar considerablemente las pérdidas y el derroche de comestibles. A causa de ello, la capacidad de los marcos agrícolas para satisfacer estas peticiones será vital para la estabilidad económica y la prosperidad social de multitud de territorios.

La dimensión geopolítica de la alimentación ha ganado una relevancia ascendente, de hecho, en las últimas décadas. Algunos países, a buen seguro, emplean exportaciones agropecuarias, pactos de colaboración y ayuda alimentaria, como herramientas de política exterior y afianzamiento de vínculos internacionales. De igual modo, la dependencia de importaciones de alimentos, sin duda alguna, puede originar debilidades estratégicas para ciertas economías. Por consiguiente, numerosos gobiernos conciben la producción agraria y la inocuidad alimentaria como pilares cruciales de sus estrategias de defensa nacional y avance económico (Estela et al., 2021).

La inocuidad alimentaria en el plano global se perfila, de forma clara, como un reto polifacético que engloba elementos económicos, ecológicos, técnicos y geopolíticos. El poder para salvaguardar sistemas alimentarios resistentes y duraderos, eso es seguro, impacta de manera directa en la estabilidad de las naciones y la prosperidad de sus habitantes. Ante un panorama delineado por el incremento poblacional, la alteración climática y una interdependencia mundial en aumento, la administración efectiva de los recursos agrarios y la potenciación de la colaboración internacional representarán componentes indispensables para garantizar el acceso a víveres y promover un desarrollo equitativo a nivel planetario.

Figura 4.2 Desafíos, variables y sostenibilidad de la seguridad alimentaria internacional.



Elaborado: Autores

4.4 Escasez de agua y conflictos de alcance internacional Principio del formulario

El agua es elemental para la vida humana, su progresión económica y los ecosistemas; además, es un recurso natural de suma importancia. Su existencia afecta de forma directa actividades vitales como la agricultura, la industria, la energía y el abastecimiento de ciudades. A pesar de su importancia estratégica, la ubicación de agua dulce presenta desigualdades importantes y esto trae retos inmensos para muchos países. Hoy día la escasez de agua ya no es solo un problema del medio ambiente ha pasado a ser algo geopolítico y financiero también

Según De las Rosas García Bravo (2024), la falta de agua dulce significa simple una carencia de agua potable que no alcanza para las necesidades de un grupo o una industria entera. Esto puede pasar por cosas de la naturaleza como pocas lluvias o por lo que hacemos los humanos como gastar demasiado agua subterránea dañar fuentes de agua y no administrar bien lo que tenemos. A medida que crece la sed mundial de agua, los sistemas de acuíferos sufren presiones mucho más intensas de verdad. Esto aumenta de forma marcada la posibilidad de conflictos y discrepancias entre personas y sitios con distintas características.

El crecimiento demográfico surge como un determinante principal detrás del aumento en la demanda global de agua. La expansión de la gente impone la necesidad de acopiar volúmenes considerables de recursos; esto para el uso diario, para la agricultura y la industria también. De manera simultánea, las rápidas transiciones a la vida urbana han precipitado una congregación cada vez más densa de personas en zonas de ciudades, las cuales exigen estructuras complejas para la provisión y el tratamiento de aguas. Dichas transformaciones imponen un estrés considerable sobre las reservas de agua disponibles, especialmente en aquellas regiones donde la dotación natural de agua es limitada.

La agricultura acapara la mayoría del agua dulce global. Para producir los alimentos se necesitan grandes cantidades de agua dulce, clave para regar la tierra y resguardar los cultivos. Así pues, la expansión agrícola y la sed de más comida aumentan la pelea por los recursos hídricos. En montones de naciones, el imperativo de salvaguardar la integridad de los alimentos ha llevado a usar más agua de la cuenta, incrementando el peligro para la perdurabilidad y el acceso a este bien tan escaso.

El cambio climático, vaya que ha intensificado el problema que ya de por sí existía con la escasez de agua. Variaciones en cómo llueve, el calor que aumenta y que a menudo hay sucesos climáticos bien salvajes, todo eso, sin duda, afecta directamente el agua dulce que tenemos, tocando a muchísimas partes del planeta. Las sequías que duran y duran, con lo lentas que son, pero imparables, reducen mucho cómo nuestros ríos, lagos y el agua bajo la tierra se pueden volver a llenar. Por otro lado, las inundaciones que son tan grandes a veces le pegan fuerte a lo que hemos construido para el agua, y bueno, también su calidad se ve. Estas situaciones tan cambiantes nos dejan con dudas grandes sobre si tendremos suficiente agua en el futuro, cosa vital tanto para que las economías funcionen como para que la gente viva bien.

La dimensión transnacional del agua se muestra clarísima en las cuencas hidrográficas compartidas. Muchos ríos, lagos y sistemas acuíferos cruzan fronteras políticas. Estos sirven como sustento para múltiples naciones. Casos ilustrativos son el Nilo, el Tigris y el Eufrates, el Mekong y el Danubio. La administración de estos recursos pide ineludiblemente una coordinación fuerte entre las naciones. Esto facilita un balance justo de perspectivas diferentes. También previniendo posibles conflictos sobre el recurso hídrico. Las discrepancias asociadas al agua no se traducen invariablemente en confrontaciones bélicas declaradas, sino que, con mayor frecuencia, derivan en tensiones diplomáticas y disputas de índole política. Proyectos hidráulicos, planes de irrigación o

modificaciones en las trayectorias fluviales compartidas podrían afectar significativamente a los países que corren aguas abajo. Estas circunstancias, comúnmente, provocan debates concernientes a derechos de uso, distribución justa y la consistencia de los bienes hídricos. En consecuencia, la gestión del agua deviene una cuestión recurrente en los temarios de diplomacia exterior entre diversas soberanías.

Uno de los escenarios más observados en la geopolítica hidráulica se relaciona con la cuenca del Nilo. Un sinnúmero de naciones depende de esta corriente para su alimentación, siembra y producción de energía. La creación de colosales obras hidráulicas ha originado disputas concernientes a la distribución de las aguas y sus probables consecuencias para otros usuarios de la cuenca. Este ejemplo pone de manifiesto cómo la gestión de cuerpos de agua compartidos pudiera transformarse en una cuestión de alta relevancia estratégica para la estabilidad regional y las relaciones entre naciones.

La seguridad hídrica se ha establecido como un pilar fundamental en investigaciones de recursos naturales y geopolítica. Esta perspectiva abarca, de hecho, la aptitud de un pueblo para asegurar el uso incesante del agua, en volúmenes y calidades apropiados que satisfagan las necesidades vitales, productivas y ecológicas. La seguridad hídrica va mucho más allá de la simple existencia física del líquido; engloba, sí, elementos de apoyo sistémico, administración diligente, capacidades organizacionales, y cooperación más allá de las fronteras. Su afianzamiento se erige como un objetivo para muchísimas gobernaciones y entidades multinacionales (De las Rosas García Bravo, 2024).

Organizaciones internacionales jugaron un rol crucial al impulsar estrategias conjuntas para mitigar conflictos por el agua. Muchas organizaciones promueven acuerdos de gestión compartida, información compartida y proyectos de asistencia técnica con la meta de mejorar cómo se manejan las cuencas transfronterizas. Dichas iniciativas aspiran a fortalecer la confianza entre naciones y fomentar resultados colaborativos que permitan usar los recursos de manera sostenible y justa.

Las innovaciones tecnológicas traen alicientes para encarar la problemática de la escasez hídrica. Desalinización, aguas residuales reutilizadas, vigilancia digital y riego sofisticados son de ayuda para optimizar el uso eficaz del agua. Asimismo, la modernización de la administración de infraestructuras coadyuva a perfeccionar el reparto y mermar las fugas en las redes de suministro. No obstante, estas soluciones demandan

inversión significativa y conocimientos técnicos no siempre presentes en todas las regiones.

La conexión entre agua y energía es otra área crucial de la geopolítica actual. La producción de electricidad mediante represas hidroeléctricas depende directamente del volumen de agua; por otro lado, otros métodos de obtención y transformación de energía consumen una cantidad ingente de este recurso vital. Esa interconexión obligada provoca mayores dilemas al momento de planear estrategias sostenibles para la garantía energética y el avance financiero. La gestión integrada de ambos recursos se ha convertido en un objetivo primordial para un sinnúmero de países.

La carencia de agua y los disensos sobre su utilización manifiestan la gran relevancia de los elementos naturales en el panorama global de la geopolítica. Pues la demanda aumenta por el crecimiento demográfico, la modificación del clima y el progreso económico; la gestión cuidadosa de los mantos acuíferos deviene de suma importancia para la estabilidad y el avance de las naciones. Así pues, la cooperación mundial, la inventiva tecnológica y el fortalecimiento de estructuras de gobernanza se presentan como soportes primordiales para garantizar la permanencia del agua y reducir los riesgos de contienda en los próximos años.

4.5 Transición energética y reconfiguración del poder global

La transición energética resalta como uno de los procesos de transformación más cruciales del siglo veintiuno, puesto que tiene potestad para alterar estructuras económicas, esquemas de producción, planes de desarrollo y jerarquías de poder, además de las naciones. Esto implicará una migración gradual, alejándose progresivamente de regímenes energéticos fuertemente dependientes de combustibles fósiles. Se favorecerán arquitecturas priorizando fuentes de energía renovables, innovaciones tecnológicas limpias y prácticas que optimizan la eficiencia energética. La transición energética, más allá de su impacto ambiental, tiene ramificaciones profundas, de índole geopolítica y geoeconómica. Esto, consecuentemente, ejerce una influencia activa en la remodelación del balance de poder, dentro del actual orden global.

Durante una porción extendida de la era industrial, el acceso a y el control de recursos primarios, como petróleo, gas natural y carbón, representarán pilares esenciales para el bienestar económico y el poder global de las naciones. Los países dominantes crearon

maneras de garantizar los hidrocarburos. Al mismo tiempo, las naciones exportadoras se fortalecieron económicamente por su energía. Como resultado, la geopolítica global estuvo fuertemente condicionada por la ubicación de reservas energéticas y las rutas utilizadas para su transporte y comercialización.

El creciente afán acerca del cambio climático funciona de catalizador para la adopción de directivas destinadas a aminorar la expulsión de gases que aprisionan calor. Tratados de orden global, acuerdos de rebaja de carbono y objetivos atados a un progreso imperecedero han promovido desembolsos enormes en formas de energía distintas como la solar, eólica, hidráulica y geotérmica. Dicho proceder altera paulatinamente el diseño de las estructuras energéticas de cada país y fomenta novedosas chances económicas unidas a tecnologías limpias y maneras de producir más resistentes (Stern, 2007).

Una pieza de atención suprema durante la transición energética resulta el cambio de los cimientos de predominio táctico. Si previo a la antigua norma energética el peso residía en la posesión de combustibles fósiles, ahora en la nueva realidad, crecen en valor aspectos como la aptitud técnica, la facilidad de acceso a insumos cruciales, la astucia en la manufactura y el conocimiento de las cadenas de producción ligadas a energías renovables. Esta metamorfosis está reformulando las bases materiales que cimientan la rivalidad a nivel mundial.

El auge de las fuentes renovables ha mermado parcialmente ciertas limitaciones espaciales que definían los modelos energéticos anteriores. El sol, así como la energía del viento, gozan de una distribución más amplia en contraste con las reservas de hidrocarburos, permitiendo que numerosas naciones desarrollen de forma autónoma su capacidad de generación eléctrica. Esta característica podría contribuir a la disminución de ciertas dependencias externas y fortalecer la seguridad energética para mercados que antes dependían del petróleo.

No obstante, la transición energética no desvanece enteramente los desencuentros geopolíticos ligados a los tesoros naturales. Más bien, magnificó la importancia estratégica de metales cruciales como el litio, cobre, níquel, cobalto, grafito y las tierras raras, componentes indispensables para la confección de baterías, placas solares, aerogeneradores y sistemas de guardado de energía. El naciente apetito por estos componentes ha dado pie a formas renovadas de contienda global y ha dotado de trascendencia geoeconómica a las regiones con depósitos minerales copiosos.

En el ámbito de la transición energética mundial, las naciones de China ostentan un sitial preponderante, apalancado por su acervo industrial, científico y productivo. Ellos han inyectado capital considerable en el rubro de las energías limpias, la fabricación de colectores solares, acumuladores de energía y el procesamiento de insumos minerales críticos. Esa amalgama de haberes y competencias les brindó la facultad de erigirse en protagonistas de primer orden dentro de las redes de producción globales interconectadas con innovaciones energéticas de vanguardia. Su preeminencia en dichas esferas trae consigo repercusiones manifiestas en la balanza económica y tecnológica a escala universal.

Los Estados Unidos y la Unión Europea también han agudizado sus empeños para acrecentar su competitividad en la economía energética emergente. Mediante esquemas de inversión, estímulos industriales y preceptos de innovación tecnológica, aspiran a aminorar dependencias externas y afianzar destrezas propias en campos considerados cruciales. Tales propósitos de actividad manifiestan el concepto de que la primacía en tecnologías relacionadas con la transición energética se erigirá como un elemento definitorio para la influencia económica y geopolítica a lo largo de las décadas subsiguientes.

Según Stern (2007), los países exportadores de hidrocarburos experimentan dificultades notables provenientes de esta mutación estructural. Numerosas economías tienen una confianza considerable en las ganancias que surgen de la producción y expedición de petróleo o gas natural. La eventual disminución en la demanda global de combustibles fósiles puede tener un impacto en sus recursos fiscales, saldos comerciales y las formas de desarrollo económico. En contrapartida, ciertas administraciones han empezado a aplicar tácticas de diversificación productiva con la meta de disminuir su adhesión a actividades ancladas exclusivamente en el sector energético tradicional.

La transición energética igualmente está cambiando la arquitectura de las cadenas globales de suministro. La creación de innovaciones sostenibles con el ambiente implica circuitos interconectados que incluyen la minería de materiales, la manufactura industrial, la producción innovadora y el intercambio mundial. El seguimiento de estas cadenas productivas ha surgido como una meta esencial para muchos países, dada su repercusión directa sobre la habilidad de competir económicamente y en la capacidad de formar parte de dominios de alto valor. La reorganización de estos esquemas de producción es indudablemente un elemento clave de la metamorfosis geoeconómica actual.

Otra faceta vital apunta a la construcción de nueva infraestructura para la energía. Expandir redes eléctricas inteligentes, el almacenaje de energía, centrales de hidrógeno verde, junto con tecnologías conectadas a fuentes renovables reclaman inversiones de envergadura considerable. Países que encabezan estos esfuerzos verán beneficios económicos y obtendrán ventajas estratégicas al influir en los estándares técnicos y modelos energéticos mundiales.

La innovación tecnológica posee un papel sumamente relevante en la transición energética. Los avances en almacenaje de energía, eficiencia energética, captura de carbono y la generación de hidrógeno amplían el horizonte para la transformación de los sistemas energéticos a nivel global. Las naciones que desarrollen capacidades científicas y tecnológicas notables estarán en buena posición en los mercados emergentes. De este modo, la investigación y el desarrollo se vuelven esenciales para las políticas energéticas de cada país.

La transición energética trae consigo una reconfiguración notable de las relaciones económicas internacionales. Actores nuevos, instrumentos y progresos tecnológicos ganan prominencia en el panorama del poder internacional, pero las esferas antes dominantes están experimentando transformaciones y adaptaciones necesarias. Esa inercia forja transformaciones en flujos de dinero, esquemas comerciales y pactos estratégicos, los cuales, subsecuentemente, moldean la redistribución del poder monetario globalmente (Zeraoui, 2008).

El camino que tome esta transformación definirá de manera significativa la estructura del escenario mundial a través de las próximas décadas. La capacidad de las naciones para adaptarse a escenarios energéticos mutables, forjar prerrogativas competitivas y integrarse dinámicamente en las emergencias de cadenas de valor tendrá un efecto directo en su jerarquía dentro de la arquitectura global. Así pues, la transformación energética tendrá que considerarse no únicamente como un acontecimiento técnico o ecológico, sino también como una mutación geoestratégica de gran envergadura que está reconfigurando los cimientos económicos y tácticos del poder mundial.

Figura 4.3 Transición energética global: Energías renovables y seguridad económica.



Elaborado: Autores

4.6 Cambio climático y riesgos económicos estratégicos

El calentamiento global se manifestó como una de las principales problemáticas para la economía internacional y la igualdad del sistema mundial en el siglo XXI. A diferencia de sucesos que solo importan a zonas particulares o ramas específicas, el cambio climático es algo que afecta a todo, golpeando a la producción, el comercio, las finanzas, la comida, las estructuras y la naturaleza. Por eso ahora solo se ve no solo como un asunto de ecología. Sino que es un tema estratégico muy amplio, económico y mundial.

Hablando con rigor, el calentamiento global implica transformaciones significativas y duraderas en las habituales pautas climáticas, debido a un incremento en la atmósfera de gases que aprisionan el calor. Una suba en la temperatura media, modificaciones en las precipitaciones, deshielo de las masas de hielo y de los casquetes polares y manifestaciones climáticas severas que suceden más a menudo figuran entre los indicios más palpables de esta metamorfosis. Las transformaciones esas traen aparejadas repercusiones que modifican la capacidad productiva y a su vez la estabilidad monetaria de las patrias.

El peligro económico más severo, ciertamente el mayor, ligado al cambio del clima es la caída en la eficiencia de aquellos rubros que dependen de las condiciones de la naturaleza.

La agricultura, la pesca, la silvicultura y un sinnúmero de actividades más que se nutren de recursos naturales están especialmente expuestas a desajustes climáticos. Sequías que duran muchas inundaciones que arrasan olas de calor que son insoportables y tempestades crueles son capaces de reducir las cosechas, subir los gastos de operación y afectar de forma muy seria la existencia de mercancías clave tanto para las finanzas de los países como para los comercios mundiales (Bolwig et al., 2010).

La seguridad alimentaria, si la miramos a escala mundial, se encuentra inescindiblemente ligada a la evolución del clima. Los sistemas agrícolas confían plenamente en condiciones ambientales que sean predeciblemente estables si queremos asegurar niveles de producción que se consideren aceptables. Las alteraciones del clima, en su efecto, pueden mermar la disponibilidad hídrica crucial para el riego, trastocar calendarios agrícolas ancestrales e incrementar la frecuencia de plagas y enfermedades que desbaratan los cultivos. Dichas situaciones, francamente, poseen la potencia de reducir drásticamente la oferta de alimentos, generar fluctuaciones violentas en los precios globales, y exacerbar la fragilidad de poblaciones enteras que subsisten gracias a importaciones agrícolas.

Las infraestructuras económicas también enfrentan riesgos crecientes que provienen del cambio climático. Caminos, puertos, aeródromos, sistemas de energía, factorías y tuberías de datos están expuestos a daños considerables por eventos climáticos duros. Arreglar y adecuar estas infraestructuras requieren gastos altos y añaden más peso a las partidas fiscales y de empresas. De modo similar, el cese de servicios vitales podría desestabilizar la marcha de procesos productivos y mercados internacionales.

Los mercados de dinero poco a poco están incluyendo las eventualidades climáticas en sus métodos de valoración y gestión. Inversionistas, bancos y organismos reguladores señalan que los embates del cambio climático afectan las ganancias de las propiedades, aumentan los riesgos de los créditos y cambian las predicciones económicas de varios sectores. Por esta razón, aparecieron métodos novedosos orientados a medir la repercusión monetaria frente a contingencias físicas y de transformación causadas por el cambio climático.

Las contingencias físicas describen los impactos directos de sucesos meteorológicos sobre gente, edificaciones y negocios. Estas desventuras incluyen inundaciones, incendios forestales, tormentas severas, sequías y otros acontecimientos que causan pérdidas significativas. A medida que su frecuencia y severidad se intensifican, sus gastos

relacionados con fianzas, reconstrucciones y esquemas de reubicación se disparan igualmente, impactando sin distinción al sector público y a las corporaciones.

Por otro lado, los riesgos de transición enlazan con las transformaciones económicas y regulatorias que brotan de la migración hacia modelos de producción más verdes. La implementación de políticas climáticas, normas medioambientales, gravámenes al carbono y tecnologías inéditas puede modificar sustancialmente el panorama financiero y la competitividad de diferentes sectores económicos. Empresas y países cuya actividad económica se asienta mucho en combustibles fósiles enfrentan obstáculos singulares en esta transformación productiva.

Adicionalmente, el cambio climático tiene serias consecuencias geopolíticas. Por ejemplo, la escasez de recursos, los daños a ecosistemas y los impactos económicos propician desacuerdos entre países, intensificando las luchas por bienes esenciales. No hay suficiente agua potable, la seguridad alimentaria está en juego y la gente que se mueve puede desestabilizar regiones y relaciones entre países. Esto quiere decir que el clima severo puede empeorar los problemas en zonas ya frágiles económicamente o políticamente.

Las migraciones por clima son una parte cada vez más importante de los peligros estratégicos del cambio climático; eso es claro. Cuando las condiciones ambientales empeoran mucho en diferentes lugares, grupos enteros de personas tienen que irse buscando un futuro mejor. Estas personas que se mueven son un gran desafío para las comunidades que las reciben, poniendo más presión sobre los servicios públicos, los trabajos y las ciudades. Las profundas ramificaciones de estas posibles mutaciones, sin duda, han vuelto el desplazamiento humano impulsado por el clima un epicentro de los debates globales (Estela et al., 2021).

Instituciones multinacionales intensificaron iniciativas para concertar tácticas frente a las dificultades económicas y ecológicas generadas por la alteración climática. Acuerdos globales, herramientas de financiación climática, además de planes de cooperación buscan fortalecer capacidades de adaptación e impulsar modelos de desarrollo en sintonía con la sustentabilidad ambiental. La cooperación mundial es fundamental porque las repercusiones del cambio climático sobrepasan fronteras y reclaman reacciones acordadas entre muchísimos actores.

La creatividad tecnológica desempeña un rol primordial para aminorar peligros climáticos. El progreso de fuentes energéticas renovables, esquemas de almacenamiento energético, agricultura durable, construcciones firmes y tecnologías para la captura de carbono proponen alternativas para mitigar efectos y consolidar la adaptación económica. Las naciones que logren avanzar en estas áreas podrán optimizar su competitividad y reducir vulnerabilidades asociadas a cambios ambientales a largo plazo.

Organizaciones enteras, desde hace un buen tiempo ya, están empezando a entretrejer elementos propios de la sustentabilidad y de la resistencia climática en sus planes de negocios. La evaluación de los riesgos que implica el ambiente, la disminución de las emisiones y el uso de métodos que impulsen la sustentabilidad son partes fundamentales en la gestión empresarial de hoy en día. Todo eso apunta a mantener la competitividad frente a un entorno normativo y económico que cambia constantemente. Esta tendencia demuestra cómo las variables climáticas se integran más y más en la planeación económica y financiera.

El desafío monumental para la actual gestión global radica en el cambio climático junto con los riesgos económicos aparejados. La influencia sobre la fabricación, los negocios, las finanzas y la paz política expone lo primordial de soluciones completas las cuales unan medio ambiente sano, crecimiento financiero y cooperación global. De los estados y sus organizaciones, las capacidades de anticipar, contener y adaptarse a estas amenazas serán claves para procurar la resistencia económica y el orden estable mundial a través de los próximos años.



EDITORIAL ANDES COGNITIO

CAPÍTULO V

TECNOLOGÍA, PODER DIGITAL Y ECONOMÍA EN RED



CAPÍTULO V

TECNOLOGÍA, PODER DIGITAL Y ECONOMÍA EN RED

5.1 Dimensión geopolítica de la inteligencia artificial

La inteligencia artificial (IA), entre las innovaciones más trascendentales de nuestro tiempo, está transformando producciones, información, negocios e incluso dinámicas de poder mundial. Su influencia sobrepasa lo meramente tecnológico y financiero, tomando una arista geopolítica que moldea rivalidades estatales, seguridades nacionales y la arquitectura global misma. Hoy día la aptitud para fabricar, gestionar e implementar IA se percibe como activo estratégico al mismo nivel de trascendencia que antes ostentaban recursos energéticos o potencia industrial en fases previas de la economía global.

La inteligencia artificial, esta colecta de sistemas de cómputo, hace cosas que antes solo eran de la mente humana, cosas como reconocer patrones, agarrar conocimiento, revisar datos, distinguir y entender el lenguaje. Mejoras en la capacidad de cómputo, el montón de datos que hay y la complejidad de los algoritmos empujaron el crecimiento rapidísimo de estas tecnologías en áreas como finanzas, salud, viajes, protección, ventas y bienestar. Por eso, la inteligencia artificial se está volviendo muy importante para ser competitivo en la economía y la tecnología a nivel mundial.

La dimensión geopolítica de la inteligencia artificial surgió de su capacidad de forjar ventajas estratégicas en una variada gama de esferas. Naciones a la vanguardia de estas tecnologías avanzadas podrían ver un aumento grande en su productividad, fortificar sus capacidades militares un montón, actualizar sus sistemas de inteligencia y hacer crecer su influencia económica. Con esto, la inteligencia artificial se ha visto como un recurso vital que, si se adquiere o controla, tiene el poder de mover las balanzas de poder en el orden mundial presente (Barac & Rodríguez, 2026).

La batalla tecnológica entre las economías importantes se intensificó, todo por la gran importancia que se le da a la inteligencia artificial. Estados Unidos y China se están posicionando como los contendientes clave en esta carrera tecnológica, metiendo mucho dinero en investigación, en la infraestructura digital y en el entrenamiento de gente experta. Estas dos superpotencias sostienen que ser la primera en inteligencia artificial

será crucial para tener éxito económico y de seguridad en los próximos años, creando así estrategias para mejorar sus capacidades internas en este campo.

Estados Unidos exhibe una posición sobresaliente por la fortaleza de su ecosistema de innovación, la formación de empresas tecnológicas punteras y la destreza de sus instituciones de enseñanza superior en generar descubrimientos pioneros. La conexión intrincada entre el sector empresarial, las universidades y los organismos gubernamentales impulsa el progreso de las inteligencias artificiales que sirven a fines comerciales y a misiones de seguridad y defensa. Esta unión de activos tecnológicos y financieros afianza su liderazgo en diversas esferas digitales.

China, por su parte, tiene diseñados programas oficiales con la mira puesta en liderar la inteligencia artificial. Se nota un incremento sustancial en los recursos financieros destinados a la investigación y mejora, propiciando el florecer de compañías tecnológicas sumamente activas y alentando la adopción masiva de soluciones basadas en IA. Dado el gran volumen de datos disponibles y el apoyo del gobierno a proyectos importantes, la capacidad del país para sobresalir en áreas clave de modernización digital y automatización se ha potenciado.

La inteligencia artificial también tiene un lado geopolítico vinculado a quien controla la información. Los sistemas de IA necesitan cantidades enormes de datos para entrenar sus modelos y optimizar su rendimiento. Así pues, la información ahora es crucial, algo parecido a los recursos esenciales de antaño. Aquellos países y empresas que tienen a su disposición ingentes depósitos de información tienen ventajas importantes para lograr innovaciones tecnológicas y afirmar su poder en la economía digital global.

En el ámbito militar, la inteligencia artificial provoca profundas consecuencias geopolíticas. La vigilancia, análisis, inteligencia, sistemas autónomos, defensa cibernética y auxilio en decisiones estratégicas están cambiando la competencia militar de los estados. La incorporación de tales técnicas pudiere transformar las doctrinas de seguridad, alterar los balances de poder y forjar formas renovadas de confrontación global basadas en supremacía tecnológica antes que en habilidades tradicionales.

La ciberseguridad, en verdad, se erige como otra faceta en la dimensión geopolítica inherente a la inteligencia artificial. La operación de economías, de infraestructuras críticas, de entidades gubernamentales y de sistemas digitales exhibe una relevancia creciente. La IA permite la mejora de capacidades para la detección y la respuesta frente

a las ciberamenazas; sin embargo, su aplicación también puede derivar en el desarrollo de ataques más intrincados. Esta dualidad transforma a la inteligencia artificial en un pilar insustituible de las estrategias de seguridad nacional digital.

De forma suplementaria, el influjo económico que emana de la primacía en inteligencia artificial conforma un gajo generador de poder a nivel internacional. Las naciones que ostentan el dominio sobre tecnologías punteras tienen la facultad de dictar pautas técnicas, de controlar las plataformas digitales y de insertarse en segmentos de elevado valor añadido. Estas prerrogativas amplifican su competitividad global, incrementando su facultad para moldear las normativas que rigen el quehacer de la economía digital. Por ende, la IA se ha metamorfoseado en un componente crucial de las políticas nacionales, direccionadas a potenciar el crecimiento económico y el liderazgo tecnológico.

La gestión global de la inteligencia artificial configura, ciertamente, uno de los retos más capitales del presente. El rápido desenvolvimiento de tales innovaciones desencadena interrogantes pertinentes a la ética, a la salvaguarda de la información personal, a la transparencia y a la determinación de responsabilidades en la implementación algorítmica. Gobiernos y empresas del mundo entero iniciaron pláticas sobre planes para un control que garantice que el avance de la inteligencia artificial se desarrolle de manera segura y acorde con los principios fundamentales de los derechos humanos y el futuro de la sociedad (Barac & Rodríguez, 2026).

Los desajustes entre los esquemas regulatorios mundiales surgen de visiones opuestas respecto al equilibrio ideal entre avance, protección y resguardo de libertades. Cada país aboga por enfoques distintos. Algunas potencias impulsan sistemas para acelerar el desarrollo tecnológico, a diferencia de otras que priorizan la instalación de protecciones más férreas sobre el manejo de data y algoritmos. Tales diferencias podrán dar forma a la arquitectura global de la gobernanza digital de mañana y afectar la repartición de ventajas competitivas en los intercambios globales.

La inteligencia artificial, a su vez, está también reformulando el contexto laboral y la estructura de las operaciones productivas. La automatización de procesos, una operación más eficiente y la creación de modelos de negocios inéditos están cambiando la organización de la producción en muchísimos sectores de la economía. Los estados que consigan adaptarse con destreza a estas transformaciones podrán aumentar su

productividad y mejorar su posición de liderazgo en el mercado global, mientras que quienes muestren falencias tecnológicas notorias podrán enfrentar serios desafíos.

El lado geopolítico de la inteligencia artificial demuestra cómo la tecnología transita a ser un pilar preponderante de potencia en la arquitectura internacional actual. La vanguardia en indagación, la innovación y la implementación de esquemas inteligentes impactan de lleno la solvencia económica, la salvaguardia nacional y la facultad de preponderancia planetaria de los estados. En un panorama marcado por el galopante viraje tecnológico y el auge de la inteligencia artificial, se erige como uno de los pilares esenciales que definirán el reparto de la hegemonía mundial en el porvenir próximo.

Figura 5.1 Cambio climático: Impacto ambiental y seguridad alimentaria global.



Elaborado: Autores

5.2 Seguridad digital, soberanía tecnológica y gestión de datos

La veloz digitalización de la economía global ha mutado por completo la manera en que países, compañías y las personas interactúan y crean valor económico. Ante tal escenario, la seguridad digital, la autonomía tecnológica y el manejo de los datos surgieron como pilares estratégicos similares a los que antaño sostuvieron la energía o el rubro financiero. Este peso creciente en herramientas digitales las ha hecho cruciales para la actividad económica y la defensa nacional.

La seguridad digital, de manera abarcadora, comprende varias estrategias, artefactos y métodos enfocados en salvaguardar sistemas de computación, datos e infraestructuras digitales contra accesos indeseados. En una economía globalmente conectada, las ofensivas cibernéticas y la posibilidad de causar estragos severos son asuntos de gran relevancia actualmente. Por esto, la protección de los activos digitales se ha vuelto algo fundamental para naciones, organismos internacionales y empresas privadas.

La expansión del internet y la capacidad de interactuar mundialmente a agrandado considerablemente el área de exposición a riesgos en línea. A estas alturas, fundamentos capitales tales como esquemas de moneda, brigadas de luz, asistencias sanitarias, telarañas de comunicación y el trasiego demandan apoyos técnicos elaborados para el éxito eficiente. Un quiebre del orden inducido por un ataque cibernético tiene la capacidad de afectar en paralelo amplias áreas monetarias, provocando descensos pecuniarios considerables y alterando la rutina habitual de trabajos creadores (Briceño, 2021).

Los ciberataques representan ahora una de las amenazas más significativas a la seguridad económica presente. Estas actividades pueden ser vistas de muchas formas diferentes, desde el robo de datos hasta el espionaje de las compañías, el caos en línea, el robo de información por ransomware y los ataques contra cosas importantes. Diferentes de la guerra de antes, las ciberamenazas pueden ser hechas de lejos, con poco costo y es muy difícil saber quién las hizo. Esta particularidad ha modificado considerablemente la naturaleza de los riesgos relacionados con la seguridad del país y la economía.

La relevancia creciente de los datos ha facilitado la aparición del concepto de soberanía tecnológica. Este concepto aborda la facultad de una nación para ejercer gobernanza y una administración independiente respecto a las tecnologías, las infraestructuras electrónicas y los activos informáticos intrínsecamente necesarios para su operativa. La soberanía tecnológica procura mitigar las excesivas dependencias foráneas y potenciar la habilidad doméstica de concebir resoluciones autóctonas en dominios cruciales, tales como el progreso, el enlace y la computación de la información.

La disyunción digital exhibe un obstáculo crecido a pasos de gigante afectando un volumen inmenso de naciones. Muchas de las redes informáticas usadas globalmente tienen sus raíces en productos y progresos ideados por solo unos pocos participantes mundiales. Esta concentración podría revelar fragilidades asociadas a interrupciones en el suministro, trabas comerciales, choques de política, o bien diferencias en reglamentos.

Como resultado, diversos gobiernos impulsaron acciones con la meta de fortalecer capacidades domésticas en campos considerados esenciales para la economía electrónica.

La acometividad tecnológica entre potencias mundiales ha magnificado el foco en la soberanía digital. Washington, Pekín y el conglomerado europeo tienen fijadas directrices con el fin de fortificar sus capacidades tecnológicas y amortiguar amenazas estratégicas. Estas medidas cubren inyecciones en investigación, estímulo a industrias locales, protección de infraestructuras críticas y la creación de regulaciones pensadas para garantizar un dominio más estricto sobre activos digitales esenciales para el éxito y la seguridad.

Los datos encarnan uno de los activos más valiosos de la economía actual. Empresas, países y organizaciones generan a diario ingentes volúmenes de información conectada a flujos económicos, patrones de compra, técnicas de manufactura y comportamientos sociales. La habilidad para recoger, preservar, tratar y analizar esta información se ha convertido en un fundamento de ventaja competitiva y liderazgo estratégico. Por consiguiente, la gestión de la información se sitúa en el corazón de los proyectos de avance digital de muchas naciones (Piñeiro, 2024).

El esquema de la economía digital descansa sobremanera en la utilización de información para generar valor. Plataformas de tecnología, sistemas de IA y servicios electrónicos utilizan datos para mejorar procesos, adaptar ofertas y crear negocios renovados. Este desarrollo produjo la expansión de compañías tecnológicas mundiales y alteró profundamente la composición de varios mercados. La recolección de datos, así pues, pasó a ser un componente vital para la inventiva y la rivalidad en los negocios.

Salvaguardar la confidencialidad figura entre los retos más cruciales vinculados a la gestión de datos. La incrementada recolección y el procesamiento de datos personales generan preocupaciones referentes a los derechos individuales, la vigilancia y el uso indebido de información sensible. Como respuesta a tales inquietudes, varias naciones han instituido regulaciones diseñadas para mejorar la protección de los datos individuales y garantizar un nivel mayor de transparencia en las operaciones de gestión de datos.

La gestión de datos es un pilar para la soberanía digital. Este concepto engloba las directrices institucionales, la organización y los procedimientos que gobiernan la adquisición, almacenamiento, distribución y utilización de datos electrónicos. Una gestión triunfante propicia un balance entre los objetivos de progreso, rivalidad, seguridad

y la protección de los derechos. Además, fomenta el desarrollo de entornos digitales seguros que impulsan el progreso económico y la cooperación internacional.

La inteligencia artificial, esa maravilla tecnológica que todo lo invade, hizo que la data cobrara aún más peso estratégico. De hecho, los algoritmos de machine learning, que son el corazón de estas inteligencias artificiales, necesitan de datos en volúmenes masivos, como un hambre insaciable, para así poder ajustar su precisión y su habilidad para anticipar futuros eventos. Por consiguiente, aquellos países y organizaciones con la habilidad de obtener enormes volúmenes de data consiguen ventajas significativas en el desarrollo de tecnología punta. Esta circunstancia tangible ha reforzado la idea del dato como un valor inmensurable, parejo a las materias primas esenciales que impulsaron la riqueza de las economías industriales.

Las infraestructuras digitales resultan vitales para los procesos de administración de datos y autodeterminación tecnológica. La economía digital, esa intrincada urdimbre de centros de datos, redes de telecomunicaciones, el almacenamiento en la nube y las plataformas de procesamiento, todo eso representa pilares fundamentales. Su ubicación geográfica y quien ostenta la titularidad y el dominio sobre tales infraestructuras tienen un eco inmediato en la seguridad nacional, la vitalidad económica y la destreza tecnológica de las naciones: unas implicaciones directas.

La colaboración internacional deviene fundamental para abordar las adversidades vinculadas con la ciberseguridad y la administración tecnológica. Los peligros cibernéticos trascienden las fronteras de las naciones, exigiendo sistemas de sincronización para compartir datos, acordar directrices uniformes y acrecentar las habilidades conjuntas de reacción. Con todas las divergencias en intereses particulares, modelos normativos y prioridades tácticas obstaculizan la creación de acuerdos universales sobre asuntos digitales.

Según Briceño (2021), la ciberseguridad, la autodeterminación tecnológica y la administración de datos se han consolidado como bases esenciales del poder económico y político en esta era digital. La habilidad para proteger infraestructuras críticas, desarrollar tecnologías propias y administrar datos de forma eficiente incide decisivamente en la rivalidad, la tranquilidad y la autonomía nacional. Dentro de un marco que marca la digitalización acelerada y la contienda tecnológica global, estos

elementos tendrán una relevancia gradualmente mayor en la configuración de las relaciones internacionales y la economía mundial en las próximas décadas.

5.3 Liderazgo tecnológico y competencia por estándares globales

El liderazgo tecnológico representa una fuerza predominante en la economía mundial de hoy. A diferencia de eras pasadas, cuando el poder estatal se cimentaba en recursos naturales, industria o fuerza militar, hoy día la primacía tecnológica es crucial para la rivalidad económica, la producción y el alcance global. Avances científico-tecnológicos, ellos brindan ventajas estratégicas, pues dan la posibilidad a las naciones de afianzar su estatus dentro de mercados globales. También estas posibilitan colaborar en la formulación de normativas rigiendo la economía digital.

El invento tecnológico jugará un papel principal en el crecimiento de la economía. Porque puede incrementar la eficacia productiva muy fácilmente y también disminuir los gastos y crear espacios nuevos de comercio. Países con redes de innovación fuertes tienden a tener más competitividad. Están más preparados para atraer dinero, hacer trabajos con calificación y aumentar su alcance mundial. Consecuentemente, la indagación científica y el progreso tecnológico emergen como focos estratégicos para incontables economías.

El liderazgo tecnológico no se basa únicamente en crear lo nuevo, sino igualmente en la habilidad de establecer reglas para dirigir cómo las tecnologías, las arquitecturas y los planes funcionan globalmente. Estos estándares tecnológicos se componen de detalles técnicos, guías y órdenes, promoviendo confianza en que las cosas funcionen juntas y en que las cosas vendidas u ofrecidas se puedan usar bien. Aunque parezcan temas técnicos nada más, tienen impactos muy grandes en la economía y la política del mundo por su poder sobre los mercados de países y cómo se hacen las cosas por todo el planeta (Díaz-Sarmiento y Silva-Guerra, 2023).

La contienda por estándares mundiales se volvió medular en dominios como telecomunicaciones, la inteligencia artificial, el internet de las cosas, la computación en la nube, la ciberseguridad y tecnologías digitales nacientes. Empresas y países inmersos activamente en la determinación de estas reglas consiguen beneficios importantes influyendo directamente en el trayecto del avance tecnológico promoviendo la aceptación de soluciones que se amoldan a sus visiones económicas e industriales. La capacidad de ejercer esta influencia es una fuerza de gran peso en la economía actual.

Anteriormente, las economías industrializadas con mayor fortaleza dictaban el rumbo de la estandarización internacional. Durante décadas, Estados Unidos, Europa y Japón, con su solidez industrial y su gran inventiva, encabezaron numerosas iniciativas de normalización tecnológica. Sin embargo, el surgimiento de economías enfocadas en nuevas tecnologías ha modificado gradualmente esta situación, desencadenando una pugna más intensa por la supremacía en dominios esenciales para la economía digital del futuro.

China se presenta hoy como una fuerza ineludible dentro del tablero global de contienda tecnológica. Inversiones masivas en la gestación de nuevas ideas, fortalecimiento de sus manufacturas internas y la expansión sin fronteras de sus empresas digitales han cimentado su protagonismo en comités de definición global. Su objetivo, mucho más que generar maravillas tecnológicas, reside en ser artífice de las reglas que gobernarán lo nuevo en inteligencia artificial, comunicaciones avanzadas y la transformación digital profunda.

El 5G es un ejemplo de riña sobre cómo definir normas mundiales. Se ve a esta red como algo crucial para cosas como fábricas automáticas, ciudades listas y coches que se manejan solos, y toda la gama de objetos interconectados. Dada su enorme importancia, muchos países han intentado posicionarse bien en la creación de los reglamentos y en dar el equipo que se necesita para que funcione en todo el mundo. La pelea por ser el mejor en esto muestra claramente cómo lo nuevo en tecnología tiene que ver con la política.

De acuerdo con Schulz y Hartwig (2024), la IA es otra zona donde definir los estándares se ha puesto muy, muy importante. Al entrar estas novedades en las áreas de negocios, gobierno y defensa, surge la necesidad urgente de crear reglas sobre qué tan claras deben ser las cosas, la seguridad, cómo ser ético y proteger los datos de las personas. Los países que participan activamente en crear estas normas tendrán mucha más facilidad para influir en lo que pase después en la economía digital y para defender sus metas más importantes en un mundo tecnológico que no deja de cambiar.

Las tecnologías exhiben también repercusiones económicas. Cuando una tecnología en concreto consigue ser un patrón mundial, quienes la inician o controlan gozan de amplios provechos mercadotécnicos, mejoramientos de escala y rendimientos de autoría. Así, la lucha para codificar estos patrones resulta no solo técnica, sino que lleva consigo una carga económica vinculada a la hegemonía productiva y la posición relativa.

La propiedad intelectual resulta, sin duda alguna, un elemento vital para el liderazgo tecnológico. El amparo de la inventiva mediante patentes, derechos de autor y herramientas afines permite a entidades y países capitalizar los réditos económicos emanados de la originalidad. Quienes demuestran una aptitud superior para crear y proteger avances tecnológicos frecuentemente alcanzan posiciones de mayor preeminencia en la arena económica mundial. Así pues, la administración perspicaz de la propiedad intelectual se ha transformado en una estrategia crucial para potenciar la rivalidad y el peso económico.

Las entidades de estudio, laboratorios de investigación y ecosistemas de progreso desempeñan un papel capital en la edificación del liderazgo tecnológico. La generación de conocimiento científico, la formación de expertos cualificados y el traspaso de tecnología a sectores productivos contribuyen significativamente al impulso de las capacidades de innovar a escala nacional. Aquellos países que invierten sostenidamente en la instrucción superior y en el escudriñamiento se encuentran, por lo general, en una situación más favorable para competir en esferas tecnológicas avanzadas y para influir en la definición de preceptos globales.

La cooperación global moldea la evolución de los estándares tecnológicos de manera notable. Empresas globales y agrupaciones de industrias impulsan activamente esfuerzos de uniformidad, buscando maximizar la compatibilidad y la interoperabilidad entre sistemas diseñados en diferentes partes del mundo. Sin embargo, divergencias en objetivos financieros y rumbos corporativos con frecuencia causan tropiezos durante los diálogos sobre la aprobación de normativas o lineamientos técnicos específicos.

La pugna por normativas internacionales apunta a una mutación sustancial en el carácter del ascendiente a nivel mundial. Donde antes la preeminencia residía primordialmente en haberes físicos o aptitudes castrenses, hoy por hoy el saber, la originalidad y la facultad de establecer preceptos tecnológicos acarrear un peso de creciente significancia. Dichos estándares han devenido en herramientas por las cuales los intervinientes pueden expandir su preponderancia más allá de sus linderos y afirmar sitios de vanguardia dentro de la esfera digital global (Díaz-Sarmiento y Silva-Guerra, 2023).

La preeminencia tecnológica y el litigio por estándares globales conforman pilares cruciales de la geoeconomía actual. El potencial para inventar, forjar artefactos vanguardistas y colaborar en la delineación de convenciones globales incide de manera

directa en la rivalidad económica, la independencia estratégica y el sitio que ocupan los colectivos en el entramado mundial. En un cuadro marcado por vertiginosos cambios digitales, estas variables seguirán siendo determinantes en la estructuración del influjo a escala global durante los años venideros.

Figura 5.2 El agua como recurso estratégico: Escasez y tensiones internacionales.



Elaborado: Autores

5.4 Criptoactivos, innovación financiera y monedas digitales estatales

La metamorfosis digital de los esquemas financieros se manifiesta como uno de los eventos más sobresalientes de la coyuntura económica del momento. La progresión de tecnologías informáticas innovadoras, interfaces digitales y arquitecturas distribuidas ha precipitado mutaciones significativas en la forma en que se llevan a cabo los desembolsos, giros, inversiones y operaciones monetarias en la esfera mundial. Entre este torbellino de cambios, los criptoactivos, las novedosas monedas y las divisas digitales impulsadas por bancos centrales han ganado una importancia notable; esto es por su habilidad de transformar el devenir de los mercados económicos globales y remodelar algunas facetas de la autonomía monetaria.

Los criptoactivos se consideran manifestaciones digitales de valor que emplean métodos criptográficos para asegurar las transacciones y la gestión en la producción de nuevas

unidades. Su funcionamiento primario, con frecuencia, se sustenta en sistemas de registro compartido; estos son conocidos como blockchain, permitiendo el guardado de datos de forma distribuida y que se puede verificar. Diferenciándose de las monedas tradicionales emitidas por autoridades monetarias, una multitud de criptoactivos opera fuera de una entidad central que supervise directamente su emisión o administración (Barón, 2025).

La aparición de Bitcoin en el año 2009 representó la partida de una etapa nunca vista en el avance de las finanzas digitales. Tal activo se diseñó como un sistema de pago electrónico descentralizado, facilitando la realización de transacciones entre individuos sin necesidad de intermediarios monetarios establecidos. Su creación desató un debate amplio acerca del futuro monetario, el papel de las instituciones monetarias principales y las alternativas para crear modelos monetarios alternativos basados en técnicas electrónicas. Después de ese momento, el ámbito de los criptoactivos ha experimentado un crecimiento enorme tanto en variedad de proyectos como en volumen de actividades.

Las razones detrás del auge de los criptoactivos son variadas. En primer lugar, se destaca la captación de diferentes flujos de inversión. La agilidad en las remesas internacionales, acompañada por una merma en los costes, también juega un papel importante. No podemos obviar el interés por enfoques novedosos que favorecen una desregulación incrementada. De igual forma, la emergencia de plataformas digitales y el avance de la conexión global han allanado el acceso de innumerables participantes a los mercados de activos digitales. Como consecuencia de ello, los criptoactivos se presentan como una nueva categoría patrimonial dentro del tejido económico global.

Sin embargo, la inestabilidad sobresale como una característica inherente a la mayoría de los criptoactivos. Cambios notables en sus precios generan dudas sobre la practicidad de estas como monedas tradicionales, si es para comerciar cosas o fijar costos e incluso proteger bien el dinero. Por eso, la inestabilidad ha traído discusiones sobre los peligros de meter dinero en cosas digitales y también ha hecho que quienes dictan reglas preparen guías para cuidar a los que están en estos lados.

La estructura tecnológica subyacente en los activos digitales, blockchain, presenta aplicaciones que trascienden el dominio financiero. Su capacidad para registrar transacciones de manera fiable, transparente y sin una entidad centralizada ha atraído interés en áreas como la logística, la cadena de suministro global, la administración de documentos, los contratos inteligentes y los servicios públicos. Estas utilizaciones

demuestran el potencial de los avances tecnológicos para transformar procesos tanto económicos como de gestión al margen del sistema monetario convencional.

De acuerdo con Barón (2025), la metamorfosis digital de la economía ha generado modalidades inéditas para enlazar intermediarios y ofrecer servicios financieros. Mediante sistemas de pagos electrónicos, programas de inversión algorítmica, portales de financiamiento colectivo y variadas propuestas fintech, se expandió la disponibilidad de prestaciones económicas, agudizando la rivalidad en el ámbito financiero. Estos progresos incrementan considerablemente la productividad de los mercados; sin embargo, al mismo tiempo, plantean disyuntivas normativas relativas a la solidez financiera, la salvaguarda de los usuarios y la fiscalización de las entidades.

Una metamorfosis notable, ocurrida recientemente, fue el interés creciente exhibido por las entidades monetarias gubernamentales hacia las divisas digitales respaldadas por el Estado, identificadas internacionalmente como CBDC. Estas encarnan las representaciones digitales de las divisas soberanas, emitidas y certificadas directamente por los poderes monetarios pertinentes. Contrariamente a los activos criptográficos que operan de manera distribuida, las CBDC conservan la garantía estatal y se erigen como un componente vital del entramado monetario oficial de cada país.

Las monedas digitales soberanas tienen el objetivo de satisfacer diversas necesidades económicas y estratégicas. La modernización de los sistemas de pago figura entre estos beneficios, y también la aminoración de los costos de transacción. Un punto adicional es la ampliación de la inclusión financiera. Además, esto propicia el fortalecimiento de la eficiencia operativa de los mercados monetarios. A su vez, les permite a las autoridades monetarias acoplarse a las transformaciones tecnológicas. Estas cambian las costumbres de pago y las expectativas de los usuarios en la economía digital.

El peso geopolítico de las monedas digitales emitidas por estados ha incrementado muchísimo. Los gobiernos calculan que estas herramientas pudieran afectar la competencia de sus finanzas globales y fortalecer su ubicación en la economía digital global. Además, el nacimiento de monedas digitales estatales ayuda a reducir dependencias tecnológicas extranjeras y mejorar el control de infraestructuras esenciales para transacciones y giros internacionales.

China está entre los países que primero crearon una moneda digital de banco central. El yuan digital se integra en un plan más amplio para modernizar las finanzas, impulsar el

progreso tecnológico y afianzar las aptitudes propias en el ámbito digital. La iniciativa a captado interés mundial por sus probables efectos en el desarrollo de sistemas monetarios y la economía financiera internacional.

La aparición de monedas digitales nacionales también ha generado debates sobre el dominio monetario mundial. A lo largo de mucho tiempo, algunas monedas han ostentado una ubicación primordial en los negocios y finanzas globales. La digitalización del dinero tal vez, de hecho, modifique poco a poco algunas partes de esa estructura. Esto es sobre todo si las nuevas tecnologías facilitan transacciones de frontera a frontera mejoradas y aminoran las barreras para entrar a las redes económicas globales.

Desde la óptica regulatoria, los escollos intrínsecos a los criptoactivos y divisas digitales emergen como considerables. Los países lidian con el desafío de balancear el impulso a la innovación económica y la protección de la estabilidad financiera. Tareas concernientes a la evitación de actividades ilícitas, protección de información, ciberseguridad, supervisión monetaria y amparo al consumidor reclaman marcos legales flexibles ante un entorno tecnológico en constante evolución.

El vínculo entre progreso financiero y competencia tecnológica ha crecido exponencialmente últimamente. Aquellos países que consigan crear ambientes digitales punteros podrían experimentar mayores niveles de eficiencia, creatividad y rivalidad en los mercados internacionales. En consecuencia, la digitalización de las finanzas ha devenido en un componente esencial de las estrategias nacionales para estimular el crecimiento económico y la presencia global (Schulz & Hartwig, 2024).

Los criptoactivos, los desarrollos financieros digitales y las divisas digitales soberanas representan una modificación profunda en el curso de los sistemas de pagos y las finanzas internacionales. Su progreso está transformando la manera en que se llevan a cabo las operaciones, el manejo de los bienes y la configuración de la intermediación bancaria. No solo por las consecuencias tecnológicas, sino por una notoria dimensión económica y geopolítica, estos adelantos darán más peso a la definición del control económico mundial y además impactarán en el devenir de la economía virtual en las décadas futuras.

5.5 Plataformas digitales como instrumentos de poder económico

Las plataformas digitales son los cimientos vitales de la economía del mundo de hoy, y su asombrosa capacidad para conectar a personas, empresas, gobiernos y mercados

globales a través de redes tecnológicas extensas es la causa. Estas estructuras no solo facilitan el movimiento de bienes, servicios e información, sino que también procesan enormes cantidades de datos, dinero y destreza técnica. Esto resulta en una influencia económica y política sin precedentes, convirtiéndolas en piezas centrales del orden global y potentes instrumentos de poder financiero.

Un diseño tecnológico, a eso le llamamos plataforma digital. Sirve para conectar a gente de distintos tipos en internet. Hay muchas clases, mira como las de vender cosas, las del dinero, las que siguen el camino de las cosas, las de divertirse, las de anuncios, las redes esas que usas y las que miran datos. Suelen hacer que la gente colabore, con transacciones y sacando provecho de lo que la gente comparte.

Un aspecto crucial del crecimiento de las plataformas digitales es lo que solemos llamar el efecto de red. Este fenómeno se presenta cuando la valorización de una plataforma crece al unísono con la ampliación del conjunto de individuos que participan en su uso. Una cifra más grande de consumidores, organizaciones y agrupaciones que hacen uso de una plataforma concreta: la más elevada es la recompensa para cada uno de quienes están inmersos. Esta dinámica empuja la concentración de negocios y simplifica la fortificación de emprendimientos con una esfera de influencia global más que notable (Camacho et al., 2023).

Plataformas digitales provocaron una transformación enorme en los modelos de producción y comercialización convencionales. Empresas de comercio electrónico autorizan el acceso a mercados globales sin requerir mucha infraestructura física mientras que plataformas de servicios simplifican la comunicación directa entre quienes ofrecen y quienes compran. Esa aptitud para reestructurar actividades económicas aumentó la eficiencia en muchísimos sectores, si bien además originó retos inéditos relativos a la competencia, normativa y repartición de ganancias económicas.

La concentración de datos representa uno de los pilares que otorgan poder económico a las plataformas digitales. Cada acto de los usuarios genera datos utilizables para perfeccionar servicios, optimizar métodos y crear artículos novedosos. La disponibilidad de inmensas cantidades de datos permite a estas compañías entender conductas, prever tendencias mercantiles y robustecer sus prerrogativas competitivas. Por lo tanto, los datos devinieron un recurso clave estratégico en la economía digital.

La habilidad de procesar y evaluar información también ha reforzado el dominio de las plataformas sobre los mercados. Gracias a algoritmos complejos y la inteligencia artificial, las compañías están ganando la habilidad de personalizar sus recursos, perfeccionar sus estrategias de mercado y aumentar el rendimiento en sus operaciones. Esta libertad sobre el flujo de información y las acciones financieras permitirá un rol cada vez más prominente en el movimiento de capital y la conformación de patrones de adquisición global.

El vasto poder económico de las plataformas digitales rebasa las barreras geográficas trazadas. Estas corporaciones operan, de hecho, en un sinfín de países simultáneamente, orquestando intrincadas telarañas de usuarios, vendedores y socios comerciales. Su operativa internacional de gran alcance les concede el poder de reconfigurar mercados, las cadenas de suministro, y las tendencias de innovación a lo ancho y largo de distintas regiones. Sorprendentemente, su poderío financiero en ocasiones alcanza o supera el Producto Interno Bruto de algunas naciones soberanas, evidenciando la enorme riqueza que amasan.

La importancia geopolítica de estas plataformas digitales aumentó de manera considerable en tiempos recientes. Los mandatarios del gobierno conciben la trascendencia gigante de la infraestructura digital, los mecanismos de gestión de información y los artefactos tecnológicos para el crecimiento económico y la seguridad nacional. De esta manera, el trabajo conjunto entre los entes estatales y las corporaciones tecnológicas se erige como un fundamento crítico de las tácticas nacionales enrumadas a impulsar el progreso económico y la soberanía tecnológica (Barac & Rodríguez, 2026).

Estados Unidos ha ostentado un rol principal creando plataformas digitales de alcance mundial, gracias a la robustez de su entorno propicio a la innovación, la accesibilidad a fondos y su liderazgo técnico. Gran cantidad de las corporaciones más significativas del ámbito digital emergieron en este contexto, lo cual solidificó una notoria habilidad de injerencia en mercados mundiales. Tal preeminencia ha colaborado con robustecer la preeminencia pecuniaria del país dentro de la economía digital planetaria.

China ha desarrollado un modelo distinto al potenciar la expansión de empresas tecnológicas autóctonas, las cuales ostentan una notoria impronta en su mercado interno y una creciente influencia externa. Estas compañías se dedican de forma activa a sectores como el comercio electrónico, las finanzas digitales y las telecomunicaciones. Su

creciente importancia subraya el valor que la nación otorga a la economía digital como catalizador para expandir su destreza competitiva y ampliar su presencia internacional.

La regulación de empresas de plataformas digitales se ha vuelto uno de los objetivos gubernamentales primordiales. La magnitud considerable y el accionar mundial de estos entes plantean obstáculos relativos a la competencia comercial, la salvaguardia de datos, la privacidad, el cobro de impuestos y la certeza. Varias naciones empezaron a implementar un marco regulatorio con la meta de equilibrar los beneficios que aporta la evolución digital contra la necesidad apremiante de proteger el bien común y asegurar un ambiente justo.

Un aspecto de suma importancia, además, considera la capacidad de las plataformas de influir en las cadenas de valor en el ámbito global. Mediante la orquestación de actividades, la gestión de la cadena de suministro y las redes digitales, estas entidades juegan un papel central en la organización de la actividad económica a escala mundial. El poder de quien provee a quienes distribuyen y también a los compradores finales permite su intervención importante en el diseño de los mercados y en el reparto de oportunidades económicas en distritos de ramos industriales.

Según Camacho et al. (2023), las plataformas digitales, además, influyeron en la metamorfosis de los mercados de empleo. Proliferaciones de esquemas basados en encargos específicos, servicios instantáneos, la economía compartida han desatado nuevas avenidas laborales y de réditos. No obstante, estas mutaciones generaron un discurso sobre garantías de trabajadores, circunstancias laborales, perdurabilidad de configuraciones de empleo recientes en el entramado digital.

La innovación incesante es un pilar clave de las plataformas digitales. La inclusión de la inteligencia artificial, la nube computacional, la exploración profunda de datos y las técnicas de vanguardia autorizan a las corporaciones a ampliar su alcance y forjar ofertas innovadoras. Esta marcha renueva su ventaja competitiva y ancla su rol primordial en el panorama económico actual a nivel planetario.

Las plataformas digitales devinieron herramientas de fuerza económica por su habilidad para dictar el movimiento de información, armonizar acciones económicas, crear beneficios derivados de datos, vastas redes de usuarios internacionales. Su trascendencia rebasa la esfera corporativa; conlleva consecuencias notables para la competitividad nacional, la dirección de la economía y los vínculos entre naciones. En un panorama

económico cada vez más digitalizado, las plataformas de las que hablamos desempeñarán sin duda una función decisiva. Su influencia se notará al dar forma a los procesos económicos y geopolíticos. Ellas definirán en última instancia el porvenir del sistema internacional.

Figura 5.3 Geopolítica marítima: Rutas comerciales estratégicas y recursos oceánicos.



Elaborado: Autores

5.6 Conflictos híbridos, desinformación y control informativo

Las discrepancias entre países han experimentado modificaciones importantes a lo largo de las eras recientes por culpa de la interconexión global, la metamorfosis digital y el avance de las herramientas de información y comunicación. Actualmente, las rencillas entre estados y demás involucrados internacionales no solo pertenecen al dominio marcial, sino que añaden facetas comerciales, tecnológicas, informativas y de ciberseguridad. Ante este escenario, las contiendas híbridas, las agresiones de desinformación y las estrategias de acaparamiento de información se han transformado en artículos cruciales para la competición geopolítica y la muestra de potencia.

El concepto de contienda híbrida se refiere a la utilización coordinada de diversos métodos de persuasión y coacción para lograr fines estratégicos sin verse obligado a desatar enfrentamientos bélicos convencionales. Estas formas son capaces de englobar maniobras de ciberespacio, arremetidas de propaganda, sanciones monetarias, manejos

diplomáticos, influencia en los medios de comunicación y respaldo secreto a grupos que no son del gobierno. La mezcla de estas maquinarias permite ejercer influencia sobre adversarios disminuyendo los costos y los riesgos relacionados con las guerras habituales (Aguado Terrón et al., 2024).

La progresión tecnológica ha ensanchado de forma espectacular las opciones para diseñar estrategias combinadas. La interconexión total a internet global, los foros de relacionamiento digital y los espacios virtuales impulsan la difusión vertiginosa de información a escala universal. Por lo tanto, el ámbito de las noticias se ha tornado en un escenario de confrontación estratégica donde naciones, organizaciones y distintos actores luchan por influir en pareceres, conductas y decisiones estatales. La información hoy ostenta una importancia estratégica comparable a la de otros recursos usados en periodos anteriores en las relaciones globales.

La desinformación, eso que parece ser un componente esencial en cómo se arman hoy las guerras híbridas. Cuando hablamos de esto, nos referimos a que alguien anda regando a propósito información falsa o trucada para que la gente piense de cierta forma, o para hacer que la gente dude de los políticos y de sus comunidades. No es como que alguien se equivoque sin querer, no, señor, esto está más bien pensado, con objetivos claros para sacar provecho en política, dinero o a nivel mundial.

Lo de las redes sociales ha cambiado cómo se mueve la información entre nosotros, totalmente. Esas aplicaciones en internet hacen que las cosas que se comparten lleguen a todo el mundo en un abrir y cerrar de ojos. Si bien estas cosas han ayudado a que todos tengamos más información y estemos más conectados, también han abierto la puerta a que se esparzan mentiras, a que haya gente planeando manipular y a que se inventen cosas para influir en lo que pasa en política y en las comunidades.

La velocidad con la que circula la información en entornos digitales dificulta la verificación inmediata de los contenidos difundidos. Esto hace que sea más fácil que las cosas falsas se difundan y puedan hacer que la gente se forme una idea equivocada antes de que se pueda decir que es mentira o aclarar las cosas. Por ello, el manejo de noticias se ha convertido en algo fundamental para proteger el estado y la fortaleza de las dependencias gubernamentales en muchas naciones.

Las confrontaciones híbridas suelen aprovecharse de las grietas ya existentes en las poblaciones objetivo. Factores tales como la disensión política, las brechas sociales, o

bien la escasa fe en las organizaciones o las diferencias de carácter cultural acentúan las divisiones internas y amplifican la repercusión de las operaciones de influencia. Las técnicas de difusión de mensajes buscan no solo propagar narrativas específicas sino también valerse de tensiones sociales preexistentes para lograr fines políticos o económicos particulares.

El manejo de la información es también un ámbito importantísimo en este tiempo de competencia entre potencias. Los estados se esfuerzan por proteger sus dominios informativos de intromisiones externas y garantizar que la comunicación interna no debilite los objetivos relativos a la seguridad del país o a su estabilidad política. Tal anhelo ha impulsado la aplicación de políticas diseñadas para regular la información en línea, supervisar los entornos tecnológicos y fortalecer las capacidades propias en materia de comunicación estratégica (Aguado Terrón et al., 2024).

La protección en el ciberespacio juega un papel vital en los conflictos de tipo híbrido. Las embestidas contra ordenadores, infraestructuras vitales y redes de comunicación afectan gravemente el andar de gobiernos y comunidades. De igual modo, actividades en el ciberespacio se fusionan con engaños de desinformación para amplificar sus efectos, provocando mayor inquietud social. Esa unión de reinos digitales y de saber define casi todas las luchas modernas entre países.

Las elecciones y los medios de representación, con frecuencia, son atacados por operaciones de desinformación. Alterar información, crear perfiles falsos y usar robots para amplificar mensajes: esos son solo algunos ejemplos de tácticas empleadas para influir en debates públicos y resultados electorales. Tales tácticas preocupan a muchos países por el daño que causan a la legitimidad de la democracia y a la confianza en el gobierno.

Las redes sociales aún son importantísimas para la comunicación global. Sin embargo, el mundo digital las ha transformado mucho y trae nuevos retos con fuentes de información emergentes. Este cambio plantea desafíos relacionados con verificar la verdad de lo que se dice, el sostenimiento económico del periodismo y el cuidado de los estándares de calidad informativa. Que los medios se adapten a esta situación es crucial para hacer frente mejor a la desinformación.

La inteligencia artificial introduce complicaciones aún más complejas en el mundo de la información. Tecnologías que tienen la capacidad de generar textos, imágenes, audios y

videos con una verosimilitud extrema amplían las fronteras de la manipulación, complicando así la identificación de materiales falsos. Los tan llamados deepfakes ilustran bien cómo los avances tecnológicos se usan para urdir contenidos falaces, pudiendo impactar en ámbitos políticos, económicos o sociales. Esta ascensión tecnológica impone entonces la urgencia de desarrollar herramientas más sofisticadas para la detección y el combate de amenazas informativas.

Las organizaciones internacionales han comenzado a prestar mayor atención a los riesgos que la desinformación y los conflictos híbridos conllevan. Distintos organismos ahora promueven iniciativas orientadas a fortalecer esa alfabetización digital, mejorar la cooperación internacional y desarrollar mecanismos para proteger infraestructuras informativas críticas. La naturaleza transnacional de estas amenazas hace necesaria una coordinación que trascienda fronteras nacionales y facilite respuestas colectivas frente a desafíos que todos compartimos.

Las empresas tecnológicas, por su parte, desempeñan un papel relevante en la gestión de riesgos informativos. Las plataformas digitales poseen una capacidad sustancial en cuanto a influir la visibilidad y la divulgación de contenidos. Por ello mismo, se encuentran ante presiones cada vez mayores para establecer sistemas que frenen la diseminación de información errónea, que vuelvan más transparentes sus algoritmos, y que refuercen la defensa ante campañas orquestadas de manipulación. La relación entre regulación pública y responsabilidad corporativa es uno de los principales debates de la gobernanza digital contemporánea.

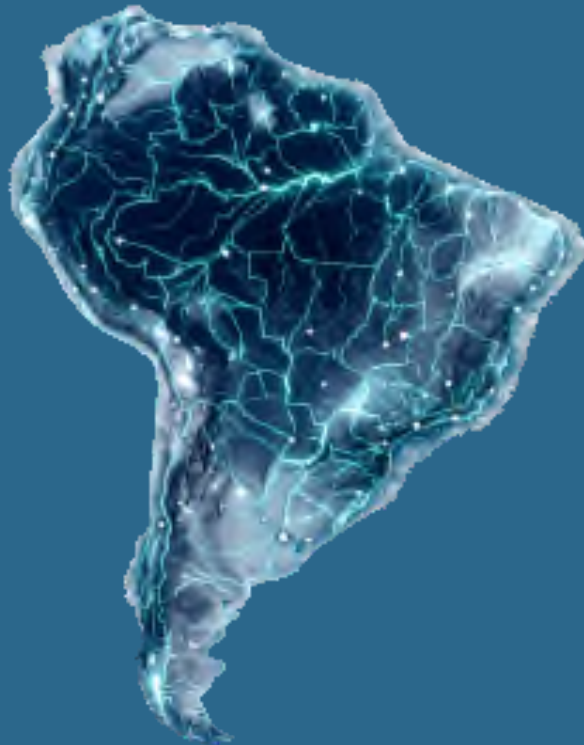
Los conflictos híbridos, la desinformación y el control informativo reflejan la transformación de las formas de competencia dentro del sistema internacional. En estos tiempos de economía global tan conectada y dependiente de informaciones digitales, la facultad de alterar creencias, historias y la manera de comunicación se ha tornado primordial. Consecuentemente, la manera en que enfrentamos estos desafíos resultará algo vital para la estabilidad gubernamental, la protección financiera y el modo de regir el mundo, posicionando el control de la información en una arena clave de disputa entre naciones en este siglo XXI.



EDITORIAL ANDES COGNITIO

CAPÍTULO VI

AMÉRICA LATINA FRENTE AL NUEVO ESCENARIO GEOECONÓMICO



CAPÍTULO VI

AMÉRICA LATINA FRENTE AL NUEVO ESCENARIO GEOECONÓMICO

6.1 Dependencia estructural, desarrollo y autonomía regional

La situación geográfica de Latinoamérica dentro de la economía global se caracterizó en tiempos pasados por nexos de subordinación económica, tecnológica y financiera que restringían sus alternativas de avance. Desde el ingreso de esta región al comercio en épocas coloniales hasta las presiones actuales de la interconexión mundial, las economías latinoamericanas funcionaron mayormente como productoras de recursos naturales y bienes con una transformación industrial limitada. Esta peculiaridad en su producción creó situaciones de crecimiento económico, pero igualmente ayudó a la persistencia de estructuras económicas débiles frente a las fluctuaciones del mercado global.

La idea de la dependencia apareció a mediados del siglo veinte como una de las perspectivas principales para comprender la lentitud latinoamericana. Varios estudiosos plantearon que las relaciones comerciales entre países desarrollados y economías secundarias crearon esquemas que impedían el desarrollo autónomo de estas últimas. Desde esta visión, la integración subordinada de Latinoamérica al orden económico mundial favorecía la fuga de riquezas hacia los centros económicos más avanzados, impidiendo el desarrollo de capacidades productivas diversas y sólidas (Hernández, 2017).

La estructura primario-exportadora a menudo aparece en un montón de economías latinoamericanas. Cosechas, metales, petróleo y demás materiales naturales han sido una porción significativa de las ventas regionales a través de diferentes momentos históricos. A pesar de que este enfoque generará notables ganancias en el comercio mundial, también ha intensificado la vulnerabilidad del área a las fluctuaciones de los precios globales y los cambios en la demanda externa. Por consiguiente, varios países luchan con adversidades relacionadas con la inestabilidad económica y la limitada diversificación de su producción.

La industrialización en el siglo pasado fue considerada el eje para librarse de la dependencia económica. Gobiernos, uno tras otro, implementaron políticas dirigidas a potenciar la industria nacional mediante barreras comerciales, protección a nuevas

empresas y fortalecimiento del consumo interno. Estos intentos impulsaron el crecimiento de fábricas en muchas partes, aun cuando encontraran trabas tecnológicas, financieras y de competencia global.

La globalización económica transformó significativamente la presencia de América Latina en el escenario mundial. El libre comercio, la movilidad de fondos y una competencia mundial más aguda posibilitaron atraer inversiones y acceder a mercados externos. No obstante, estas transformaciones también dejaron las economías de la región más vulnerables a shocks externos y cambios en la economía global. La vinculación con mercados internacionales fue buena, pero además puso de manifiesto problemas profundos aún no resueltos.

La dependencia tecnológica es una de las principales barreras a una mayor independencia económica. La gran mayoría de las tecnologías avanzadas, las empleadas en sectores productivos clave, las desarrollan fuera de nuestras fronteras regionales. Esto crea una dependencia considerable en lo que respecta a conocimientos, patentes y habilidades de innovación, los cuales tienen su origen en países económicamente superiores. Un escenario así limita mucho la capacidad de bastantes naciones latinoamericanas para meterse de lleno en industrias de alto valor añadido que están conectadas a la economía del saber y la digitalización transformadora (Hernández, 2017).

El financiamiento extranjero ha jugado un papel vital en las estrategias de desarrollo de Sudamérica por un buen tiempo. Dineros provenientes de inversión foránea, organizaciones supraestatales y los mercados financieros globales han apoyado proyectos de infraestructura, la industria y el progreso económico. No obstante, depender demasiado de fondos de afuera también ha provocado debilidades ligadas a la deuda, movimientos de dinero y la influencia de intereses externos.

La independencia regional comprende la habilidad de los países para crear planes económicos y estrategias de desarrollo que se ajusten a sus propios intereses y prioridades. Esta idea no promueve el aislamiento mundial, sino la capacidad de intervenir activamente en asuntos globales desde posiciones que permitan mantener la autonomía de decisión. El deseo de más independencia se manifiesta constantemente en las conversaciones sobre integración y crecimiento económico en América Latina.

Las formas de unión regional han sido consideradas como instrumentos importantes para fortalecer la independencia colectiva de Sudamérica. La cooperación económica, la coordinación política y la expansión comercial dentro de la región son pilares centrales de esfuerzos que apuntan a magnificar la fortaleza negociadora nacional contra actores foráneos. Igualmente, la integración brinda la capacidad de fomentar eficiencias de escala, fortalecer ensamblajes de valor a nivel regional y, además, reducir algunas formas de la dependencia económica de antaño.

La diversificación productiva es un reto medular, se nos presenta ante la región. Una dependencia grande de la exportación de recursos naturales reduce las chances de obtener beneficios mucho más sustanciales. Los que provienen de actividades, aquellas ricas en saber y en avance tecnológico. Elevar la fortaleza robusta de las ramas industriales de vanguardia, los servicios con una especialización y labores que son inherentes a la creatividad; esto constituye un requisito imperativo. Para hacer más fuerte, sí, la pugna global y para mitigar las fragilidades sistémicas de economías que no varían mucho.

La formación académica, el avance científico y las nuevas creaciones técnicas son los protagonistas totales de los desarrollos propios. Las naciones que exitosamente apuntalan su capacidad fundamental para producir saber tienen más caminos para integrarse, en verdad, con éxito a áreas que son cruciales para la economía mundial. De esta forma, entonces, destinar recursos valiosos al talento humano es una parte vital para hacer progresar el rendimiento. Impulsar la invención y minimizar dependencias foráneas sobre todo de tecnología.

El ascenso de nuevas potencias económicas ha generado cambios significativos en las relaciones internacionales de América Latina. La creciente presencia de países asiáticos, particularmente China, ha ampliado las opciones de cooperación económica y comercial disponibles para la región. Esta diversificación de socios internacionales puede contribuir a reducir ciertos niveles de dependencia tradicional respecto a mercados específicos, aunque también plantea nuevos desafíos relacionados con especialización productiva y sostenibilidad del desarrollo.

La transición hacia una economía global más multipolar ofrece oportunidades para que América Latina fortalezca su posición internacional. Contar con múltiples focos de vigor económico permite ampliar el margen de las tratativas y proponer enfoques innovadores de cooperación entre países. Pero claro, para sacarle partido a estos chances, hacen falta

planes bien pensados para darle vuelo a las habilidades de producción, tecnológicas y de las organizaciones que impulsen una actuación más enérgica en el mundo económico

La sustentabilidad se ha vuelto un factor más dentro de las maneras de crecer de las regiones. Latinoamérica cuenta con una gran cantidad de tesoros naturales, una vasta biodiversidad y el potencial de energía que no contamina, cosa que puede ser una gran ventaja competitiva en el contexto del cambio ambiental a nivel mundial. La buena gestión de estas riquezas es fundamental para que la economía avance, para proteger la naturaleza y hacer más fuerte la libertad estratégica de la zona.

La conexión entre el estar atado a estructuras, el desarrollo y la autonomía de las regiones sigue siendo uno de los puntos más importantes para entender la intervención internacional de Latinoamérica. Si bien la región ha dado pasos importantes en ámbitos económicos y sociales, todavía hay desafíos relacionados con diversificar lo que produce, usar la tecnología de forma más nueva y hacer más sólidas las instituciones. Su pericia al confrontar estas vicisitudes influirá tremendamente en las ocasiones para forjar estructuras de avance sostenibles, pujantes y autónomas en el panorama geoeconómico mundial.

Figura 6.1 Tecnologías limpias: Soberanía tecnológica y sostenibilidad industrial.



Elaborado: Autores

6.2 Recursos estratégicos en América Latina y participación en cadenas globales de valor

De acuerdo con Kosacoff y López (2014), latinoamérica ostenta una de las dotaciones de recursos naturales más copiosas de este planeta. Esta circunstancia le confiere una relevancia muy notable en la esfera de la economía internacional actual. La región alberga considerables reservas minerales, hidrocarburos, caudales de agua, diversidad biológica y extensiones de terreno aptas para la agricultura. Elementos que cumplen una función crucial en el desenvolvimiento de muchísimos rubros productivos a nivel mundial. En un escenario dominado por un viraje hacia energías alternativas, la digitalización y una contienda geoeconómica en aumento, la importancia específica de estos acervos se ha intensificado exponencialmente para las economías dominantes a escala global.

La noción de recursos estratégicos designa aquellos bienes de la naturaleza cuya accesibilidad es primordial para el crecimiento económico. La certidumbre energética, el avance científico-técnico o la preeminencia industrial de naciones. Su trascendencia no radica exclusivamente en su valor pecuniario, sino también en su potencial para incidir en procesos de manufactura críticos y en el equilibrio del poder económico a nivel mundial. Ahorita, los minerales cruciales para las tecnologías avanzadas y las energías limpias están justo en el centro de esta lista.

La zona latinoamericana sobresale con su abundancia de minerales estratégicamente vitales. Chile, como Perú, está en la vanguardia global del cobre. Brasil, por otro lado, ostenta vastas reservas de hierro y manganeso, aparte de muchísimos otros minerales industriales. Simultáneamente, la afección global por los elementos que activan la transición energética ha provocado un desmesurado afán internacional por los recursos de la zona, notablemente los relacionados con la manufactura de baterías y tecnologías limpias.

El litio ejemplifica la creciente importancia geoeconómica de Latinoamérica. Argentina, Bolivia y Chile conforman el Triángulo del Litio, que alberga una porción significativa de las reservas mundiales de este mineral crucial. Su uso en baterías para autos eléctricos, acopio energético y aparatos electrónicos lo define como un recurso indispensable para la transición energética global. Por lo tanto, esta región ahora tiene una posición estratégica clave en las cadenas de suministro de tecnologías punteras.

Sin embargo, los hidrocarburos tienen todavía un espacio principal en la economía de Latinoamérica. Brasil, México, Venezuela, Colombia y Argentina albergan cantidades masivas de petróleo y gas natural, cuyo abasto energético es vital a nivel mundial y regionalmente. Aun si el avance de las energías limpias está transformando el escenario energético globalmente, los hidrocarburos siguen siendo pilares centrales en la matriz energética de la Tierra y guardan una influencia económica y geopolítica nada despreciable. Adicionalmente, la inmensa disponibilidad de agua en América Latina se revela como una fuente formidable de poder.

Esta región posee una de las mayores reservas de agua dulce del planeta, lo que engloba importantes sistemas fluviales y depósitos subterráneos. Un componente crucial para el agro es el fabrico de bienes, la generación de electricidad hidráulica y las demandas ciudadanas. Mirándolo globalmente, donde la carencia hídrica se agrava sin cesar, el tener este abasto brinda más preeminencia a ciertas tierras latinoamericanas.

La biodiversidad se estima una ventaja comparativa, algo que realza las posiciones regionales. La Amazonía, con sus variados ecosistemas, contiene una increíblemente amplia variedad de flora y fauna, ofreciendo un inmenso potencial para logros científicos, farmacéuticos, alimenticios y tecnológicos. La creciente bioeconomía está incrementando la importancia de usar estos recursos de manera responsable, abriendo así caminos para variar la producción y promoviendo modelos de desarrollo basados en el conocimiento y la originalidad.

A pesar de la abundancia de recursos naturales en los países latinoamericanos, una cuestión importante es su escasa participación en las etapas más valiosas de las cadenas de valor mundiales. Frecuentemente, las naciones venden productos crudos o semielaborados con muy poca manufactura industrial, mientras que el diseño, la innovación, la producción avanzada y la comercialización global quedan en manos de otras regiones. Esta situación reduce significativamente la posibilidad de capturar una porción mayor de los beneficios económicos derivados de sus propios recursos naturales.

Las redes de valor mundiales, complejas marañas productivas transnacionales, desdoblan el proceso de manufactura entre distintas patrias de acuerdo con sus atributos naturales. El ámbito competitivo actual a nivel global le otorga cada vez más valor a la capacidad de involucrarse hábilmente en estas telarañas y aportar en dominios que requieren conocimientos, progresos técnicos e ingenio. La sola posesión de tesoros naturales,

desprovista de respaldos de habilidades de manufactura e industria robustas, no garantiza ya un sitio de prevalencia en la economía terráquea.

La industrialización de recursos estratégicos presenta una coyuntura trascendental para cimentar la implicación regional en cadenas globales de valor. Sectores florecientes como la transformación mineral, la manufactura de componentes tecnológicos, energías limpias y bienes con mayor valor añadido podrían detonar incrementos en ingresos, generación de empleo calificado y una consolidación robusta de aptitudes tecnológicas. El enfoque actual persigue trascender modelos obsoletos basados meramente en la exportación de materias primas sin procesamiento adicional (Kosacoff & López, 2014).

La inversión extranjera ha jugado un papel importante en la extracción y ampliación de los recursos estratégicos en América Latina. Las corporaciones más grandes proveen capital, saber y habilidad; eso estimula el desarrollo de industrias ligadas a la minería, la energía y la infraestructura. Pero la habilidad de los países para aprovechar esto por completo depende de la existencia de políticas que motiven la transmisión tecnológica, el desarrollo de proveedores locales y la consolidación de habilidades nacionales.

La contienda global, cada vez más intensa por minerales críticos, ha intensificado la atención de diversas potencias sobre América Latina. Estados Unidos, China, Unión Europea y más jugadores, al mismo tiempo, buscan asegurar acceso a elementos clave cruciales para sus industrias tecnológicas y energéticas. Esta situación, sin duda, trae consigo posibilidades económicas para toda la región. No obstante, a la vez, impone desafíos significativos relacionados con la gestión de esos elementos, con la protección del medio ambiente en su extracción y uso, además de proteger espacios de autonomía al momento de tomar decisiones estratégicas.

La sostenibilidad se ha transformado en un pilar esencial en la administración actual de los recursos estratégicos. La extracción a gran escala de minerales, hidrocarburos y otros bienes naturales puede desencadenar efectos ambientales notables si se pasa por alto la aplicación de métodos correctos de supervisión y reglamentación. Consecuentemente, las naciones latinoamericanas afrontan el reto de equilibrar metas ligadas al progreso económico, al cuidado del entorno y al progreso de la sociedad en la utilización de sus dotaciones naturales.

El cambio tecnológico y la metamorfosis energética a nivel planetario están modificando el peso relativo de diversos recursos en el escenario económico global. Al tiempo que ciertas áreas consuetudinarias pasan por periodos de ajuste, otras vinculadas a fuentes de energía renovables, la movilidad eléctrica y la digitalización adquieren una notoriedad creciente. Esta dinámica plantea nuevas oportunidades para que América Latina consolide su rol a escala internacional por medio de planes orientados a aprovechar los beneficios emergentes de sus recursos cruciales.

Una intervención significativa en las redes de producción mundial no solo exige la abundancia de bienes naturales, sino también aptitudes institucionales, técnicas y productivas que faciliten la obtención de cotas superiores de valor añadido. Potenciar la enseñanza, la investigación científica, la innovación y la infraestructura representa una premisa fundamental. Así la región mute sus atributos naturales. Esto permitirá posibilidades de crecimiento económico perdurable. Ante este nuevo contexto geoeconómico global, aptitud para amalgamar activos estratégicos. Saberes y tecnología determinarán la consolidación de un lugar más competitivo y soberano. Su lugar en el comercio planetario.

6.3 México en la reconfiguración geoeconómica (T-MEC y relocalización productiva)

México cuenta con una situación geográfica de inigualable valor estratégico para la economía del planeta, una cosa que se puede atribuir directamente a su posición, a su vínculo con América del Norte y a su continua adherencia a diversos tratados de comercio. En tiempos recientes, este país creó una economía robusta con Estados Unidos y Canadá; esto lo ha convertido en un epicentro importante para la fabricación y venta de cosas en América. Frente a un mundo económico que es siempre cambiante y evoluciona, con diferencias comerciales a nivel global, inestabilidad en cómo se distribuyen los productos y las empresas se mudan a otros lados, México, se destaca más como un lugar bueno para invertir y un punto clave de manufactura para otros países.

El entramado económico de México en Norteamérica vio transformaciones notables en el inicio del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1994. Aquel convenio, al progresivamente abolir gravámenes sobre importaciones, facilitó la afluencia de capitales extranjeros e impulsó una colaboración productiva más consolidada entre las tres naciones. Por consiguiente, una gran cantidad de empresas cambiaron su

manufactura, distribuyéndola geográficamente, lo cual fue sumamente beneficioso para México en su capacidad productiva de exportación (Velásquez, 2024).

El remplazo del TLCAN por el Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá (TMEC) inició una era inédita en los lazos comerciales norteamericanos. Dicho tratado modernizado replicó mayoritariamente los fundamentos del libre intercambio; no obstante, introdujo normativas nuevas impactando el comercio electrónico, la propiedad intelectual, las condiciones laborales, la ecología y los criterios de origen. Tales modificaciones subrayan el avance de la economía mundial y la necesidad perentoria de alinear los pactos establecidos con las evoluciones productivas y las tecnologías de vanguardia.

El T-MEC ha fortalecido de manera importante la situación de México dentro de las cadenas de valor regionales, otorgando un marco de seguridad el cual es crítico para los inversores y las empresas. La oferta de normas precisas para el comercio y la inversión aligera la planeación estratégica de proyectos de producción a largo plazo, ayudando mucho a la unificación industrial por toda América del Norte. Este ámbito institucional, no cabe duda, es sumamente importante dado el momento global actual que se distingue por incertidumbre geopolítica notoria y cambios considerables en las relaciones económicas internacionales.

Un fenómeno sobresaliente que hemos visto en años pasados es la tendencia que va en aumento, palpable, a relocalizar producciones a lo que mundialmente se llama nearshoring. Este acto consiste básicamente en mover las fábricas y proveedores a naciones geográficamente cercanas a los mercados de consumo más grandes del mundo. La pandemia de COVID-19, junto con las disrupciones muy importantes en las cadenas de suministro globales y fricciones comerciales entre potencias principales, subraya empáticamente los riesgos inherentes a la dispersión geográfica excesiva de la manufactura. Esto fomenta la búsqueda de ubicaciones de producción más cercanas, por lo que son más confiables.

México, debido a su cercanía a los Estados Unidos, la economía más grande del mundo se ha afirmado como un destino primordial para este fenómeno. Esta cercanía geográfica trae consigo una reducción en los costos de logística y facilita una coordinación operativa sin complicaciones, además de acortar las rutas de mercancía. Estos elementos son vitales para sectores que dependen de procesos de producción ágiles y flexibles. La suma de estas

ventajas ha incrementado el interés de empresas foráneas para establecer o expandir sus instalaciones de fabricación en la nación norteamericana.

El sector manufacturero de México cuenta con un sólido cimiento industrial forjado a lo largo de decenios de integración económica regional. Sectores importantes como el automotriz, la electrónica, el aeroespacial, los aparatos médicos y el equipo industrial son notablemente significativos dentro de la nación. El saber hacer que ya se halla en estos dominios simplifica la afluencia de nuevas inversiones, así empujando la aptitud de México para concurrir en intrincadas cadenas de valor de suma trascendencia.

El ramo automotriz se presenta como un paradigma crucial de la unión económica entre México y Norteamérica. La nación se ha establecido como un generador y distribuidor de vehículos de renombre mundial, implicándose de lleno en redes de fabricación continentales que abarcan las variadas fases de producción y montaje. Las directrices del T-MEC, singularmente las referentes a las normas de procedencia, han realzado la relevancia de la fabricación regional, atrayendo así más aportaciones a esta área esencial.

El cambio a fuentes de energía más limpias y el auge de la fabricación de automóviles eléctricos están creando chances frescas para la economía mexicana. La explosión en la demanda de componentes tecnológicos, de baterías y equipos vinculados a una movilidad cada vez más sostenible crea una puerta para expandir operaciones manufactureras estrechamente relacionadas con sectores en plena expansión. Una utilización completa de esas posibilidades demanda que las capacidades tecnológicas, la infraestructura fabril y la preparación de personal con alta cualificación sean fortalecidas.

La inversión foránea directa cumple un papel fundamental en la reubicación de la manufactura. Varias empresas multinacionales miran a México como un sitio deseable para poner sus centros de operación que servirán al mercado de Norteamérica. La llegada de más inversión no nomás crea empleos y un impulso económico, sino que además podría permitir traer conocimiento, hacer crecer a los proveedores de aquí y meter a las empresas mexicanas en redes de producción mundiales.

No obstante, que México aproveche plenamente las oportunidades del nearshoring dependerá de varios factores esenciales. Disponer de una infraestructura de transporte eficiente, un suministro energético confiable, seguridad jurídica y un entorno político estable son bases para atraer capital duradero. De igual forma, es imperativo elevar las

capacidades en materia de innovación, formación profesional y desarrollo tecnológico con el fin de incrementar la competitividad en sectores de alta complejidad.

La red de transporte y logística representa un componente clave para la articulación económica de la región. Carreteras, puertos, ferrocarriles y bodegas proveen la conexión robusta de las actividades económicas mexicanas a los mercados internacionales. La inversión enfocada en la actualización de estas infraestructuras apoya la disminución de costos operativos y el afianzamiento de la capacidad de competencia del país en las cadenas de abastecimiento globales.

La intensa rivalidad económica entre los Estados Unidos y China también impacta la posición geoeconómica de México. Algunas empresas intentan esparcir sus lugares de fabricación para bajar riesgos por las tensiones del comercio y posibles paros en el suministro. Esta situación ayuda a las economías que dan entrada especial al mercado americano y ofrece buenas condiciones para fabricar, lo que hace más atractivo a México para invertir (Leal & Dabat, 2019).

Por el lado regional, México juega un papel importante conectando Norteamérica con Latinoamérica. Estar en tratados comerciales, grupos mundiales y cadenas de producción globales le da poder para ser alguien importante en la unión económica del continente. Esto amplía su posibilidad de trabajar juntos y lo hace más capaz de participar en planes de comercio, inversiones y el crecimiento de su área.

El cambio económico global crea buenas condiciones para que México crezca en su papel como uno de los centros de fabricación y logística más grandes del hemisferio occidental. El T-MEC, reubicación productiva y mutaciones en cadenas globales de aprovisionamiento sugieren vertientes de crecimiento sustancial, pudiendo cimentar el avance económico y la solvencia internacional de la nación. Con todo, la materialización de estos frutos está a merced de la habilidad de edificar infraestructura, catalizar progreso e incrementar condiciones normativas indispensables para sustentar el trayecto de desarrollo productivo duradero.

Figura 6.2 Gobernanza global: Acuerdos internacionales y regulación de recursos.



Elaborado: Autores

6.4 Procesos de integración, competitividad y fragmentación regional

La concertación regional, a partir de la mitad del siglo veinte, se volvió una empresa fundamental para América Latina. Este empuje surgió por la gran necesidad de fortalecer la cooperación económica, aumentar los mercados locales y mejorar la posición de la región en el mundo económico. En años recientes, varias naciones latinoamericanas han fomentado esquemas de integración para agilizar el comercio, unificar políticas nacionales y crear más interdependencia económica. Sin embargo, los avances conseguidos se han visto frenados por desafíos considerables, que residen en diferencias estructurales, intereses nacionales contrapuestos y periodos recurrentes de división política y económica.

La idea de concertación regional trata sobre la recopilación de procesos donde varios países buscan subir sus niveles de cooperación. Esto se efectúa mediante la eliminación gradual de barreras comerciales, el fortalecimiento de vínculos entre instituciones y la coordinación de planes de crecimiento. Estas dinámicas se manifiestan en distintas formas, que van desde acuerdos comerciales limitados hasta esquemas más complejos con homologación de reglamentos, interacción productiva y coordinación política. La

integración constituye un motor clave para afianzar la competitividad y fortalecer las habilidades de negociación de las naciones involucradas (Aravena, 2008).

La creación de mercados de mayor alcance ha sido una razón principal para argumentar a favor de la integración sudamericana. Algunas economías de la región son más bien pequeñas si se las mira por separado, lo que podría disminuir la capacidad de sus empresas para obtener economías de escala y competir efectivamente en el ámbito global. La integración ofrece la expansión de los tamaños de mercado, facilitando mayores alcances de producción, inversión y división del trabajo.

Emergiendo entre las propuestas más relevantes para la unificación territorial, encontramos el Mercado Común del Sur, la Comunidad Andina, la Alianza del Pacífico y el Sistema de la Integración Centroamericana. Cada una de estas agrupaciones tiene características institucionales propias y responde a distintas metas económicas y políticas. Conjuntamente, estos bloques evidencian los esfuerzos realizados por las naciones latinoamericanas con el objetivo de afianzar su cooperación regional y mejorar su lugar en la economía global.

El comercio intrarregional, uno de los indicadores clave para medir la unidad económica, tiene un peso considerable. Francamente, América Latina ha hecho avances considerables aquí, pero las corrientes de comercio internas todavía están más bajas comparadas con otras áreas geográficas con una unión más fuerte, como Europa o Asia. Este tipo de situación, de alguna manera, limita las ganancias que vienen de la cooperación económica entre países cercanos y muestra obstáculos estructurales que impiden una integración productiva más profunda.

La competitividad regional se basa en el esfuerzo de crear redes de cadenas de valor conectando labores de producción repartidas por las diferentes naciones. El cooperar en industrias de tecnología y logística permite aprovechar fortalezas comparativas entre sí, además de incrementar la efectividad económica. A pesar de estas cosas, la poca conexión productiva entre varios mercados de Latinoamérica impidió formar grupos regionales que compitan bien ante los escenarios globales que cambian mucho (Correa, 2016).

Las diferencias económicas son un reto muy importante para lograr la unidad regional. Latinoamérica tiene grandes huecos en cuanto a mercados, industrias, infraestructura, productividad y desarrollo tecnológico. Estas desproporciones a veces generan problemas en las integraciones porque las ganancias y las dificultades de la apertura económica no se reparten por igual entre países.

La infraestructura física es fundamental para que la integración y la fuerza de la región mejoren. Redes de transporte, corredores de logística, sistemas de energía y plataformas digitales actuales y eficientes facilitan el intercambio y reducen los gastos de las transacciones. A pesar de algunos avances, muchos países latinoamericanos aún sufren carencias de infraestructura, lo cual dificulta que los mercados regionales se afiancen bien.

La digitalización abre nuevas opciones para que la economía se una. Las herramientas digitales hacen posible estar mejor conectados, que la logística funcione mejor y que el comercio por internet entre países. Además, ellas pueden impulsar servicios regionales que dependan del conocimiento y de las nuevas ideas. No obstante, aprovechar plenamente estas oportunidades requiere inversiones en infraestructura tecnológica, capacitación y fortalecimiento de capacidades digitales a nivel regional.

La fragmentación regional constituyó un formidable impedimento para el avance de las propuestas integradoras latinoamericanas. Discrepancias ideológicas, variaciones en las agendas gubernamentales y desacuerdos sobre las metodologías de avance dan lugar a periodos de debilitamiento institucional y a una menguante colaboración regional. Estas dinámicas dificultan la continuidad de los emprendimientos de unión, aminorando la capacidad de las naciones para actuar concertadamente frente a retos mundiales comunes.

El debate entre distintas concepciones de integración impactó también la evolución de la cooperación regional. Algunos mecanismos priorizaron visiones centradas en la apertura comercial global, si bien otros destacaron objetivos vinculados a la expansión industrial, la armonización política o la consolidación del mercado interno. La coexistencia de estos enfoques incentivó la proliferación de iniciativas regionales, pero igualmente provocó cierta desorientación institucional y obstáculos para edificar estrategias conjuntas a largo plazo.

La acentuada diversidad de centros de poder en el escenario mundial genera situaciones y disyuntivas sin precedentes para Latinoamérica. El surgimiento de nuevos actores económicos y la transformación de las interrelaciones económicas mundiales exigen esfuerzos coordinados para afianzar la trascendencia global de la región. Ante semejante coyuntura, la confluencia regional actuará como palanca fundamental para potencializar el influjo colectivo de trato y escudriñar las ventanas de oportunidad nacidas del reajuste económico-geográfico mundial con más finura.

La sostenibilidad se ha devenido un componente vital en la integración moderna. Cooperar en transiciones energéticas, salvaguarda ecológica, gestión de recursos y avance tecnológico brinda la oportunidad de crear esquemas regionales buscando un desarrollo más justo y fuerte. Estas áreas ganan peso considerando la asombrosa biodiversidad y el gran potencial energético de América Latina.

La fuerza de la región en la arena global dependerá en gran medida de su aptitud para afianzar pilares de alianza económica, estimular la invención y perfeccionar la ligazón productiva entre países. La unidad regional puede facilitar la creación de mercados más eficientes, atraer inversiones y generar climas favorables para que sectores cruciales florezcan. Sin embargo, alcanzar estos objetivos requiere tenacidad institucional, armonización de reglas y un compromiso político ininterrumpido de los gobiernos pertinentes (Correa, 2016).

Las tendencias de integración, competencia y desunión en la región ilustran los complejos desafíos que marcan el futuro económico y político de Latinoamérica. Aunque la región ha logrado avances significativos en lo que a cooperatividad respecta, no se erradican los desafíos conectados a asimetrías estructurales, carencias institucionales y desavenencias estratégicas. Si la capacidad de superar estas barreras y fortalecer la concertación va a ser un pilar fundamental para magnificar la prominencia de América Latina dentro del nuevo escenario geoeconómico global.

6.5 Riesgos políticos y estabilidad económica regional

Una economía robusta, un cimiento vital para un desarrollo duradero y una competencia internacional por parte de las naciones de Latinoamérica. Pero esta zona se distingue por una gran debilidad frente a acontecimientos de carácter político. Estas situaciones influyen de lleno en la expansión económica, el reparto de dineros, la fe de los mercados

y la habilidad de aplicar planes de gobierno a largo plazo. La liga entre cosas políticas y financieras siempre fue una cosa muy común en las crónicas de Latinoamérica. Provocando épocas de duda que golpean a la vez a los participantes de aquí y los de afuera.

El peligro de carácter político se entiende como la probabilidad de que acontecimientos relacionados con decisiones del ejecutivo, enfrentamientos institucionales, cambios en las leyes o descontento ciudadano alteren el desenvolvimiento ordinario de los negocios. Esta idea abarca múltiples escenarios con el potencial de reducir las ganancias de empresas, inversores y el sector gubernamental. Dentro de la región latinoamericana, los peligros políticos cobran un peso particular dada la gran diversidad de sistemas políticos, situaciones socioeconómicas y evoluciones institucionales que se dan en la zona.

La robustez de las instituciones es una de las piedras angulares cruciales para fomentar un entorno favorable a la prosperidad económica. Instituciones firmes resultan esenciales para la certidumbre de la regulación, lo cual eleva la confianza de los participantes económicos y abre la puerta a la implementación de planes de expansión. Sin embargo, si estas mismas instituciones presentan grietas de legitimidad, fallas de concertación, o una mermada facultad administrativa, esto deviene en un repunte de la imprevisibilidad, minando significativamente la capacidad de atraer inversiones productivas duraderas.

Los cambios continuos en guías políticas y enfoques económicos frecuentemente provocan desestabilización en América Latina. Las vueltas de gobiernos a menudo traen consigo variaciones en las pautas de impuestos, comercio, regulaciones o inversión, lo que genera preocupación entre actores económicos tanto locales como internacionales. Aunque los ajustes políticos son parte de las democracias, la ausencia de consensos importantes sobre objetivos de crecimiento puede obstaculizar el desarrollo de estrategias audaces y afectar el desempeño económico (Vélez y González, 2011).

La polarización política es otra razón fundamental al analizar riesgos regionales. En varias naciones latinoamericanas hemos visto tendencias de mayor desacuerdo político y social, lo que hace difícil formar acuerdos amplios acerca de temas económicos clave. Que se ensanche la brecha ideológica podía bajar la habilidad de los ejecutivos para llevar a cabo reformas importantísimas y lidiar con éxito dificultades económicas complejas, debilitando la confianza de los mercados y la solidez de las estructuras.

Los conflictos sociales también tienen un papel significativo al determinar el riesgo político. Desigualdades en riqueza, penuria, acceso restringido a servicios públicos y perspectivas de empleo insuficientes pueden originar exigencias sociales que ejercen presión sobre órganos gubernamentales e influyen en la estabilidad política. Si estas tensiones no se gestionan adecuadamente, podrían estallar protestas, desavenencias sociales o períodos de precariedad, repercutiendo negativamente en la economía y la valoración del riesgo nacional.

La desigualdad ha existido intrínsecamente como una de las principales limitaciones estructurales de América Latina. Pese a progresos notables en varios índices sociales, aún muchas naciones demuestran niveles altos de acumulación de riqueza y disparidades sustanciales en el ingreso a la enseñanza, el bienestar y las posibilidades de generar recursos. Estos escenarios pueden dar lugar a insatisfacción comunitaria y exacerbar la fragilidad ante coyunturas políticas, impactando de manera tangencial la permanencia económica continental.

La malversación figura como otro determinante que repercute en la calidad de las estructuras y el ambiente para la inversión. La noción de conductas deshonestas puede disminuir la fe en las dependencias oficiales, multiplicar los gastos de intercambio y desalentar las inyecciones financieras tanto internas como externas. Por otra parte, los escándalos de peculado frecuentemente acarrear ramificaciones políticas de relevancia, desencadenando emergencias de gobierno y deteriorando la aptitud de los mandatos para ejecutar medidas financieras eficientes.

La certeza legal constituye un componente fundamental para la perdurabilidad financiera. Los patrocinadores y los partícipes económicos demandan esquemas normativos diáfanos, pronosticables y coherentes a fin de adoptar determinaciones de considerable duración. La presencia de incertidumbre tocante a atributos de propiedad, cumplimiento contractual o cambios normativos inesperados podría realzar la evaluación de riesgo y mermar el deseo de asumir riesgos en empresas económicas. Por esas razones, afianzar el marco jurídico se considera una parte esencial para potenciar la competición local.

La inestabilidad política y la situación fiscal de los países muestran correlaciones importantes. Cargos elevados de deuda, déficits repetidos o apretones en la recaudación de impuestos pueden oprimir los fondos públicos, reduciendo la libertad del gobierno. Si

estas desfortunas coinciden con momentos de agitación política, el peligro de sacudidas económicas y financieras que perjudican la prosperidad y el avance aumenta.

Las naciones de Latinoamérica muchas veces resultan más desprotegidas. Su confianza en exportar materias primas los deja más expuestos. Cuando los precios mundiales de estas materias cambian tanto, las finanzas de esos países sufren de veras. Asimismo, su balanza de pagos se desajusta considerablemente y el impulso económico de estos países cae duramente. Particularmente durante periodos de debilidad política o institucional, estas fluctuaciones tienen el potencial de agudizarse, magnificando las dudas económicas existentes.

De acuerdo con Vélez y González (2011), la obtención de inversión extranjera directa casi siempre es especialmente vulnerable a peligros políticos. Los inversionistas mundiales consideran la fortaleza institucional, la eficiencia en la regulación y la certeza de las reglas antes de comprometer capital en proyectos de larga duración. A las naciones que aseguran ambientes políticos estables y normativas claras les suelen llegar remesas de capital mucho más grandes. Estos hechos potenciarán, pues, sus habilidades productivas y su conexión con la economía global.

Organismos internacionales y agrupaciones concretas utilizan variada cantidad de indicadores cuando evalúan el riesgo político y económico de los países. Estas evaluaciones consideran dimensiones relacionadas con la administración, la firmeza de los cimientos institucionales, las cifras macroeconómicas y la capacidad de responder ante imprevistos. La perspectiva foránea que surge de estas proyecciones puede alterar las condiciones de préstamo, la entrada a mercados monetarios y la fuerza de competición de los ámbitos económicos nacionales.

La complejidad creciente de la escena internacional también trae consigo riesgos novedosos para la unidad continental. Peleas de poder entre estados, cambios en patrones de intercambio, evoluciones tecnológicas y cuestiones inherentes al clima generan más presiones en las economías del continente americano. La adaptación gubernamental a estos cambios es muy dependiente de la robustez de sus sistemas institucionales y de la excelencia de sus políticas económicas.

La persistencia financiera regional se enlaza muy estrechamente con la habilidad de las naciones para dirigir exitosamente riesgos de carácter político y asegurar sus marcos institucionales. La edificación de democracias firmes, el fomento de pactos sobre

desarrollo esenciales y la mejora de la administración pública son puntos clave para reducir el desequilibrio y sentar mejores bases para que el progreso perdure. Ante el escenario global de la economía y las regiones que empieza a mostrarse, reducir las flaquezas de la política será algo que contará mucho para que América Latina pueda competir mejor e integrarse de forma más amplia al mundo.

Figura 6.3 Seguridad económica internacional: Vulnerabilidades y escenarios futuros de los recursos.



Elaborado: Autores

6.6 Estrategias y oportunidades de inserción global

La participación de Latinoamérica en el ámbito internacional, cuestión de trascendencia suma en el examen geoeconómico de hoy, se revela esencial frente a los acelerados cambios de la economía mundial. Un panorama global que avanza hacia un esquema con múltiples centros de poder, el avance imparable de la digitalización, el rediseño de las cadenas productivas globales y la importancia cada vez mayor de materias primas cruciales, todo esto está modificando radicalmente las condiciones para que los países intervengan en los mercados mundiales. Ante semejante coyuntura, la región se ve forzada a idear planes que le permitan aprovechar las nuevas oportunidades económicas y fortalecer su presencia en el tejido mundial.

Según Zingone y Moreno (2014), la participación mundial se considera como el conjunto de pasos y herramientas mediante los cuales un país o una zona extensa del planeta se integra a las corrientes internacionales de comercio, la atracción de inversiones, el paso de tecnología, la llegada de financiamiento y la difusión del conocimiento. El valor de esta entrada no está solo en el tamaño de las transacciones, sino más en la destreza para participar en labores de mucho valor, ejercer influencia en momentos de progreso tecnológico, y establecer capacidades con durabilidad. Por eso, la discusión actual sobre la entrada internacional trasciende la simple ampliación del comercio y se entrelaza cada vez más con aspectos de productividad, tecnología y cambio institucional.

Un reto importante para América Latina consiste en superar maneras de entrada que se basan principalmente en la venta de productos básicos. Si bien los recursos naturales siguen siendo un punto fuerte de la región, la economía mundial, que cada vez es más intrincada, requiere fortalecer los campos que dependen del saber, la invención y la tecnología. La capacidad para agregar valor a los recursos disponibles se ha vuelto algo fundamental para mejorar la competitividad global y disminuir los puntos débiles relacionados con la dependencia de productos básicos.

Una diversificación productiva, qué pieza clave, qué impulso para afianzar la conexión de la región en el concierto económico mundial. Un apego excesivo a tan solo unos pocos rubros o plazas intensifica la fragilidad ante vaivenes económicos de alcance mundial y le resta brío a la oportunidad de capturar potenciales de crecimiento recién asomados. El florecer de ramas innovadoras, de labores especializadas y emprendimientos imbuidos en la era digital podría ser una herramienta crucial para ampliar el espectro productivo y acrecentar el músculo económico de las naciones latinoamericanas.

La metamorfosis energética a nivel planetario surge como ventana de oportunidad prominente para esta zona. Latinoamérica atesora en sus entrañas monumentales tesoros naturales estratégicos: litio, cobre, agua potable y un sinfín de energías que brotan de fuentes renovables. Estos tesoros son pilares en la forja de artefactos relacionados con la movilidad eléctrica, el resguardo de energía y la producción eléctrica sin rastro de contaminación. El auge en la solicitud mundial de estos insumos abre sendas para potenciar la venta exterior, canalizar inversiones y gestar nuevas destrezas industriales.

Fortificar cadenas de valor, tanto a lo interno de la región como a escala mundial, es otro de los baluartes que sostienen las tácticas de posicionamiento internacional. El tomar

parte en redes productivas internacionales habilitó el ingreso a mercados más grandes, la integración de tecnologías más modernas y el ascenso de los niveles productivos. Sin embargo, con el objetivo de asimilar más beneficios económicos, es fundamental transitar hacia campos de diseño, investigación, manufactura de especialidad y servicios tecnológicos. Estas zonas particulares generan un valor añadido más alto en comparación con las etapas tempranas de extracción o producción inicial.

La innovación tecnológica desempeña un rol mucho más influyente en la competitividad internacional. Naciones que dedican fondos a la investigación científica, al desarrollo tecnológico y a la capacitación de su gente tienen una chance más alta de ingresar exitosamente en áreas económicas mundiales que son cambiantes. Por esta razón, un sistema de innovación nacional fuerte es un prerequisite esencial para realzar la capacidad de Latinoamérica para batallar en mercados caracterizados por cambios tecnológicos rápidos.

La economía digital presenta oportunidades brillantes para vincular la región internacionalmente. La subida del comercio electrónico, servicios digitales, inteligencia artificial y plataformas tecnológicas ha provocado la disminución de las barreras antes existentes con respecto a la distancia física y el tamaño del mercado. Este panorama facilita la inclusión de empresas latinoamericanas en el movimiento económico mundial a través de estrategias empresariales fundamentadas en el saber, software, ayuda experta y tecnologías informáticas.

La educación y el adiestramiento del capital humano son factores importantes para aprovechar completamente las posibilidades que surgen de la transformación económica global. La competencia global exige que los individuos posean destrezas técnicas, digitales y científicas que mejoran constantemente. Resulta crucial fortalecer los currículos escolares y las capacitaciones profesionales con el fin de incrementar el rendimiento y acelerar la inserción regional en áreas muy especializadas tecnológicamente.

La inversión extranjera directa puede jugar un papel importante en estrategias de inserción global. Las inversiones internacionales aportarán no solamente liquidez adicional sino también un impulsor para la transferencia de conocimiento técnico, una vía hacia otros ámbitos mercantiles y un empuje al aumento de aptitudes productivas. Sin embargo, los beneficios que se obtengan de estos movimientos de dinero dependerán de

la habilidad de los países para entablar vínculos entre compañías globales y los actores económicos locales, promoviendo de ese modo senderos de adopción e ingenio que afiancen la bonanza financiera del país (Zingone y Moreno, 2014).

La integración territorial representa una herramienta crucial diseñada para magnificar la visibilidad mundial de América Latina. Mercados más extensos, infraestructura compartida y colaboración productiva podrían catapultar la competitividad regional en comparación con otras zonas económicas. Así también, la coordinación regional solidifica la facultad de negociar asuntos referentes a comercio, finanzas, tecnología y normatividad internacional, otorgando una influencia más firme en la dirección económica mundial.

La diversificación de socios internacionales forma también parte de las estrategias contemporáneas de inserción global. La creciente multipolaridad económica amplifica las posibilidades de cooperación con diferentes regiones y potencias emergentes. La diversificación sostenida en las relaciones económicas entre un abanico de actores reduciría las dependencias totales. Adicionalmente, esto facilitaría la captura de beneficios probables que emanan de la expansión de nuevos focos de crecimiento económico.

La sostenibilidad brota como columna vertebral de las directrices estratégicas para el avance y la interconexión global. Las condiciones comerciales de orden mundial conceden un énfasis cada vez más significativo a aspectos relacionados con la protección ambiental, el deber empresarial y la transición a energías limpias. Latinoamérica, dotada de una naturaleza generosa y una capacidad innata para concebir emprendimientos afines a modelos de desarrollo perdurables, goza de ventajas considerables en este ámbito. La incorporación de principios ecológicos podría fortalecer la competitividad de la región y abrir puertas a mercados hasta ahora inexplorados y a movimientos de capital.

Las transformaciones en las cadenas de suministro globales presentan oportunidades adicionales para el espacio territorial. La deslocalización industrial junto con la cercanía de suplidores a los focos de demanda está modificando la geografía de la economía global. Ciertos países de Latinoamérica muestran características muy atractivas para captar dineros asociados a estas evoluciones, especialmente si muestran buen gobierno, la infraestructura necesaria y fácil acceso a áreas clave.

El provecho que el hemisferio puede sacar de las chances en este panorama geoeconómico dependerá mucho de la forma en que se coordinen políticas amplias enfocadas en mejorar

la producción, la inventiva, la fortaleza y los enlaces entre países de la región. Las inmensas reservas de materias primas, el acelerado aumento del comercio digital y los grandes cambios en las cadenas de abastecimiento mundial brindan un excelente escenario para subir mucho el impacto exterior de esta zona. Aun así, para que esto suceda será imprescindible implementar planes pensados a futuro. Estas tácticas deberán juntar el auge económico, el avance técnico y la mejora de los organismos estatales, en un mundo que es cada vez más difícil y con mucha competencia.



EDITORIAL ANDES COGNITIO

CAPÍTULO VII

FINANZAS INTERNACIONALES Y PODER EN LOS MERCADOS GLOBALES



CAPÍTULO VII

FINANZAS INTERNACIONALES Y PODER EN LOS MERCADOS GLOBALES

7.1 Mercados financieros en el contexto geopolítico

Los mercados financieros mundiales, pilares de la economía del planeta hoy en día, tienen la habilidad para dirigir fondos, impulsar negocios, manejar peligros y otorgar créditos a naciones, compañías y organizaciones. En el panorama presente, con nexos económicos que aumentan y competiciones geoestratégicas que se intensifican, los mercados bursátiles han cobrado una importancia capital, yendo más allá de sus propósitos ordinarios. Las decisiones tomadas por quienes invierten pueden tener un impacto considerable en el reparto del capital a nivel mundial y en la solidez de las economías regionales.

En los mercados bursátiles se efectúan negociaciones de activos financieros. Entre ellos, se encuentran los títulos de propiedad, los títulos de deuda, las divisas, los productos derivados y otras modalidades de capital para invertir. Su operación posibilita mover dinero a través de distintas áreas económicas y zonas globales, promoviendo la distribución de fondos hacia actividades productivas. No obstante, por su relación internacional creciente, estos mercados se volvieron también medios por los cuales sucesos políticos, financieros y geoestratégicos se difunden velozmente entre naciones y continentes (Lora y Díaz, 2020).

La globalización financiera ha alterado considerablemente el panorama de los mercados internacionales en años recientes. El soltarse de los flujos de capital, aunado al avance de tecnologías de la información y la gran ascensión de corporaciones financieras globales, ha potenciado enormemente la velocidad y la dimensión de las transacciones extranjeras. Por lo tanto, los mercados financieros actúan ahora en una dimensión de globo, posibilitando que movimientos en un país afecten de manera casi inmediata economías lejanas.

La arista geopolítica de los mercados financieros resplandece en el nexo ineludible entre fortaleza económica, estabilidad gubernamental y la apertura a la financiación internacional. Naciones con economías robustas, marcos institucionales fiables y

monedas de circulación mundial comúnmente ejercen una influencia preponderante en los giros monetarios globales. Dicha potestad les habilita para obtener capital en términos más ventajosos y, de hecho, ejercer presión sobre otros participantes por medio de herramientas financieras y económicas.

Las divisas de alcance internacional asumen un rol primordial en este esquema de poder. Ciertas monedas ostentan una importancia sobresaliente por su uso en el comercio global, las reservas bancarias centrales y las operaciones financieras a nivel mundial. Esta colocación preferente procura beneficios notables para los países de origen, como una reducción en los costos de obtención de fondos y un aumento en su potencial para incidir en la ópera del ámbito económico global. Por ende, el orden monetario internacional conforma un elemento crucial en los movimientos geopolíticos actuales.

Las entidades bancarias centrales se emplazan, de verdad, en un punto medular de los mercados monetarios mundiales. Sus decisiones de tipos de interés, accesibilidad de fondos y robustez económica repercuten con amplitud, traspasando incluso límites internacionales. Las políticas de los bancos centrales más importantes impactan en el desplazamiento de capital, el precio de las divisas, el caudal de las inversiones y, a fin de cuentas, en la escena financiera mundial. Gracias a esta enorme facultad de impactar, los bancos centrales devienen en figuras centrales en el intrincado entramado económico internacional.

Las políticas monetarias de las economías líderes grandes acarrearán consecuencias profundas para las naciones emergentes. Cambios en las tasas de interés o en la liquidez bancaria pueden redibujar los incentivos para inversionistas internacionales, así alterando la trayectoria de los flujos financieros. El flujo de capitales hacia economías percibidas con menos riesgos o mayor potencial de ganancia puede provocar desequilibrios económicos en las naciones emergentes. Esto se hace notar mediante la desvalorización de sus monedas, dificultades para conseguir préstamos, y una mengua en el ingreso de capital.

Los mercados de bonos del gobierno funcionan como un mecanismo esencial. Los países usan estos instrumentos para juntar fondos que sufraguen el gasto público, la edificación de infraestructuras y las iniciativas de desarrollo. La evaluación de riesgo dada a cada país impacta de manera directa en las condiciones para obtener financiamiento. Los analistas financieros examinan constantemente factores políticos, económicos y

estructurales, lo que influye en los valores de las deudas y la percepción de la habilidad de pago.

El involucramiento de las entidades inversoras institucionales ha cobrado una importancia desmesurada dentro de los circuitos de inversión mundiales. Fideicomisos, planes de jubilación, compañías de seguros y otros participantes gestionan cuantiosas cantidades de capital que se distribuyen a diversos bienes en la esfera mundial. Sus resoluciones tienen repercusión sobre las cotizaciones, la provisión de fondos y la conducta de los mercados. Debido a la vastedad de los capitales administrados, dichos partícipes poseen una función significativa en la forja de inclinaciones monetarias globales.

La innovación tecnológica ha transformado la manera en que los mercados financieros operan. Plataformas digitales, sistemas automatizados de comercio, inteligencia artificial y el análisis masivo de datos han disparado la velocidad y la intrincación de las transacciones financieras. Estas tecnologías facilitan el procesamiento de datos en tiempo real, promoviendo así la interconexión global de los mercados. Aun así, presentan también retos considerables en materia de regulación, estabilidad y administración de riesgos sistémicos.

Las tensiones geopolíticas que crecen ya impactan de modo significativo la forma en que se mueven los mercados financieros. Enfrentamientos bélicos, disputas comerciales, sanciones económicas y reacomodos estratégicos de alianzas tienen el poder de cambiar los cálculos de los inversores, produciendo movimientos importantes en el precio de los activos. Esa cosa de que no se sabe qué pasará frecuentemente lleva a los dineros a buscar refugio en opciones seguras, afectando la posibilidad de obtener financiamiento para países y empresas más vulnerables a la turbulencia política.

Las imposiciones financieras se han convertido en un instrumento clave en las tácticas geo-económicas actuales. Algunos Estados introducen trabas relacionadas con métodos de pago, entrada a zonas financieras o negocios extranjeros, buscando así ejercer apremio político y económico. Estas normativas exponen, notablemente, cómo las estructuras financieras mundiales funcionan como instrumentos de predominio en las relaciones internacionales (Lora y Díaz, 2020).

Los mercados de divisa tienen igualmente una dimensión geopolítica trascendente. Variaciones en tipos de cambio impactan competitividad exportadora, coste de importaciones, además de la estabilidad macroeconómica doméstica. Toma de decisiones

sobre política monetaria, reservas mundiales y gestión cambiaria habitualmente se vinculan íntimamente con metas estratégicas de desarrollo y emplazamiento global.

La multipolaridad económica genera progresivamente modificaciones en la arquitectura financiera mundial. Economías emergentes nuevas buscan incrementar su implicación en organismos financieros internacionales, impulsar métodos alternativos de crédito y apuntalar el empleo global de sus monedas. Estas iniciativas evidencian variaciones pausadas en el reparto de poder económico y muestran la metamorfosis del sistema financiero hacia esquemas más heterogéneos y complejos.

Los mercados financieros internacionales abarcan mucho más que meros instrumentos de mediación económica. Su operativa está enraizada en dinámicas de poder, pugna geopolítica y tácticas de influencia internacional. El vínculo entre los dominios financiero y geopolítico continuará ejerciendo una función clave en el modelado del orden global contemporáneo, prediciendo los futuros de crecimiento, solidez y proyección de los países en un panorama planetario sumamente interrelacionado.

Figura 7.1 Vínculo entre los dominios financiero y geopolítico



Elaborado: Autores

7.2 Riesgo soberano y evaluación internacional

La trascendencia del riesgo país se dispara hasta el cénit de la esfera financiera global. Su influjo resulta innegable, moldeando a fondo la fluidez con que las naciones acceden a la

piscina de capitales internacionales. En este dinámico escenario económico, donde las masas monetarias transitan con asombrosa velocidad, los agudos inversores persisten en un escudriño continuo de la aptitud y la voluntad gubernamentales para cumplir sus obligaciones monetarias. Estos juicios meticulosos configuran de forma drástica los términos para captar fondos ajenos por parte de las distintas naciones. Y, en consecuencia, impactan directamente en las aspiraciones de progreso, la afluencia de inversiones y la robustez macroeconómica.

De acuerdo con García y Vicéns (2006), se comprende el riesgo país como el eventual fracaso de una república para honrar puntualmente sus deberes de endeudamiento ante acreedores internos o externos. Dicho riesgo abarca la posibilidad de un desacato total o de escenarios donde los poderes públicos experimentan dificultades para saldar sus deudas conforme a lo convenido. Dada la magnitud de las secuelas económicas inherentes, el examen detallado del riesgo país representa un pilar fundamental. Sirve tanto a los ojos inversores como a entidades supranacionales y a aquellos responsables de la forja de políticas públicas.

Para apreciar el peligro soberano, se consideran un montón de factores, a la vez económicos y financieros, pero también políticos y de carácter institucional. Inclusive, entre las consideraciones más destacadas están el nivel de deuda pública, aparte de la trayectoria económica, la consistencia fiscal, la solidez de las reservas internacionales y la aptitud para producir ingresos, pero también la calidad de las entidades gubernamentales. La unión de estos elementos posibilita calcular el grado de fragilidad económica de una nación frente a futuras crisis internas o externas.

La expansión económica ejerce un papel preponderante en la transformación del riesgo soberano. Países con dinámicas sólidas de crecimiento económico demuestran comúnmente mayor capacidad de generar ingresos, captar inversiones y cumplir con sus obligaciones financieras. En contraste, prolongados periodos de estancamiento económico tienen el poder de minar la capacidad recaudatoria de los gobiernos, magnificando la percepción de riesgo entre los inversores internacionales.

La sostenibilidad financiera es asimismo un factor de suma importancia en estas evaluaciones. La pericia que demuestran los gobiernos en la juiciosa administración de los fondos públicos suscita un atento examen por parte de los mercados financieros. Inevitables desajustes en las cuentas fiscales, deudas que alcanzan magnitudes

impresionantes, o bien un incremento vertiginoso en las obligaciones monetarias tienen el potencial de despertar dudas respecto a la solvencia futura de una nación. Por consiguiente, la cautela demostrada en la gestión económica gubernamental es usualmente vista como un rasgo esencial para mantener intacta la confianza de los inversionistas.

La deuda pública se sitúa como uno de los indicadores principales empleados para medir el riesgo soberano. Aun así, el volumen total de la deuda no es el único factor de importancia. Observadores financieros desglosan los fragmentos de deuda, las fechas de vencimiento, las porciones en moneda extranjera y la capacidad gubernamental para su renovación. Un pasivo que sea manejable sería sostenible si su contexto macroeconómico resultara favorable y un control fiscal idóneo acompañara a la gestión.

Las reservas internacionales desempeñan una función clave para calmar vulnerabilidades financieras. Sus activos ayudan a las naciones a afrontar turbulencias cambiarias, liquidar deudas externas y responder a situaciones de emergencia. Un volumen adecuado de reservas suele ser bien mirado por los mercados, pues reafirman la solvencia y elevan la robustez frente a embates económicos externos.

Los factores políticos también influyen mucho en la valoración del riesgo soberano. La robustez de las instituciones, el buen gobierno, la calidad de las leyes y la capacidad del gobierno de implementar medidas efectivas son aspectos que inversionistas y agencias calificadoras toman en cuenta. Los desatinos políticos, las fallas institucionales o una gran incerteza pueden mermar la confianza de los mercados y subir los costos de financiamiento para los países afectados.

La seguridad jurídica es un aspecto crucial en la evaluación general. Los inversores valoran un marco legal claro, el respeto a los contratos y la protección eficaz de los derechos de propiedad. Conforme la seguridad en la robustez de las regulaciones económicas y la independencia de las entidades se nublan, la evaluación de riesgo suele crecer, afectando de forma perjudicial tanto la capacidad de atraer inversiones extranjeras como la consecución de financiación internacional.

Las agencias calificadoras de riesgo resultan de suma importancia en el sistema financiero global. Moody's Corporation, S&P Global y Fitch Ratings, por ejemplo, evalúan la habilidad crediticia de diversas naciones, emitiendo valoraciones como guía a los

inversionistas potenciales. Consecuentemente, estas evaluaciones influyen directamente sobre las decisiones de inversión y las condiciones para obtener financiamiento externo.

Las notas soberanas funcionan como señales claras del riesgo de cada país. Que suba una calificación es bueno para la economía y las finanzas, pero que baje puede generar preocupación sobre si pagará en el futuro. Por lo mucho que afectan lo que piensan los mercados, las decisiones de estas agencias tienen grandes efectos en las economías.

El riesgo de los países, además, se relaciona mucho con el exterior. Factores externos como cambios en tasas de interés mundiales, problemas financieros globales, variaciones en precios de materias primas o conflictos políticos pueden influir mucho en la solvencia de los Estados. Economías con dependencia excesiva de financiamiento externo o exportaciones de materias primas suelen ser particularmente vulnerables a estas oscilaciones (García Gámez & Vicéns Otero, 2006).

Las economías emergentes afrontan retos singulares en cuanto al riesgo soberano. Mientras muchos presentan capacidades de expansión impresionantes, también suelen estar más susceptibles a elevadas tasas de inestabilidad monetaria. Ciertas cosas como la dependencia de capitales de fuera, la precariedad monetaria y la escasa variedad de mercados de capitales tienden a aumentar la sensación de riesgo, provocando cambios drásticos en las condiciones de endeudamiento.

En América Latina el estudio del riesgo soberano se vuelve primordial, considerando su historial de impagos, épocas de desorden económico y la dependencia de los mercados globales. En las últimas décadas, varios países implementaron estrategias buscando fortalecer el control del gasto público, mejorar la gestión monetaria y solidificar bases institucionales más fuertes. Estas acciones contribuyeron a mejorar la imagen internacional de varios mercados de la región; aún persisten problemas importantes relacionados con la sostenibilidad fiscal y el orden político.

Administrar bien el riesgo soberano es fundamental para tener financiación internacional por mucho tiempo y así hacer crecer la economía a largo plazo. Una política fiscal seria, junto a instituciones fuertes y un crecimiento económico que dure, y estabilidad política fuerte también, hace que los mercados financieros sean más seguros y reduce los problemas de dinero. En un mundo con más y más problemas y conflictos económicos, cómo las naciones manejan bien su propio riesgo será muy importante para que sigan existiendo y sigan fuertes en el mundo.

7.3 Crisis financieras y efectos de contagio internacional

Las crisis económicas globales son muy importantes en la economía a escala mundial. Esas cosas tienen un gran poder para crear severos desajustes en los sistemas productivos y también en los mercados de capitales, al igual que en el bienestar de demasiadas personas. Dentro de un panorama con tanta interconexión financiera global, los inconvenientes de un país se pueden propagar velozmente a otras partes a través de diversas maneras. Por esto, las crisis financieras obtienen una medida internacional que trasciende por mucho las fronteras de cada nación y para eso, se precisan esfuerzos unificados de los gobiernos, los bancos y las organizaciones globales.

Una crisis financiera se puede explicar como un periodo de alteración importante en cómo operan habitualmente los mercados de finanzas. Esto acarrea caídas de la confianza y también cortes en la posibilidad de acceder a créditos, caídas grandes en el valor de las cosas y dilemas en la función de los intermediarios financieros. Estas contingencias trascienden para impactar no solo a instituciones financieras, sino también a corporaciones, administraciones públicas y unidades familiares. Sus ramificaciones económicas son profundas, trascendiendo lo puramente monetario para horadar el progreso social, el empleo y la calma generalizada.

Los altibajos financieros manifiestan una multiplicidad de expresiones; este hecho espeja la heterogeneidad de sus orígenes. Las quiebras bancarias, las depreciaciones de moneda, las incapacidades de pago gubernamentales y los desplomes de bolsa son sucesos de gran notoriedad. Ciertamente, cada modalidad exhibe peculiaridades definitorias; no obstante, en conjunto comparten una potestad intrínseca para suscitar zozobra, mermar la fe de los inversionistas y mermar la operativa fluida de los mercados. Muy a menudo, estos tipos de inestabilidad económica se juntan, magnificando sus consecuencias.

La globalización financiera en aumento expande la interconexión de los mercados globales. Capitales liberalizados y la expansión de operaciones de entidades financieras globales han optimizado el acceso a fondos en diversas zonas. Sin embargo, esta integración ha aumentado la rapidez con que las adversidades financieras pueden propagarse entre economías. Así, las crisis de hoy muestran una cobertura geográfica notablemente mayor que la vista anteriormente.

El contagio financiero describe la transmisión de crisis iniciadas en un país o mercado a otras economías, incluso sin fallas análogas de inicio. Este fenómeno puede manifestarse por muchas vías, como traslados de capital, cambios en percepciones de inversores, nexos comerciales o dinerarios entre entidades. El contagio es uno de los principales motivos para que las crisis locales se vuelvan rápidamente problemas mundiales.

Los mercados de capitales son fundamentales en los mecanismos de contagio financiero. Si los inversores notan un aumento en la incertidumbre o riesgo, ellos frecuentemente ajustan sus carteras y trasladan recursos hacia activos considerados más seguros. Dichas operaciones, al poder provocar flujos de capital considerables abandonando sectores determinados, pudieran traernos depreciaciones monetarias, caídas en el valor de activos financieros y trabas a la hora de conseguir fondos foráneos. La rapidez de tales intercambios se ha potenciado enormemente por las evoluciones tecnológicas y la digitalización global de los mercados (Collyns y Kincaid, 2003).

Las proyecciones de los actores económicos constituyen un componente clave en la amplificación de las recesiones financieras. Las resoluciones de inversión son influenciadas no solo por indicadores económicos específicos, sino también por presentimientos sobre el comportamiento futuro de los mercados. Cuando la confianza decae, los inversores pueden responder de manera simultánea y magnificar las fluctuaciones financieras. Este fenómeno aclara por qué periodos de incertidumbre pueden desencadenar efectos significativos incluso en economías con fundamentos macroeconómicos sólidos.

La historia económica reciente nos ofrece abundantísimos ejemplos de quiebras financieras con repercusiones globales notables. La ya mencionada crisis de deuda de América Latina en los noventa ilustró las secuelas de altos niveles de endeudamiento externo combinados con cambios en el entorno financiero internacional. Dicho suceso afectó gravemente el crecimiento de varias naciones continentales y generó amplias transformaciones en sus políticas económicas y monetarias.

La crisis financiera asiática de 1997 sirvió como otro caso sobresaliente de transmisión internacional. Lo que inicialmente inició como una crisis de divisas en ciertas naciones del sudeste asiático se esparció rápidamente a otras economías emergentes, provocando fuertes devaluaciones de moneda, problemas en el sector bancario y contracciones económicas importantes. Este acontecimiento subrayó la manera en la que se

incrementaban los mercados globales financieros y cuán importante es fortalecer la supervisión y las reglas.

La crisis financiera mundial del año 2008 se muestra, quizás, como el ejemplo más vívido del contagio financiero en la actualidad. Originada en el mercado hipotecario estadounidense, su rápida propagación por bancos globales y mercados bursátiles bien enlazados fue casi inmediata. Las consecuencias resultantes incluyeron quiebras bancarias, endurecimiento del crédito, una caída en el comercio global y una recesión económica severa en muchas partes del mundo. El acontecimiento evidenció la gran magnitud de los riesgos sistémicos propios de la globalización financiera.

De acuerdo con Collyns y Kincaid (2003), los institutos de finanzas mundiales son esenciales para proteger y gestionar momentos complicados. Instituciones como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y otros bancos de desarrollo regional proporcionan ayuda económica, consejo técnico y programas colaborativos para fortalecer la robustez económica. Sus programas llevan a reducir la incertidumbre y a mejorar la recuperación en países que sufren crisis económicas.

El manejo de los mercados de capitales parece ser un eje clave para moderar el riesgo, además de la severidad de las complicadas oscilaciones económicas. Por un lado, entidades gubernamentales, como también corporaciones transnacionales, han llevado a cabo implementaciones con el propósito de optimizar la fiscalización de crédito, acrecentar la nitidez en transacciones bursátiles y solidificar los fondos de entes monetarios. Estas acciones tienden, ciertamente, a realzar la resiliencia del entramado financiero ante perturbaciones inesperadas y a menguar los riesgos inherentes a un juego especulativo excesivo.

Economías emergentes encarando desafíos singulares frente a vaivenes financieros globales. Su dependencia de inyecciones capitales extranjeras, la danza volátil de dineros y su vulnerabilidad a cambios en el panorama económico mundial les podían aumentar su debilidad ante crisis contagiosas. Por estas razones, muchas de las naciones han solidificado sus reservas exteriores, afinado sus marcos legales y delineado estrategias diseñadas para aminorar riesgos vinculados a los movimientos de flujos de capitales internacionales.

La digitalización financiera, si bien abre puertas a oportunidades sin precedentes, también introduce riesgos nuevos para la estabilidad económica global. El auge de plataformas

digitales, sistemas de trading algorítmico y avances tecnológicos financieros acelerados pueden aumentar la eficiencia de los mercados; no obstante, igualmente pueden catalizar la propagación de shocks financieros. La gestión adecuada de estos desafíos precisa marcos regulatorios aptos para adaptarse a un entorno tecnológico en constante cambio.

Crisis financieras y sus efectos a escala global evidencian la complejidad y la profunda interconexión que caracterizan a la economía planetaria actual. La interconexión de los mercados de capitales, aunque esto otorga notables ventajas en el acceso a financiación y a la diversificación de inversiones, concurrentemente propicia susceptibilidades, las cuales pueden magnificar las repercusiones de desaceleraciones económicas. La aptitud de las naciones para robustecer sus marcos institucionales, perfeccionar sus directrices regulatorias y armonizar las estrategias globales será un pilar para mitigar los peligros y salvaguardar la solidez económica en un contexto planetario crecientemente interdependiente.

Figura 7.2 Efectos de contagio internacional



Elaborado: Autores

7.4 Inversión internacional y condiciones político-económicas

La inversión foránea conforma una de las bases más cruciales de la economía global actual. Su capacidad de mover capital, diseminar saber técnico, generar empleos, y promover el crecimiento entre países la vuelven indispensable. En este mundo más

conectado financieramente y en producción, la inversión directa externa y la inversión de portafolio juegan un papel clave, marcando la dirección de la economía mundial. No en tanto, determinar dónde invertir capital va más allá de un cálculo financiero simple, involucrando además factores políticos y estructurales de la empresa que modelan sustancialmente el riesgo y la rentabilidad esperada.

La inversión extranjera directa, llamada IED, fundamentalmente es la introducción de capital por una compañía o grupo en otro país con el fin de establecer o controlar negocios que generen valor. Diferente de las inversiones rápidas y transitorias, la IED es un compromiso a futuro. Esto comúnmente implica el desarrollo de infraestructuras nuevas, la adquisición de propiedades físicas o el establecimiento de empresas filiales, lo que conlleva una participación y aportación más significativas en la actividad económica local. Esta forma de inversión gana considerable prestigio ya que muy frecuentemente se asocia con la transferencia de conocimiento técnico, la entrada a redes productivas internacionales y el incremento de la capacidad productiva de las regiones (Ababio et al., 2022).

Las variables de la economía como un todo constituyen un elemento esencial en el atractivo del capital extranjero. Por ejemplo, la certidumbre en los valores, el crecimiento de la producción total, el volumen del endeudamiento total y la estabilidad de las cuentas gubernamentales ejercen una presión directa sobre la fe del inversor. Las economías que muestran bases económicas sólidas otorgan mayor protección, disminuyendo la impresión de peligro y fomentando la entrada de dinero de otras naciones.

La solidez política se concibe como un factor de primordial importancia al momento de valorar oportunidades de inversión. Los inversores de afuera examinan la invariabilidad de las directrices económicas, la fortaleza del andamiaje institucional y una falta de contienda política, todos ellos aspectos fundamentales cuando se toman determinaciones. La imprecisión política no es poco común que ocasione demoras o suspensiones de emprendimientos inversionistas. Esto surge como consecuencia de la complicación para anticipar modificaciones normativas o estructurales que, sin duda, impactan los beneficios por venir.

El armazón legal y la certidumbre inherente a él tienen una contribución cardinal. En concreto, al captar capitales foráneos. La presencia de normativas diáfanas, inalterables y previsibles faculta a los inversores para mensurar con mayor exactitud los peligros

inherentes a sus empresas. La salvaguarda de las patentes de propiedad, la observancia de los acuerdos y la agilidad que muestre el aparato judicial representan pilares esenciales para infundir fe en los mercados de capitales globales.

Según Navas (2021), el nivel de las estructuras institucionales, y esto es digno de mencionar, igualmente ejerce una repercusión sustancial en las resoluciones de inversión. Estructuras eficaces, diáfanos y con escasos índices de corrupción coadyuvan a disminuir considerablemente los gastos de operación y a optimizar el clima de negocios en su totalidad. No obstante, la fragilidad institucional puede sembrar la duda, además, magnificando gastos operacionales, disuadiendo incluso el arribo de fondos foráneos; esto, en última instancia, mermando la prosperidad económica a largo plazo.

Las fuerzas políticas domésticas, indiscutiblemente, poseen la capacidad de alterar significativamente el clima inversor. Transiciones de poder, reestructuraciones económicas profundas, levantamientos sociales o desavenencias políticas, todas esas cosas, tienen la facultad de modificar las perspectivas de los inversores sobre la solidez futura de una nación. A pesar de que el relevo democrático representa un pilar frecuente en las configuraciones políticas actuales, la ausencia de acuerdos fundamentales respecto a directrices económicas sostenidas a largo plazo es capaz de inducir fluctuaciones en los movimientos de capital.

La apertura al mercado global y la participación en pactos multinacionales, indudablemente, constituyen pilares que alientan el capital extranjero. Acuerdos de comercio abierto y convenios de inversión buscan mermar obstáculos para entrar y fijan directrices inequívocas para el intercambio comercial y la salvaguarda de bienes de capital. Tales mecanismos promueven una mayor certidumbre del panorama económico y simplifican la integración de las naciones en sistemas productivos globales.

El tejido infraestructural de una economía, igualmente, se perfila como un componente esencial en la captación de inversiones foráneas. El acceso a vías de comunicación vial, puertos marítimos, terminales aéreas, suministros energéticos fiables y redes de comunicación ágiles afecta de manera directa los desembolsos productivos y de traslado. Las naciones que poseen una infraestructura sólida suelen resultar más atractivas para esas corporaciones internacionales que buscan perfeccionar sus enlaces de distribución mundiales.

La competición del talento humano es también una condición definitiva. Una población laboralmente capacitada, con competencias técnicas y profesionales apropiadas, eleva la competitividad de un país en áreas de mayor valor agregado. La enseñanza, el adiestramiento y el progreso tecnológico son pilares cruciales para atraer capitales hacia empresas avanzadas, como por ejemplo las de tecnología, manufactura especializada y finanzas.

La armonía social tiene igual influjo sobre las decisiones de inversión. Altas cuotas de agitación, desbalance o inquietud pueden conjurar peligros mayores para la dirección de negocios. Un entorno social estable colabora en aumentar la seguridad para quienes invierten y aminora las probabilidades de interrupciones en las labores productivas.

La gobernanza monetaria y tributaria ejerce una influencia crucial en el capital foráneo. Procedimientos de impuestos claros y firmes podrían facilitar el ingreso de dinero del exterior, en tanto que regulaciones impositivas complejas o erráticas bien pudieran desanimar dicho ingreso. Con todo, la lucha impositiva entre países también podría generar dilemas referidos a la equidad y la estabilidad de los fondos oficiales (Ababio et al., 2022).

Los factores geopolíticos son crecientemente importantes para la determinación de flujos de inversión internacional. Tensiones entre potencias económicas, sanciones de carácter económico, conflictos comerciales y cambios en las alianzas estratégicas tienen la capacidad de modificar las rutas de inversión global. Empresas multinacionales deberían considerar no solo las variables económicas, sino también los riesgos asociados al entorno geopolítico internacional.

La digitalización económica ha mutado radicalmente el panorama de la inversión foránea. Áreas como tecnología, e-commerce y servicios digitales muchas veces han menguado la dependencia del emplazamiento físico en ciertas facetas productivas, empero han amplificado el peso de la interconexión, normativas digitales y resguardo de data. Esto forjó perspectivas inéditas para invertir en naciones con economías nacientes, pero con potencial tecnológico creciente.

La salubridad ecológica se ha erigido como pilar crucial para los inversores globales. Normativas afines al calentamiento global, fuentes de energía limpias y deberes

ecológicos permean el despliegue de capital a nivel mundial. Los parámetros de carácter ambiental, social y de gobernanza, de forma colectiva llamados ESG, están rehaciendo a fondo las resoluciones de inversión, catalizando, en paralelo, un viraje hacia esquemas económicos considerablemente más perdurables.

La inversión que cruza fronteras, por naturaleza, está intrínsecamente entrelazada con el acontecer político-económico actual de nuestro orbe. El poder de las naciones para atraer capital no se limita solo a su dinamismo económico; las estructuras institucionales robustas, la permanencia del gobierno y las condiciones de las reglas que presentan también juegan un papel importante. Ante una arena internacional de inversión que ahora es mucho más feroz, estas características se vuelven vitales para el progreso económico y la unidad de las economías alrededor del mundo durante las décadas que siguen.

7.5 Finanzas sostenibles y estándares ESG en el entorno global

La finanza sustentable emerge como una faceta crucial de la finanza global hoy, por la premura ascendente de alinear las decisiones de inversión con propósitos ambientales, sociales y de gobernanza. Este prisma concuerda con el trasiego de las prioridades del globo, donde el progreso económico no se mide nada más por rédito dinerario, sino también por su influjo en el contorno de la unidad social y el armazón institucional. Consecuentemente, la finanza sustentable manifiesta un giro principal del capitalismo financiero hacia esquemas más cautelosos y a mediano plazo.

El concepto de la finanza sustentable consiste en integrar factores ambientales, sociales y de gobernanza al tomar decisiones de inversión y financiamiento. Tales factores, conocidos por las siglas ESG, permiten la estimación no solo del rendimiento económico de un proyecto, sino también de sus consecuencias en el medio, las condiciones laborales, la equidad social y la claridad corporativa. La aglutinación de estas facetas ha transfigurado la manera como los mercados financieros desdoblan recursos a nivel mundial (Fichtner et al., 2025).

La dimensión ambiental del paradigma ESG tiene que ver con las secuelas que tienen las labores económicas en nuestro entorno natural y su respectiva mensuración. Se contempla aquí la expulsión de gases que calientan nuestro planeta, la utilización de los recursos del planeta, el manejo de desechos que generamos, qué tan eficientes somos usando la energía, y cómo nos adaptamos al clima que está cambiante. La permanencia ecológica,

ese concepto que cada vez es más importante, ha impulsado la movida de poner capital en energías que se renuevan solas, innovaciones que son sostenibles y negocios que dejan una huella muy pequeña en el entorno, y todo esto cambia la manera en que operan las bolsas de valores mundiales.

El rol social de la visión ESG se ocupa de la comunicación entre corporaciones y el Estado, además de con la sociedad en su totalidad. Este aspecto cubre desde las situaciones de trabajo, la defensa de los derechos de las personas, hasta el fomento de la diversidad, la integración, el bienestar de la comunidad y un reparto equitativo de las posibilidades económicas. Las organizaciones que apoyan acciones sociales con responsabilidad, con frecuencia construyen una credibilidad mayor ante inversionistas, consumidores y entes de control, algo que puede significar una ventaja competitiva en el mundo empresarial.

El lado de gobernanza está unido al modo en que las compañías se dirigen y son supervisadas, abarcando cosas como la claridad en la información, la rendición de cuentas, la honestidad en los negocios y la habilidad para gestionar una empresa. Un sistema de gobierno fuerte ayuda a bajar los peligros de malas prácticas, de administraciones deficientes o de decisiones equivocadas, aumentando por ende la percepción de estabilidad y de predictibilidad ante las bolsas del mundo.

Los inversores profesionales tienen un papel muy importante en la difusión de las inversiones que consideran el medio ambiente y lo social. Fondos de jubilación, compañías de seguros, fondos soberanos y administradoras de carteras tenían incorporados gradualmente parámetros ESG en sus sistemas de colocación de capital. Este traslado responde a evaluaciones de carácter moral, así como al reconocimiento de que las inversiones con un perfil de sostenibilidad tienen potencial de ofrecer retornos semejantes a lo largo del tiempo con una reducción en las medidas de riesgo.

Los mercados financieros han ideado instrumentos especiales, creados con la intención de dirigir fondos a proyectos de carácter sostenible. Por ejemplo, tenemos la existencia de bonos verdes, bonos sociales, y también bonos vinculados a la sostenibilidad misma. La finalidad de estos instrumentos, de hecho, es financiar proyectos que se centran en energías renovables, infraestructura ciertamente sostenible, en educación, en salud y, de igual modo, en el desarrollo social. Esto colabora en la reorientación del capital global hacia actividades las cuales, intrínsecamente, generan un impacto positivo real.

De acuerdo con Fichtner et al. (2025), las agencias que evalúan el riesgo, además, han incorporado en sus análisis criterios ESG. Lo que esto significa es que la sostenibilidad tanto de un país como de una empresa podría afectarles la capacidad de obtener financiamiento y, por ende, el costo del crédito que reciben ellos. La adopción de estos criterios, a ciencia cierta, refleja una visión del riesgo más amplia y completa, que en verdad ya no solo se limita a los indicadores financieros que usualmente vemos, sino que además engloba factores ambientales y sociales.

El cambio climático, si bien es cierto, ha sido uno de los principales impulsores detrás del crecimiento que las finanzas sostenibles han experimentado. La preocupación se ha sentido mucho por el aumento de temperaturas severas, cambios en el clima y la pérdida de biodiversidad, afectando a los mercados globalmente. Por esa razón, inversionistas intentan hacer menos riesgosas las actividades con mucha huella de carbono y aumentar las áreas verdes que apoyen la transición energética.

La transición energética a nivel mundial ha devenido un eje principal de las finanzas sustentables. La migración desde combustibles fósiles hacia energías renovables precisó inversiones colosales en infraestructura, tecnología y redes eléctricas. Este proceso presentó oportunidades emergentes para financiamiento global, a la vez que ejercía presiones sobre las industrias ancestrales de hidrocarburos.

Organizaciones internacionales estuvieron promoviendo con ahínco la adopción de normativas ESG. Entidades como el Banco Mundial y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos desarrollaron marcos y lineamientos para alentar el financiamiento sustentable y acrecentar la claridad en los mercados financieros mundiales.

La normativa financiera también se ha tornado para incluir criterios de sustentabilidad. Numerosos países impusieron políticas requiriendo más información ambiental y social por parte de las compañías. Dichas normas pretenden mejorar la visibilidad, minimizar riesgos del sistema y dirigir los flujos de capital hacia emprendimientos más sostenibles.

La tecnología financiera (fintech) ha impulsado el progreso financiero sostenible con instrumentos para mensurar, observar y comunicar el efecto ESG de las inversiones. La inteligencia artificial, el análisis de datos y las plataformas digitales han agilizado la valoración de peligros ambientales sociales al instante; la eficacia del sistema financiero prospera.

Las economías emergentes se encuentran con oportunidades y retos, de igual forma, al adoptar criterios ESG. Por un lado, poner en marcha costumbres sustentables puede simplificar el acceso a fondos globales y llamar capital foráneo. Por el otro, los desembolsos de ajuste serían considerables, sobre todo en naciones con menos progreso institucional tecnológico (Fichtner et al., 2025).

La significancia, cada vez mayor, de las finanzas sustentables refleja una mutación fundamental del circuito monetario planetario. El capital, hoy día, no se distribuye únicamente en virtud del beneficio económico instantáneo, sino también tomando en cuenta la repercusión prolongada sobre la colectividad, el entorno. Esta alteración está modelando de nuevo los planes de inversión y el modo de comprender el avance económico.

Finanzas sostenibles y los estándares ESG plantean una lógica renovada en la operativa del sistema financiero mundial. Integra rentabilidad, sostenibilidad, responsabilidad social con criterios de apoyo. En el marco del actual sistema global, esta dirección promete ser componente esencial para erigir un esquema económico planetario equitativo, robusto y abocado a progreso duradero.

Figura 7.3 Finanzas sostenibles y estándares ESG



Elaborado: Autores

7.6 Inteligencia financiera y mecanismos de cumplimiento global

La inteligencia financiera es una pieza clave en el complejo entramado económico global actual. Su rol fundamental consiste en localizar, prevenir y dominar acciones ilícitas que pululan en las corrientes de dinero a escala mundial. Ante la complejidad escalada de las conversaciones globales, la digitalización de los mercados y el ensanchamiento de los vínculos monetarios que cruzan fronteras, las maquinarias de inteligencia financiera se han vuelto imprescindibles para resguardar la claridad, la equidad y la solidez del entramado financiero que abraza la tierra.

La idea de inteligencia financiera enfatiza un conjunto de procedimientos destinados a recopilar, verificar y aplicar datos acerca de los movimientos de dinero en un esfuerzo por identificar engaños sospechosos, tales como el blanqueo de activos, la financiación de grupos ilegales, la evasión de tributos o el despilfarro de capital. Estos procedimientos posibilitan a los países y entidades transnacionales observar los giros de capital y señalar patrones susceptibles de ser criticados y que potencialmente alteren la prosperidad económica o la seguridad global (Rodríguez, 2024).

Las unidades de inteligencia financiera, las UIF, son organismos dedicados que tienen la misión de recibir, analizar y encausar información financiera pertinente hacia las dependencias autorizadas. Estas organizaciones operan como centros nodales dentro de los sistemas para prevenir delitos financieros en cada país y acostumbran a cooperar con bancos, instituciones reguladoras y entes internacionales para consolidar la fiscalización del sistema monetario. Su labor es primordial para asegurar que se respeten los convenios globales.

La observancia corporativa global involucra ese cúmulo de directrices, metodologías y recursos con los que se certifica que tanto las instituciones financieras como otras empresas respeten los preceptos de cada nación y las normativas del ámbito mundial. Este armazón de reglas contempla orientaciones para disuadir la captación de capitales ilícitos, la complicidad con operaciones clandestinas y la entrega de retribuciones ilegítimas, sin obviar el establecimiento de rutinas de diligencia debida y monitoreo en las transacciones monetarias. Asegurar la adecuación ha pasado a ser una demanda indispensable para tomar parte activa en las plazas comerciales universales.

Un elemento fundamental en el ámbito de la conformidad internacional resulta ser el Grupo de Acción Financiera Internacional con su propósito de instaurar directrices universales para luchar contra el blanqueo de capitales y la financiación del terrorismo. Las recomendaciones emitidas por este grupo son incorporadas por un gran número de naciones y forman el cimiento para la elaboración de esquemas locales de supervisión económica.

Además, la concepción del acatamiento corporativo a escala planetaria engloba la colaboración entre instituciones bancarias en todo el mundo, aparatos estatales y consorcios multinacionales. Esta convergencia impulsa la diseminación de datos, la convergencia de normativas y la amplificación de la aptitud de respuesta frente a transgresiones económicas de índole transnacional. La concertación a nivel internacional es de vital importancia dada la condición globalizada de las corrientes monetarias ilícitas.

La metamorfosis digital en las finanzas revolucionó bastante las operaciones de inteligencia financiera. La adopción de tecnologías punta, como IA, análisis de datos masivos y mecanismos de seguimiento automáticos, potenció en gran medida la habilidad para identificar irregularidades en vastos volúmenes de transacciones. Dichas soluciones propician la detección preambular de peligros y un mayor rendimiento en la normativa (Khoury et al., 2023).

Las criptomonedas y los activos digitales plantean un reto nuevo para la inteligencia financiera global. Dada su naturaleza descentralizada y su altísima velocidad de transacciones, estos activos pueden ser empleados para ocultar o mover fondos de maneras que cuesta rastrear. Esto ha obligado a los reguladores internacionales a urdir nuevos marcos normativos y aparatos de control ajustados a la economía digital.

El intercambio global de datos financieros constituye una pieza clave para el cumplimiento a escala mundial. A través de pactos entre varios países, las naciones intercambian pormenores sobre operaciones dudosas, depósitos bancarios y flujo de dinero. Tal transferencia amplifica la capacidad de las administraciones para luchar contra la delincuencia financiera y minimiza las avenidas de elusión mediante territorios no transparentes.

Los paraísos fiscales representan retos mayúsculos para los sistemas de inteligencia financiera. Esas jurisdicciones promueven ambientes con ventajas fiscales y sigilo de datos; cosa que ayuda a ocultar billete y huir de tributos. Globalmente, el esfuerzo para

lograr mayor transparencia y limitar la utilización indebida de estos lugares para faenas ilícitas ha aumentado.

Las sanciones económicas internacionales, en verdad, entretejen el entramado de la regulación mundial. A gobiernos y grupos organizados les resulta factible establecer impedimentos económicos sobre naciones, empresas o personas cualesquiera, funcionando como fuerza de influencia política o salvaguarda. Con harta frecuencia, estas acciones implican el congelamiento de patrimonio, vetos bancarios, además de limitaciones de ingreso a los mercados mundiales de finanzas.

El aseguramiento económico constituye, de igual modo, una viga maestra en las operaciones de inteligencia a escala planetaria. El ejercicio de normas sobre comunicación económica, revisión y publicación de detalles contribuye a menguar los peligros de engaño y a fomentar la fe en los mercados internacionales de dinero. Esta claridad posibilita, adicionalmente, una mejor asignación de capital.

Una cooperación entre bancos centrales, supervisores financieros y entidades internacionales aumenta potentemente la efectividad de las iniciativas de cumplimiento. Estos grupos trabajan juntos para definir reglamentos uniformes, vigilar su correcta implementación y actuar ante incidentes relacionados con actividades financieras ilegales. La coordinación global es indispensable para afrontar amenazas que trascienden fronteras.

Según Rodríguez (2024), la creciente conexión de las finanzas mundiales ha magnificado la intrincada naturaleza de las transacciones económicas ilícitas, demandando sistemas de inteligencia más avanzados. Una adaptabilidad constante de los marcos regulatorios se hace esencial para abordar nuevas formas de evasión, fraude y manipulación del dinero. Esto implica actualizar frecuentemente las directrices y mejorar las tecnologías disponibles.

En el amplio panorama actual, la inteligencia financiera ejerce una dualidad de ser protectora y, a la vez, fomentar la solidez económica, además de proporcionar una salvaguardia completa. Es crucial para mantener la integridad del sistema monetario protegiendo la confianza en los mercados y disuadiendo riesgos que pudieran afectar la

economía mundial. Para tal objetivo, los mecanismos de cumplimiento globales deben ser un componente insustituible en la gestión económica de los países.



EDITORIAL ANDES COGNITIO

CAPÍTULO VIII

PROSPECTIVA INTERNACIONAL Y ESCENARIOS DEL FUTURO GLOBAL



CAPÍTULO VIII

PROSPECTIVA INTERNACIONAL Y ESCENARIOS DEL FUTURO GLOBAL

8.1 Configuración multipolar del sistema internacional hacia 2050

El presente contexto global atraviesa un momento de profunda metamorfosis estructural, marcada por el debilitamiento gradual de una hegemonía unipersonal y la gestación de una disposición policéntrica. Este viraje trae consigo una reorganización del poder económico, político, militar y tecnológico, distribuyéndose entre diversos centros de influjo planetario. En este mismo contexto, la visión de futuro global enfoca sus esfuerzos en examinar las tendencias de largo alcance que darán forma al diseño del orden mundial a mediados de este siglo, particularmente con la mira puesta en el año 2050.

La multipolaridad se entiende como una organización en la cual diversas naciones o alianzas regionales ejercen una importancia sustancial en la gobernanza global. A diferencia de modelos anteriores dominados por uno o dos actores poderosos, la multipolaridad supone una distribución más extensa del control y un lazo fortalecido entre los actores globales. Tal escenario ofrece oportunidades para trabajar juntos, así como aumenta las fricciones estratégicas en áreas económicas, tecnológicas y de defensa territorial (Hernández, 2022).

El surgimiento de economías emergentes se presenta como un catalizador principal en el cambio hacia un orden de naturaleza policéntrica. Economías emergentes como China, India y otras potencias regionales han incrementado su participación en el comercio mundial, la inversión internacional y la producción industrial global. Este proceso ha modificado la estructura tradicional del poder económico, reduciendo la concentración histórica en economías occidentales.

La ascensión de China representa, en efecto, uno de los pilares centrales que definen la reconfiguración del panorama global. Su imparable desarrollo en esferas económicas, científicas y militares ha alterado de forma radical el modo en que la comunidad internacional negocia, invierte y crea innovaciones. La Iniciativa de la Franja y la Ruta, un plan ambicioso, ha extendido su influjo por vastas regiones, consolidando su presencia en África, Asia, Europa y América Latina.

India también emerge como un actor de peso en el escenario multipolar a medida que nos acercamos a 2050. El aumento de su población, los avances en tecnología y la expansión del sector servicios la posicionan como una potencia cuya influencia mundial será considerable. El robustecimiento de su economía digital y su participación en redes de producción global solo subrayan su relevancia en la economía internacional venidera.

Por su parte, los bloques regionales tendrán un papel cada vez más determinante en la gobernanza mundial. Bloques como la Unión Europea, el ASEAN y varios acuerdos de integración territorial facilitan la coordinación de políticas económicas, comerciales y de defensa. Estas entidades supranacionales actúan como catalizadores colectivos magnificando el peso político de sus integrantes a escala planetaria.

La interdependencia económica seguirá siendo un atributo primordial del orden internacional de cara a 2050. Aun con crecientes fricciones geopolíticas, las naciones seguirán confiando en estructuras internacionales de comercio, financiamiento, y avance técnico. Esa interconexión fomenta motivaciones para la colaboración, aun si agrava la fragilidad ante desequilibrios globales y desavenencias entre estados.

La lucha por la primacía tecnológica se reflejará como uno de los cimientos de la polaridad múltiple del futuro. La inteligencia artificial avanzada, la computación cuántica, la biotecnología y las fuentes de energía renovadas darán forma de manera significativa a la balanza de poder planetario. Los países que dominen esas esferas se ganarán ventajas estratégicas importantes en las esferas económicas y de defensa.

El asunto del cambio climático emerge como una fuerza definitoria que va a dar forma al panorama del sistema global en camino a 2050. Las secuelas ambientales afectarán la seguridad de los alimentos, la disponibilidad de recursos naturales y la firmeza económica de variadas regiones. Esto dará lugar a novedosas modalidades de entendimiento y, también, a posibles desavenencias por elementos de valor estratégico.

La seguridad energética continuará siendo un componente clave del poder geoeconómico. La distribución de recursos energéticos y la capacidad tecnológica para su aprovechamiento seguirán influyendo en las relaciones internacionales, a pesar de que la transición hacia energías renovables avanzará progresivamente. La competencia por minerales críticos y tecnologías limpias se hará un elemento central del orden global.

La fragmentación parcial del sistema internacional también será una característica del escenario futuro. Aunque existe interdependencia global, se observa una tendencia hacia la formación de bloques económicos y tecnológicos relativamente autónomos. Este fenómeno puede dar lugar a un sistema híbrido entre globalización y fragmentación regional.

Las instituciones internacionales enfrentarán desafíos significativos en la gobernanza del sistema multipolar. Organismos como la Organización de las Naciones Unidas deberán adaptarse a una mayor diversidad de actores y a nuevas dinámicas de poder. La eficacia de estas instituciones dependerá de su capacidad para incorporar las transformaciones del sistema internacional.

La innovación y digitalización mundiales cambiarán radicalmente las estructuras de poder globales. La economía digital propiciará nuevas formas de competencia y dominación de la información, impactando la soberanía nacional y la gobernanza planetaria. Las plataformas y los sistemas de datos se convertirán en nodos estratégicos de máxima importancia.

De acuerdo con Hernández (2022), la desigualdad a escala global se mantendrá como un obstáculo inherente hacia el año 2050. A pesar de que algunas naciones emergentes alcancen logros significativos, seguirán existiendo brechas en el crecimiento económico, en el tecnológico y en el desarrollo social entre diversas regiones. Dichas disparidades ejercerán influencia en la estabilidad del orden mundial y en la distribución del poder en el planeta.

Dentro del escenario multipolar previsto para el año 2050, el sistema internacional exhibirá una mezcla de rivalidad estratégica, interconexión económica y acelerada evolución tecnológica. La capacidad de las naciones para ajustarse a este entorno dependerá de la solidez de sus instituciones, su ingenio innovador y su habilidad para integrarse en redes globales de influencia económica y tecnológica.

Figura 8.1

Elaborado: Autores

8.2 Inteligencia artificial y automatización de la economía global

La inteligencia artificial, junto con la automatización, constituye, realmente, pilares transformadores sumamente importantes en la economía global de hoy en día, porque su habilidad es remodelar producción, estructuras laborales y la competencia internacional. Desde una perspectiva global, estos avances tecnológicos son mucho más que mejoras técnicas; son factores estratégicos que determinan cómo el poder económico se distribuye entre países, empresas y regiones. Su impacto se sentirá como un cimiento inquebrantable en el panorama económico global para el año 2050.

La inteligencia artificial realmente es vista como una amalgama de tecnologías con la facultad de emprender tareas que previamente solo estaban al alcance del hombre, por caso, aprender, razonar, solucionar cuestiones y reconocer patrones. Dichas destrezas propiciaron que fuera asimilada en incontables rubros económicos, ya desde la producción y las bolsas de valores, transitando por la logística, la atención médica y el trato comercial mundial. El florecimiento acelerado de la IA ha representado un empuje mayúsculo en la eficiencia productiva y en la velocidad con que la información se procesa globalmente (Guilcamaigua et al., 2025).

Por otro lado, la automatización se relaciona con la aplicación de sistemas tecnológicos para llevar a cabo procesos industriales con mínima intervención de personas. Este acontecer incluye desde maquinaria de manufactura avanzada hasta complejos sistemas robóticos y secuencias algorítmicas de elección. La automatización transformó la estructuración laboral significativamente, reduciendo la necesidad de fuerza humana en áreas concretas y a la vez aumentando la petición de profesionistas altamente capacitados.

La implantación de inteligencia artificial en la economía mundial ha provocado una reorganización de las cadenas de valor. Los quehaceres de producción están cambiando a sistemas más digitales, donde el examen de información, la previsión de modelos y la optimización de procedimientos son cosas importantes. Esta transformación ha aumentado la importancia de la economía del conocimiento como un motor principal de la competencia global.

En el ámbito industrial, la automatización ha traído consigo la idea de la "industria inteligente", también conocida como Industria 4.0; esta se define por la integración de máquinas, sistemas ciberfísicos y plataformas digitales. Este planteamiento faculta una producción más adaptable, eficaz y hecha a la medida, realzando la capacidad de competir de las naciones que implementan estas innovaciones velozmente. Los países con mucha habilidad técnica tienden a asegurar ventajas estructurales en este nuevo panorama productivo.

El impacto de la inteligencia artificial en el mercado laboral de todo el mundo es significativo y complicado. Por un lado, la automatización podría sustituir algunos trabajos repetitivos, sobre todo los que consisten en tareas manuales. Alternativamente, surgen empleos nuevos en ámbitos tales como la programación, el análisis de datos, la ingeniería de sistemas y la administración tecnológica. Este proceso implica una transformación estructural del empleo más que una simple reducción de puestos de trabajo.

La economía digital es, hoy por hoy, el principal campo donde la inteligencia artificial halla su expansión. Plataformas tecnológicas, el comercio electrónico y esos servicios que se basan en datos, todo esto saca partido de algoritmos verdaderamente sofisticados. Su propósito es, sin duda, afinar las decisiones empresariales y hacer mucho más rica la vivencia de cada usuario. Por eso mismo, todo este contexto ha amplificado de forma

monumental la importancia de los datos. Son un recurso esencial, un activo clave, vamos, en la economía que mueve el mundo.

La pugna geopolítica referente a la inteligencia artificial se perfila como uno de los aspectos más relevantes. Hablamos del panorama internacional actual. Las economías con mayor influencia, aquellas que mandan, destinan capitales ingentes a la investigación, al desarrollo y también al control de tecnologías punteras. Dominar la IA, vaya que se ha convertido en un objetivo estratégico. Un objetivo que recuerda a aquella vieja ambición por controlar los recursos energéticos en etapas históricas anteriores.

Y no nos olvidemos: la automatización también influye a nivel global en la productividad. Gracias a ella, los gastos se ven reducidos. La eficiencia, eso sí, aumenta en la producción de bienes y en la prestación de servicios. Este incremento de productividad, bien mirado, podría impulsar la expansión económica. Pero ojo, también existe la posibilidad de que amplíe aún más las diferencias entre países, esos que llevan un ritmo distinto en su avance tecnológico.

Según Medina-Romero (2026), las redes logísticas globales están sufriendo mudanzas importantes por inteligencia artificial y automatización. Pronóstico de demanda, ajustes de inventario y gestión dinámica de movilidad han realzado mucho la productividad del comercio internacional. Sin embargo, este progreso también ha incentivado una mayor dependencia de infraestructura tecnológica compleja, capacidad que podría dejar de lado a naciones digitalmente menos desarrolladas.

La dirección de inteligencia artificial se muestra como un desafío global. La ausencia de directrices consistentes entre países genera riesgos ligados al uso apropiado de herramientas, protección de datos y resiliencia digital. Organismos globales y gobiernos están creando marcos normativos para intentar moderar los impactos de estas innovaciones en la economía y la sociedad.

El progreso de la inteligencia artificial va intrincadamente ligado a la disponibilidad de soporte digital, la adquisición de grandes cantidades de datos y una superior capacidad de procesamiento tecnológico. Esto provocó una concentración de poder tecnológico en pocas compañías y países, afectando directamente la distribución de poder económico mundial.

La automatización también tiene implicaciones en la organización del comercio internacional. Una manera de producir más eficaz y próxima, esto viabilizado por tecnologías avanzadas, podría disminuir la necesidad de aquella deslocalización industrial que hemos conocido. Este movimiento se vincula internamente con procesos como el nearshoring y la reubicación productiva, que buscan mitigar los riesgos inherentes a las cadenas de suministro mundiales.

La inteligencia artificial, aplicada a servicios de índole financiera, ha operado una transformación enorme en la gestión de riesgos, en cómo se valora la solvencia y en el direccionamiento de las decisiones de inversión. Los esquemas algorítmicos permiten un examen de cantidades enormes de datos en el mismo instante en que surgen, mejorando así la eficiencia de los mercados financieros y la asignación de recursos monetarios a nivel mundial.

La revolución tecnológica está catalizada por la inteligencia artificial y la automatización, en proceso de reformular los fundamentos de la fortaleza económica globalmente. Las naciones y las zonas geográficas que consigan integrar bien estas nuevas creaciones conseguirán ventajas competitivas grandes en la economía mundial próxima. Por otro lado, los que hallen obstáculos para usarlas tal vez vean aumentar las diferencias en su desarrollo y capacidad para competir (Guilcamaigua et al., 2025).

8.3 Nuevos conflictos económicos y geoeconómicos

Las presentes contiendas económicas y geoeconómicas muestran un cambio respecto a las diferencias antiguas entre países, ya que la fuerza militar ha sido, en parte, sustituida o asistida por recursos económicos, tecnológicos y de finanzas. Dentro de la estructura internacional vigente, la rivalidad entre los grandes estados se manifiesta cada vez más a través de tratos comerciales, sanciones, la vigilancia de cadenas de suministro y la carrera por desarrollos clave. Estos tipos de pleitos alteran la naturaleza de la preponderancia global y amplían el concepto de seguridad hacia dominios monetarios.

Las disputas geoeconómicas tienen la posibilidad de ser clasificadas como tensiones entre actores mundiales que usan instrumentos financieros para alcanzar fines estratégicos, políticos o defensivos. Diferentes a los enfrentamientos militares de costumbre, estas luchas se desarrollan mediante mecanismos como impuestos, restricciones comerciales, multas financieras, control de ventas de tecnología y la lucha por activos esenciales. Sus

efectos son globales, dada la interconexión de las economías contemporáneas (Gan, 2024).

Una zona primordial de desacuerdo económico actual es la pugna entre los países más influyentes, particularmente en el campo del intercambio internacional. Las disputas mercantiles han cobrado una relevancia capital motivadas por la instauración de vallas proteccionistas, restricciones a la inyección de capital extranjero, y directivas sectoriales dirigidas a realzar el posicionamiento competitivo del propio país. Estas desavenencias subrayan un giro paradigmático, abandonando una estructura de comercio globalizado sin obstáculos, encaminándose hacia un modelo mucho más fragmentado.

El dominio de tecnologías de avanzada representa además un pilar fundamental de las disputas geoeconómicas. En el ámbito de la inteligencia artificial, los microprocesadores, la computación avanzada y la seguridad cibernética ahora son zonas críticas de rivalidad global. Las naciones procuran garantizar la primacía tecnológica como una palanca importante de influencia económica y protección nacional, con lo que aumentan las limitaciones a la difusión de conocimiento y la transferencia tecnológica.

Las cadenas logísticas a nivel planetario de igual modo emergieron como un ámbito de lucha estratégica. La fragilidad ante los materiales esenciales originarios de zonas delimitadas ha fabricado debilidades que las naciones buscan mitigar por medio de tácticas de reubicación de fábricas, multiplicación de fuentes de suministro y potenciación de la industria doméstica. Dicho desarrollo contribuye a la división incompleta de la actividad económica mundial.

Los embargos económicos se consideran un instrumento núcleo en las confrontaciones geoeconómicas del presente. Esas directrices involucran prohibiciones comerciales, inmovilizaciones monetarias y ataduras al ingreso a plataformas monetarias internacionales. Su utilización permite ejercer presión política sin recurrir al uso de la fuerza militar, aunque sus efectos pueden ser amplios y afectar a economías enteras.

La competencia por los recursos valiosos exacerba las tensiones económicas en un grado aún mayor. Recursos como el litio, el cobre, el petróleo, el gas y los metales raros son vitales para la transición energética y el avance de la tecnología. Quién controla y tiene acceso a estos recursos es hoy crucial en la geopolítica.

La transformación del sistema financiero global también genera brechas económicas nuevas e inesperadas. El surgimiento de nuevos métodos de pago, la variedad de divisas de reserva y las disputas entre bloques económicos apuntan a un reajuste global. Estas dinámicas podrían crear fricción entre países y socavar la estabilidad económica mundial.

La entrada del ámbito digital a la economía trae consigo nuevas formas de confrontación geoeconómica en torno a la primacía de los datos, las plataformas digitales y la seguridad en línea. Los datos se han vuelto un activo estratégico fundamental, suscitando debates sobre quién los posee, quién los almacena y cómo se usan. La autarquía digital hoy día, se considera un constituyente fundamental en la política económica a nivel global.

Las empresas globales influyen importantemente en las pugnas económicas de todo el mundo. Su capacidad para operar en distintas naciones les da poder significativo para modelar las cadenas de valor, el flujo de dinero y la difusión de la tecnología. A veces, estas mismas entidades se vuelven un punto clave en desacuerdos entre países.

De acuerdo con McGuirk y Trebesch (2025), las disputas geoeconómicas afectan notablemente el desarrollo financiero a escala global. Medidas como las barreras comerciales, multas económicas y restricciones tecnológicas pueden minar la operatividad de los mercados mundiales, disparar los costos productivos, y sembrar desasosiego en las inversiones. Por consiguiente, podríamos ver recesiones y mutaciones en los patrones de comercio internacional.

La reorganización económica por regiones ha emergido como una respuesta parcial a tales disputas. Los países buscan fortalecer bloques regionales con el fin de reducir su vulnerabilidad a presiones externas y maximizar su poder de negociación en el escenario internacional. Este avance fomenta la configuración de espacios económicos más autónomos o alineados de forma estratégica.

El sistema monetario internacional ahora enfrenta presiones significativas debidas a la competencia entre distintas monedas y la aparición de nuevas estructuras financieras. De forma similar, algunas monedas de gran importancia ven su liderazgo desafiado por novedosas propuestas que aspiran a diversificar las transacciones monetarias dentro del intercambio global. Claramente, esta situación ilustra un ajuste en la distribución del poder económico a nivel mundial.

Las tensiones económicas contemporáneas están íntimamente ligadas a la preservación de la soberanía nacional. Los estados valoran ahora de forma más contundente la solidez económica, el avance tecnológico y la fortaleza de sus redes de suministro como componentes esenciales para su seguridad global. Esta visión ampliada de la seguridad, consecuentemente, incita a una mayor intervención del Estado en las esferas económicas.

La gobernanza a escala mundial se las ve negras para gestionar estos roces dada la escasez de herramientas de control compartidas. Organizaciones internacionales se esfuerzan para solventar desavenencias económicas complejas en un panorama donde las rivalidades entre potencias son cada vez mayores. Por consiguiente, se tiende a favorecer acuerdos individuales entre países o grupos regionales.

Los recientes conflictos económicos y geoeconómicos dan fe de una mutación profunda en la estructura del orden global. El enfrentamiento entre naciones se manifiesta actualmente de manera más asidua mediante canales económicos y tecnológicos. En este escenario, la interdependencia global coexiste con la rivalidad estratégica, generando un entorno complejo que redefine las bases del poder y la cooperación internacional.

Figura 8.2 Conflictos económicos y geoeconómicos



Elaborado: Autores

8.4 Transformación del comercio internacional y de las cadenas de suministro

El comercio internacional ha experimentado mutaciones estructurales considerables en los años recientes, estimuladas por la globalización, los avances tecnológicos, y las variaciones en la estructuración de la manufactura mundial. En la estructura económica actual, el trueque de bienes y servicios se funda ahora no solo en beneficios comparativos clásicos, sino también en intrincadas telarañas de manufactura fragmentada que enlazan diversas naciones. Este movimiento ha rediseñado la aritmética del comercio planetario y magnificado la interconexión entre economías.

Las cadenas de suministro a escala mundial se alzan como el pilar del comercio internacional actual. Tales cadenas autorizan que las distintas fases de manufactura de un producto se ejecuten en países dispares, con base en factores como costes de mano de obra, acceso a materias primas, infraestructura, y aptitudes tecnológicas. Este esquema ha posibilitado un incremento en la efectividad de manufactura, pero igualmente ha traído consigo debilidades ante crisis, choques geopolíticos, e interrupciones logísticas.

La globalización productiva impulsó la expansión de estas cadenas durante finales del siglo XX y principios del XXI. Empresas multinacionales reorganizaron sus procesos de producción para aprovechar diferencias de costos entre países, generando redes altamente integradas a nivel global. Este fenómeno permitió la reducción de precios, el aumento del comercio mundial y la expansión de mercados, aunque también incrementó la dependencia entre economías.

A pesar de todo, se percibe recientemente un patrón cambiante en la estructura de las cadenas de suministro. Elementos como la crisis sanitaria COVID-19, fricciones comerciales entre naciones importantes y retos logísticos han puesto de manifiesto la vulnerabilidad de esquemas altamente globalizados. Por esta causa, un número considerable de empresas y gobiernos empezaron a reconsiderar la ubicación de sus operaciones de manufactura (Rymarczyk, 2022).

Este giro ha desencadenado la emergencia de metodologías como el nearshoring, reshoring y friendshoring, que buscan acercar la manufactura a las áreas de consumo o a países aliados políticamente. Las metodologías pretenden reducir peligros, aumentar la resiliencia de las cadenas de suministro y conseguir una supervisión más rigurosa sobre

los procesos de producción clave. Esta transformación señala un cambio hacia un modelo de globalización más definido y con menos homogeneidad.

La integración de tecnologías digitales al comercio internacional se erige como otro motor primordial en su desarrollo. La adopción del comercio electrónico, junto a plataformas digitales y sistemas logísticos avanzados, mitigó obstáculos geográficos y económicos tradicionales. Esto posibilita la incursión de pequeñas y medianas empresas en mercados globales que antes las grandes corporaciones controlaban.

La automatización junto a la inteligencia artificial también ha impactado la eficacia del comercio exterior. Esos sistemas logísticos avanzados posibilitan optimizar caminos de transporte, anticipar demandas y decrecer gastos operativos. Estas innovaciones han fortalecido la unión de los mercados universales, aunque también han incrementado la confianza tecnológica de naciones determinadas.

El comercio mundial actual es más y más influido por cuestiones geopolíticas. Las elecciones de política exterior, las sanciones económicas y las rivalidades entre potencias impactan directamente los movimientos comerciales. Esto ha originado una división creciente del sistema comercial mundial en grupos económicos con variados grados de unión.

Las series de suministro de artículos esenciales, como chips semiconductores, la energía, la comida y los metales importantes, han cobrado una relevancia geoeconómica principal. El dominio de estas series se ha convertido en un componente importante de rivalidad internacional, pues esto define la capacidad de las naciones de mantener su progreso tecnológico e industrial (Molina y Altamirano, 2023).

Las políticas industriales están renaciendo: herramientas esenciales para los estados en esta transformación del comercio globalizado. Muchos países ahora están trazando caminos para su industria interna; sectores clave tratan de fortalecerlos, apuntando así a minimizar dependencias externas y robustecer su economía.

La sostenibilidad, sorprendentemente también, está impulsando un reordenamiento en el comercio internacional. Las normativas ambientales, los parámetros de carbono, y las estrategias de energía de transición están, de hecho, alterando los prerrequisitos de producción y exportación. Como resultado, están surgiendo nuevas fortalezas competitivas para naciones con economías más verdes o dotadas de energías renovables.

La logística a escala mundial se enfrenta a desafíos originados por la intrincada naturaleza de las cadenas de suministro que se expanden. La urgencia de sincronizar a innumerables participantes en variadas zonas geográficas exige redes de transporte, acopio y manejo de datos más avanzadas. Por consiguiente, la infraestructura logística se ha vuelto un componente crucial para la competitividad.

Los episodios críticos recientes, curiosamente, han expuesto la fragilidad de las cadenas mundiales frente a interrupciones imprevistas. Dificultades tales como barreras fronterizas, tensiones geopolíticas o calamidades naturales pueden impactar seriamente el acceso a bienes de primera necesidad. Por lo tanto, ha crecido la inquietud respecto a la resistencia y la multiplicidad de fuentes de suministro.

Según Rymarczyk (2022), el surgimiento de las economías en desarrollo también está impactando significativamente el comercio global. Estos países, cada vez más, ejercen una influencia notable en los intercambios mundiales, contribuyendo a un giro en el equilibrio del poder económico mundial. El fenómeno, paralelamente, va de la mano con una competencia regional cada vez mayor, tanto por inversiones como por una posición ventajosa dentro de las cadenas de producción globales.

Una observación recurrente, sin duda alguna, es la marcada división del comercio internacional en distintas agrupaciones económicas. Los acuerdos regionales y las alianzas estratégicas, al parecer, están alterando los flujos comerciales, creando así modelos alternativos de unión económica. Si bien esta situación pudiera traer beneficios en cuanto a eficiencia en algunos aspectos, también puede representar, ojo, peligros de exclusión y redundancia en las estructuras comerciales.

Mirando hacia el futuro panorama del orden global, las transacciones mercantiles y las cadenas de suministro, es de esperar que continúen evolucionando hacia esquemas más integrados. En ellos, la escala planetaria coexistirá, sin duda, con un enfoque regional marcado y una sólida fortaleza económica. La capacidad de adaptarse a estos cambios, sin duda, será absolutamente crucial para la competitividad de las naciones y su posición dentro de la economía mundial.

8.5 Construcción de escenarios globales futuros

La elaboración de escenarios globales de porvenir representa una herramienta esencial para la prospectiva internacional, lo que facilita el análisis de posibles senderos del

sistema global frente a varias circunstancias económicas, políticas, tecnológicas y ambientales. Este método busca no predecir el mañana exactamente, sino más bien organizar opciones las cuales son creíbles, y eso ayuda a los líderes a anticipar peligros, identificar conveniencias y diseñar planes más flexibles en un contexto mundial lleno de imprecisión (Patrouilleau, 2025).

La disección de escenarios se basa en señalar factores importantísimos que influyen en la evolución del sistema internacional. Entre estos factores resaltan el aumento económico a nivel global, la distribución de la influencia entre naciones que emergen, el avance tecnológico, la calma de las relaciones políticas, el cuidado del medio ambiente y el cambio de la población. El entrelazamiento de estas piezas produce configuraciones diversas que por su parte delinear diferentes porvenires alternos.

Una ilustración de escenario que se discute mucho en la escritura prospectiva es una multipolaridad donde las potencias cooperan y en la que varios centros de fuerza económica y política logran establecer sistemas de dirección mundial de una firmeza notable. En este escenario, las potencias compiten, pero también cooperan en áreas como cambio climático, comercio internacional y regulación tecnológica, reduciendo la probabilidad de conflictos sistémicos.

Otra perspectiva que podemos analizar es la fragmentación planetaria. Esto involucra la segregación del orden mundial en conjuntos económicos y tecnológicos, más o menos aislados. Bajo estas condiciones, la globalización se debilita y emergen esquemas paralelos de intercambio, inversión y conocimiento. Dicha situación podría disparar la ineficacia económica a nivel global, si bien a su vez potenciar la independencia táctica de ciertas agrupaciones regionales.

El planteamiento de dominio tecnológico se enfoca en la contingencia de que unos mínimos actores acaparen la primacía en áreas tecnológicas cruciales tales como la inteligencia artificial, la computación cuántica y la biotecnología. Este predominio tecnológico podría materializarse en una modalidad de poder planetario basada no únicamente en la economía convencional, sino además en el manejo de las plataformas digitales y los esquemas informativos.

La mutación energética planetaria representa otra dimensión crucial al momento de forjar futuros posibles. De acuerdo con la velocidad con que se adopten fuentes de energía

renovable, los cuadros históricos podrían transitar desde una metamorfosis acelerada hacia economías sin emisiones de carbono hasta una evolución pausada y desapareja.

La mutación climática genera muchos interrogantes a escala global. Las implicaciones de esta varían desde adaptaciones lentas en producción hasta quiebres generales ligados a catástrofes, desplazamientos de personas y la escasez de recursos. La capacidad de ajuste de las naciones afectará de gran manera cómo se formulan estas proyecciones futuras.

La transformación poblacional, además, impacta en la configuración de las proyecciones globales. La evolución demográfica en naciones industrializadas, así como el aumento de población en regiones en desarrollo, pueden cambiar el equilibrio del poder económico a nivel mundial, así como la disponibilidad de mano de obra y la demanda de artículos (Patrouilleau, 2025).

La digitalización y la automatización crean escenarios donde la economía entera se transforma significativamente. Algunas posibilidades sugieren que la inteligencia artificial incrementa notablemente la eficiencia y reduce costos, mientras otras pueden aumentar las brechas y generar tensiones sociales por la sustitución de trabajos comunes.

La gobernanza internacional constituye un componente crucial más en el forjado de los escenarios. La solidez o, en ocasiones, la debilidad de los organismos multinacionales influiría en cómo el escenario mundial gestiona temas de crítica globalidad. Una gobernanza estructurada, firmada a la vez ventajosa para la colaboración, podría, en su decadencia, intensificar riñas entre países.

A la vez, escenarios también abarcan el porvenir de desavenencias geoeconómicas. Mayor disputa en asuntos mercantiles, tecnológicos e incluso de dinero parecería dirigirnos a un horizonte más segmentado. En contraposición, si las fricciones disminuyen, tal vez favorezcan la calma del panorama económico global.

La mejora de técnicas en futurología dio pie a diseños mejor pulidos con la meta de conformar escenarios. Simulaciones de computadora, el examen de datos masivos y también técnicas de inteligencia artificial han reforzado la manera en que podemos anticipar corrientes mundiales. Con todo, estas habilidades todavía se ven limitadas por nichos de imprevisibilidad.

Los diseños globales no tienen que ser entendidos como augurios precisos; más bien, servirían como ayudas para pensar las determinaciones estratégicas. Su valor radica en la

capacidad de preparar a los actores internacionales para enfrentar distintos futuros posibles, reduciendo la vulnerabilidad frente a eventos inesperados. La interdependencia mundial implica que las subsiguientes eventualidades no las soporta una sola entidad, sino el enredo de distintas naciones, corporaciones y grupos. Eso infunde en el sistema mundial una complejidad innata que hace difíciles las predicciones con toda la certeza.

Siguiendo esto, la construcción de predicciones mundiales a futuro facilita la comprensión de la transformación constante del orden internacional. La mezcla de cosas económicas, tecnológicas, ambientales y políticas crea muchas rutas posibles, forzando a los países y colectivos a desarrollar habilidades de ajuste, resiliencia y visión táctica para enfrentar un mundo cambiante y bastante incierto.

Figura 8.3 Escenarios globales futuros



Elaborado: Autores

8.6 Liderazgo estratégico frente a la incertidumbre global

En el escenario internacional contemporáneo, el liderazgo estratégico emergió como factor decisivo para la perdurabilidad y el éxito de naciones, entidades y corporaciones en un marco signado por una profunda imprevisibilidad. La intrincada trama de las coyunturas mundiales presentes ahora, con vertiginosas mutaciones tecnológicas, confrontaciones geoestratégicas y repetidos colapsos económicos, precisa destrezas para prever, ajustarse y determinar rumbos bajo circunstancias donde la información es

deficiente. Considerando esto, el liderazgo estratégico trasciende la mera administración operacional, aunque conlleva el don de vislumbrar perspectivas futuras.

Según Urrego (2020), la noción de liderazgo estratégico abarca la facultad de moldear las resoluciones a escala patria y global trazando miras definidas, ponderando peligros y orquestando medios para materializar aspiraciones ambiciosas. Dicha forma de conducción amalgama facetas políticas, económicas y tecnológicas y demanda un conocimiento hondo del panorama global y sus evoluciones constantes.

La imprevisibilidad global se considera una marca intrínseca del sistema internacional en nuestros tiempos. Crisis financieras, conflictos geopolíticos, pandemias, cambio climático y disrupciones tecnológicas causan escenarios imprevistos que impactan la estabilidad económica y política. Esa inestabilidad hace necesario que los líderes formulen estrategias flexibles y adaptables al crear políticas. Esta incertidumbre obliga a los líderes a adoptar enfoques flexibles y adaptativos en la formulación de políticas.

La formulación de estrategias ya confía bastante en datos sofisticados, análisis de datos y aplicación de IA. Estas tecnologías simplifican detectar patrones, evaluar futuros probables y atenuar fallos en la planificación estratégica. Sin embargo, el depender de sistemas tecnológicos conlleva riesgos cibernéticos para la seguridad de la información.

La conducción estratégica demanda una visión amplia del contexto mundial, captando la interacción entre aspectos financieros, de gobierno, tecnológicos y ecológicos. Una visión así habilita el descubrimiento de oportunidades inéditas y la anticipación de crisis previas a su emergencia, fortaleciendo así las respuestas de las organizaciones internacionales.

La adaptabilidad se considera un pilar fundamental del liderazgo en tiempos de incertidumbre. Los líderes estratégicos necesitan la aptitud para modificar planes y tácticas ante fluctuaciones repentinas en el panorama global. Tal resiliencia es vital para la perdurabilidad y prosperidad en ambientes siempre cambiantes.

La cooperación internacional se levanta también como otro pilar primordial en la forma de ver el liderazgo estratégico. Este universo interconectado que habitamos, donde los incontables desafíos globales difícilmente ceden a respuestas salidas de una sola nación. Tareas de la magnitud del cambio climático, las crisis financieras o la regulación tecnológica exigen sin falta una armonía entre diferentes actores para así alcanzar desenlaces de provecho.

De la misma manera, el liderazgo estratégico tiene que ver con la gerencia activa de riesgos que se extienden por todo el globo. Esto va desde ver venir hasta paliar amenazas de tipo económico, geopolítico y tecnológico. Un dominio fino en esto de lidiar con tales sucesos ayuda a que las naciones se expongan menos a los contratiempos de afuera.

Las organizaciones que tienen peso a nivel internacional tienen un papel bien importante cuando hablamos de liderazgo estratégico a nivel mundial. Organismos como las Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, ponen a disposición las estructuras ideales para que trabajemos juntos y unos mecanismos para conectar que facilitan el lidiar con estas situaciones mundiales tan complejas.

La innovación tecnológica es un componente central del liderazgo estratégico contemporáneo. Los países y organizaciones que lideran en áreas como inteligencia artificial, biotecnología y energías renovables tienen mayores capacidades para influir en la configuración del sistema internacional y definir estándares globales.

El peso de la influencia, de igual modo, se presenta como un factor determinante. La facultad de un actor para dejar huella en el plano global no se circunscribe solo a su poderío pecuniario o bélico, mas también a la aceptación de sus dictámenes por parte de otros sujetos. Dicha influencia se construye a través de sistemas sólidos, transparencia y coherencia en la acción internacional.

La solidez estratégica ha emergido como un objetivo principal frente al escenario de inseguridad mundial. Tal capacidad significa la habilidad para sortear crisis, adaptarse a cambios profundos y recuperarse con celeridad de percances de corte económico o estatal. Los esquemas firmes serían los que logran sostener su funcionamiento incluso bajo condiciones adversas.

El liderazgo estratégico también se vincula con la gestión del cambio estructural en la economía global. La transición hacia economías digitales, sostenibles y basadas en conocimiento exige líderes capaces de dirigir transformaciones complejas y prolongadas. En el sistema internacional actual, el liderazgo estratégico ante la incertidumbre global es un factor crucial para la estabilidad y evolución del orden mundial. La amalgama de visión a largo plazo, adaptabilidad, innovación tecnológica y cooperación internacional será fundamental para encarar los retos de un entorno global crecientemente complejo, interdependiente e impredecible (Urrego, 2020).

BIBLIOGRAFÍA

- Ababio, J. O., Aboagye, A. Q., Barnor, C., & Agyei, S. K. (2022). Foreign and domestic private investment in developing and emerging economies: A review of literature. *Cogent Economics & Finance*, 10(1). <https://doi.org/10.1080/23322039.2022.2132646>
- Aguado Terrón, J. M., Haro de San Mateo, M. V. de, Gómez de Ágreda, Á., & Pérez Escolar, M. (2024). *Desinformación y defensa: Conflictos híbridos, entorno cognitivo y operaciones de influencia*. Dialnet. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=992631>
- Angulo, H. G. (2024). Escenarios de transición. De la geopolítica mundial unipolar a la multipolar. *Revista Comunicación*, 33(1), 120-133. <https://doi.org/10.18845/rc.v33i1.7187>
- Aravena, F. R. (2008). *América Latina y El Caribe: fragmentación o convergencia? : experiencias recientes de la integración*. Flacso-Sede Ecuador.
- Barac, M., & Rodríguez, M. I. L. (2026). Digital geopolitics: regulatory policy and its importance in artificial intelligence in the US, China and the EU. *International Review Of Economic Policy-Revista Internacional de Política Económica*, 7(2), 77-100. <https://doi.org/10.7203/irep.7.2.32668>
- Barón, C. B. (2025). La regulación de los criptoactivos: más allá de un problema de eficiencia. *Revista de Economía Institucional*, 27(53), 133-186. <https://doi.org/10.18601/01245996.v27n53.07>
- Botto, M. (2012). GOBERNANZA GLOBAL y LAS NUEVAS FORMAS DE CONSTRUIR CONSENSOS MULTILATERALES. *Conjuntura Austral*, 3(9-10), 31. <https://doi.org/10.22456/2178-8839.25746>
- Bolwig, S., Ponte, S., Du Toit, A., Riisgaard, L., & Halberg, N. (2010). Integrating Poverty and Environmental Concerns into Value-Chain Analysis: A Conceptual Framework. *Development Policy Review*, 28(2), 173-194. <https://doi.org/10.1111/j.1467-7679.2010.00480.x>
- Briceño, E. V. (2021). *Seguridad de la información*. 3Ciencias.

- Camacho, T., Ramírez, F., & Solís, J. B. (2023). *Plataformas digitales en las PYMES como herramienta de sostenibilidad en tiempos de pandemia*. <https://www.redalyc.org/journal/6219/621977179009/>
- Chávez, N., & Lee, P. C. (2019). Lo que el poder se llevó: la geoeconomía de los recursos energéticos entre China y América Latina. *Estado & Comunes*, 2(9). https://doi.org/10.37228/estado_comunes.v2.n9.2019.126
- Collins, C., & Kincaid, G. R. (2003). *Crisis financieras: experiencia reciente y lecciones para América Latina*.
- Correa Quezada, R. (2016). Las políticas de desarrollo regional en Ecuador. *Yachana Revista Científica*, 5(2), 150-165.
- Davenport, T. (2014). *Big Data at Work: Dispelling the Myths, Uncovering the Opportunities*. Harvard Business Review Press.
- Degterev, D. A. (2019). Multipolar World Order: Old Myths and New Realities. *Vestnik RUDN International Relations*, 19(3), 404-419. <https://doi.org/10.22363/2313-0660-2019-19-3-404-419>
- De las Rosas García Bravo, M. (2024). *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo [Reseña de libro]*. Dialnet. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9563707>
- Díaz-Sarmiento, C. P., & Silva-Guerra, H. (2023). Liderazgo global: una revisión del concepto, enfoques, competencias y retos en el contexto organizacional actual. *Clío América*, 17(34), 58-71. <https://doi.org/10.21676/23897848.5578>
- Ding, J., & Dafoe, A. (2020). The Logic of Strategic Assets: From Oil to Artificial Intelligence. *arXiv* (Cornell University). <https://doi.org/10.48550/arxiv.2001.03246>
- Di Renzo, C. A. (2021). Bruno Fornillo (coord.) *Litio en Sudamérica. Geopolítica, energía y territorios*. Editorial Colectivo. Buenos Aires, 320 págs. ISBN 978-987-47280-0-5. *Ciencia Docencia y Tecnología*, 32(62 may-ago). <https://doi.org/10.33255/3262/868>

- Estela, F. M. N., Campodónico, H., & Serrani, E. (2021, 1 febrero). *Energía y desarrollo sustentable: geopolítica de los hidrocarburos y seguridad energética*. <https://repositorio.puce.edu.ec/handle/123456789/3494>
- Farrell, H., & Newman, A. L. (2019). Weaponized Interdependence: How global economic networks shape state coercion. *International Security*, 44(1), 42-79. https://doi.org/10.1162/isec_a_00351
- Fichtner, J., Jaspert, R., & Petry, J. (2025). ESG. En *Cambridge University Press eBooks* (pp. 274-284). <https://doi.org/10.1017/9781009428118.025>
- Gan, V. J. M. (2024). Conflictos y tensiones en la transición hacia una nueva economía y geopolítica. *ICE Revista de Economía*, 935. <https://doi.org/10.32796/ice.2024.935.7788>
- García Gámez, S., & Vicéns Otero, J. (2006). Factores condicionantes en la medición del riesgo soberano en los países emergentes. *Estudios de Economía Aplicada*, 24(1), 245-272.
- Guilcamaigua, Y. J. S., Guilcamaigua, M. A. S., Donoso, P. A. P., & Maldonado, J. A. C. (2025). El Rol de la Inteligencia Artificial en la Transformación de Sectores Económicos Estratégicos. *Estudios y Perspectivas Revista Científica y Académica*, 5(2), 385-399. <https://doi.org/10.61384/r.c.a..v5i2.1130>
- Hernández, L. E. R. (2022). *Configuración multipolar del sistema internacional del siglo XXI*. Redalyc.org. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=762081507010>
- Hernández, W. V. (2017). Región América Latina: procesos regionales entre la dependencia y la autonomía. *Íconos - Revista de Ciencias Sociales*, 57, 41-60. <https://doi.org/10.17141/iconos.57.2017.2244>
- Khoury, C. E., Murr, A., Donovan, T., Lando, S., Landry, M. (2023). *Countering the Financing of Terrorism*. <https://doi.org/10.5089/9798400204654.071>
- Kosacoff, B., & López, A. (2014). Latin America in the Global Value Chains: Weaknesses and Opportunities. *Journal Of Globalization Competitiveness And Governability*, 2(1), 18-32. <https://doi.org/10.3232/gcg.2008.v2.n1.01>

- Leal, P. R. F., & Dabat, A. (2019). La reconfiguración de la relación México-Estados Unidos en el contexto del T-MEC. *Economía UNAM*, 16(48), 98-120. <https://doi.org/10.22201/fe.24488143e.2019.48.491>
- Lora, L. A., & Díaz, F. A. D. (2020). *Estudios contemporáneos sobre geopolítica, conflictos armados y cooperación internacional*.
- Maresca, A. (2024). El sistema internacional actual entre multipolaridad y dependencia: oportunidades para América Latina y el Sur Global. *CUPEA Cuadernos de Política Exterior Argentina*, 140. <https://doi.org/10.35305/cc.140.227>
- McGuirk, E., & Trebesch, C. (2025). Geoeconomics and conflict: A review and open questions. *Economic Policy*, 40(123), 683-715. <https://doi.org/10.1093/epolic/eiaf005>
- Medina-Molina, C., Rey-Moreno, M., Pérez-González, B., & Rufin, R. (2018). Sesgos cognitivos y uso del e-gobierno. Una perspectiva conductual. *Gestión y Análisis de Políticas Públicas*, 88-106. <https://doi.org/10.24965/gapp.v0i19.10450>
- Medina-Romero, M. Á. (2026). *Introducción a la Inteligencia Artificial y su aplicación en la Economía*. <https://doi.org/10.62131/978-9942-573-18-6>
- Merino, G. E. (2024). Del G7 a los BRICS+: la transición del sistema mundial y el escenario geopolítico. *Reorienté Estudios Sobre Marxismo Dependência E Sistemas-mundo*, 3(2). <https://doi.org/10.54833/issn2764-104x.v3i2p7-40>
- Molina, S. P., & Altamirano, K. G. (2023). El impacto económico de la inteligencia artificial y la automatización en el mercado laboral. *Revista Científica Kosmos.*, 2(1), 51-63. <https://doi.org/10.62943/rck.v2n1.2023.44>
- Navas, A. N. (2021). Estabilidad de los regímenes políticos e inversión extranjera directa, período 1969 al 2008. *Sapienza International Journal Of Interdisciplinary Studies*, 2(1), 227-254. <https://doi.org/10.51798/sijis.v2i1.25>
- Patrouilleau, M. M. (2025). Epistemología de la prospectiva y los estudios de futuros. *Cinta de Moebio*, 84, 94-109. <https://doi.org/10.4067/s0717-554x2025000300004>

- Pereyra, A. S. (2015). La hegemonía del dólar, en GEOPOLÍTICA DEL DINERO RIVALIDAD MONETARIA-FINANCIERA EURO-DÓLAR Antonio Sánchez Pereyra Tesis de doctorado FCPyS UNAM México 2004. *ResearchGate*. <https://doi.org/10.13140/rg.2.1.3939.8249>
- Pérez-Martínez, A., & Fernández, A. R. (2021). COMPORTAMIENTO ELECTORAL y ECONOMÍA CONDUCTUAL: INFLUENCIA DE LOS SESGOS COGNITIVOS EN EL CONTEXTO ELECTORAL. *CHAKIÑAN REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES y HUMANIDADES*, 15, 31-46. <https://doi.org/10.37135/chk.002.15.02>
- Piñeiro, G. J. R. (2024). Soberanía tecnológica - ciberseguridad. *Derrotero.*, 18(02), 1-13. <https://doi.org/10.70554/derrotero2024.v18n02.03>
- Rice, C. (2017). *Democracy: Stories from the Long Road to Freedom*. Twelve.
- Rodríguez, J. S. (2024). *Finanzas sostenibles*.
- Rymarczyk, J. (2022). Transformation of Transnational Corporations' Supply Chains as a Result of the Fourth Industrial Revolution and the COVID-19 Pandemic. *Sustainability*, 14(9), 5518. <https://doi.org/10.3390/su14095518>
- Schulz, S., & Hartwig, A. (2024). La competencia por el liderazgo tecnológico global: la estrategia de la República Popular China (2014-2022). *DOAJ (DOAJ: Directory Of Open Access Journals)*. <https://doi.org/10.5281/zenodo.10855899>
- Stern, N. (2007). The Economics of Climate Change. *Cambridge University Press eBooks*, 98(2), 1-37. <https://doi.org/10.1017/cbo9780511817434>
- Strange, S. (2014). *The Retreat of the State: The Diffusion of Power in the World Economy*.
- Thaler, R. H. (2015). *Misbehaving: The Story Of Behavioral Economics*. National Geographic Books.
- Urrego, L. (2020). Liderazgo Estratégico: Perspectiva clave hacia la responsabilidad social en Instituciones de Educación Superior. *Revista Arbitrada Interdisciplinaria Koinonía*, 5(9), 28. <https://doi.org/10.35381/r.k.v5i9.556>

- Velásquez, S. O. (2024). *México en la era del T-MEC y el nearshoring: un balance inicial*.
- Vélez, M. A., & González, C. B. (2011). *Economía y política regional*.
- Von Wolff, M. W. (2011). La evolución de la multipolaridad. *Estudios Internacionales*, 20(79). <https://doi.org/10.5354/0719-3769.1987.15728>
- Zeraoui, Z. (2008). *Geopolítica y petróleo. La nueva dependencia energética*. Redalyc.org. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=359633164009>
- Zingone, L., & Moreno, F. R. (2014). *Estrategias y modalidades de ingreso para competir en mercados internacionales*. Universidad de Alicante.



EDITORIAL ANDES COGNITIO



Miguel Ángel Medina Romero

Académico de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México). Economista y licenciado en Derecho, especializado en comercio exterior, su marco regulatorio y la gestión de la transformación digital. Parte de su labor académica se ha centrado en el análisis de la teoría económica y el derecho internacional, con obras como “Derecho Internacional Público. Apuntes Universitarios” (2024) y “Economía digital y transformación del comercio internacional: del intercambio tradicional a las transacciones en línea” (2026). Ha profundizado en el estudio de la economía del conocimiento y las tecnologías emergentes aplicadas al desarrollo y la regulación, incorporando enfoques sobre economía digital y cambio tecnológico. Junto con la Dra. Yesenia Janeth Juárez Juárez (Universidad Veracruzana), ha llevado a cabo investigaciones como “La sustentabilidad de la micro y pequeña empresa en Latinoamérica: estrategia y operación” (2026), en el marco de la Red de Estudios Latinoamericanos en Administración y Negocios. Cuenta con una trayectoria de más de veinte años como docente en licenciatura y posgrado; y ha participado en más de una docena de proyectos de investigación. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores de México y cuenta con el Reconocimiento al Perfil Deseable del Programa para el Desarrollo Profesional Docente.



Yesenia Janeth Juárez Juárez

Académica de la Universidad Veracruzana (México). Economista y administradora, con Maestría en Administración por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y Doctorado en Administración por la Universidad de Durango. Cuenta con experiencia docente en licenciatura y posgrado, promoviendo el pensamiento crítico, la innovación, la responsabilidad social y el emprendimiento. Ha participado en diseño curricular, gestión universitaria, consultoría y certificación de competencias laborales. Su trayectoria se centra en administración, economía, mercadotecnia, innovación, emprendimiento y transformación digital estratégica. Ha desarrollado proyectos de investigación con enfoques multidisciplinarios, interdisciplinarios y transdisciplinarios, orientados a problemáticas empresariales y sociales. Entre estos destaca el proyecto “La sustentabilidad de la micro y pequeña empresa en Latinoamérica: estrategia y operación” (2026), en el marco de la Red de Estudios Latinoamericanos en Administración y Negocios, en colaboración con el Dr. Miguel Ángel Medina Romero. Es integrante del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores de México y cuenta con el Reconocimiento al Perfil Deseable del Programa para el Desarrollo Profesional Docente.

ISBN: 978-9907-9566-1-0

